

BELLO, ANDRÉS (1781-1865)

ORLANDO ENAMORADO

(Traducción del poema de Boyardo refundido por Berni)

CANTO I

Angélica

CANTO II

Las Justas

CANTO III

El bosque de las Ardeñas

CANTO IV

Gradaso

CANTO V

La barquilla

CANTO VI

El jardín de Dragontina

CANTO VII

La batalla de París

CANTO VIII

Rocatríste

CANTO IX

Flor de lis

CANTO X

Agricán

CANTO XI

Sacripante

CANTO XII

Melidor y Floridana

CANTO XIII

La torre de Poliferno

CANTO XIV

Orlando en Albraca

CANTO I

Angélica

Yo siento a par del alma que no hubiera
el gran cabalgador de Rocinante
resucitado la dichosa era
de la caballeresca orden andante;
que a ser él venturoso, no se viera,
como se ve, la iniquidad triunfante,
ni viciara la sórdida codicia
la humana sociedad, como la vicia.

Porque hoy al interés todo se postra;
¿dó se ve ahora aquel heroico aliento
que los peligros y la muerte arrostra
para dar cima a un generoso intento?
Nuestra ufana cultura es una costra
que esconde pestilente hondo fermento;
espléndido sepulcro, por defuera
pulido jaspe, adentro gusanera.

¿Qué es de aquellos valientes paladines
que en el campo, en el yermo, en regia corte,
daban contra alevosos malandrines
al débil sexo y la orfandad conhorto,
llevando hasta los últimos confines
del mundo en su tizona el pasaporte,
y una dama gentil tal vez al anca,
y todo sin costarles una blanca?

¡Feliz edad! Mil veces te bendigo,
no a la presente, en que si alguno piensa
y al buen manchego apelo por testigo
salir de la justicia a la defensa,
sepa que ha de tener por enemigo
al mundo, que le guarda en recompensa

la Peña Pobre de Amadís de Gaula,
el hospital, la cárcel o una jaula.

Un bravo capitán con eficacia
por una buena causa se apersona,
y os demanda después con mucha gracia
y con mucha modestia una corona;
y si orejeas la nación reacia,
y el monarca novel la desazona,
¡pobre de aquel que un poco recio chista!
¡Viva Su Majestad! y penca lista.

Esotro, demagogo vocinglero,
¡gloria, dice, a la santa democracia!
y añade en baja voz: *un cargo quiero;*
de Ministro de Estado, verbigracia.
Así vivieras tú, noble Rugero,
y tú, Roldán, y Cirongil de Tracia;
que ya ajustar sabríades la cuenta
a tanto perillán que nos revienta.

Mas, aunque en el sepulcro te has hundido,
generación poética dichosa,
y está el género humano reducido
por sus pecados a vivir en prosa,
no por eso tu fama en el olvido
se hunda también bajo la misma losa,
antes perennemente clara y bella
luzca, y el alma se solace en ella.

Ya a los Reinaldos y Ricartes veo
salir armados de la huesa oscura,
y disputarse en justa o en torneo
el prez de la destreza o la bravura;
en cada campo algún marcial trofeo;
en cada encrucijada una aventura;
¡qué de castillos, torres, hadas, magos,
jayanes, y vestiglos, y endriagos!

Pues banquetes y zambras no se diga,
y alegre danza y música gozosa;
donde el valor depone la loriga,
y se enguinalda de jazmín y rosa;
y la infanta heredera, que en la liga
de amor cayó, discreta a par que hermosa,
la fe recibe de su caro andante,

y se le rinde a todo su talante.

Como el cautivo su dolor serena,
cuando la desvelada fantasía
le finge en torno la campiña amena
en que suelto y feliz vagaba un día,
y en tanto ni le escuece la cadena
ni ve el horror de su mazmorra umbría;
con el ausente amigo tiene fiesta,
y la voz de su amada oye y contesta;

tal se calma mi espíritu doliente,
cuando de lo que fue la sombra evoco,
y corro la cortina a lo presente,
y otro mundo más bello miro y toco.
¿A quién de cuando en cuando este inocente,
este dulce soñar, no agrada un poco?
Respira en tanto el alma y hurta al ceño
de la fortuna lo que dura el sueño.

De estas, pues, tradiciones venerables,
señores míos, tejeré mi cuento,
si mi rudo cantar queréis afables
acoger y le dais oído atento.
Diré de Orlando hazañas memorables
en que igualó al peligro el ardimiento,
cuando por lejas tierras iba errante,
de una ingrata beldad perdido amante.

Caso parecerá sin duda extraño
que a un hombre como Orlando- Amor inquiete;
pero ¿cuál es el pecho tan huraño,
que a su tirana ley no se sujete?
Y de sus tiros no minora el daño
hadado arnés ni fino capacete;
antes a quien de más valor blasona
con más duras cadenas aprisiona.
Ni porque de este amor hasta el presente
ninguno hablase, es menos verdadero;
y si porque de Orlando era pariente
se lo dejó Turpín en el tintero
temiendo dar escándalo a la gente,
a mí me cumple, historiador severo,
sacarlo a luz, y nuevamente os pido
que licencia me deis y atento oído.

De Sericana la región distante,
según antigua crónica razona,
señoreaba el rey más arrogante
que en el mundo jamás ciñó corona;
jactábase de ser, sola, bastante
a conquistar el mundo su persona.
Gradaso se llamó; tan bravo y fiero,
como leal y franco caballero.

Y siendo propio de ánimos reales
no poner nunca a los antojos dique,
y acometer empresas colosales
por ambición, codicia, amor, despique,
haciendo desatinos garrafales
en que estados y fama echan a pique,
antójasele al rey de Sericana
que señor ha de ser de Durindana;

De Durindana, aquella cortadora
espada, que antes era del troyano
Héctor; y en mil combates vencedora,
como pasase de una en otra mano,
se encuentra en las del conde Orlando ahora,
que con ella el poder de Carlomano
defiende y de la Cruz la enseña santa,
y a la morisma bárbara quebranta.

Y para que el caballo conviniera
a espada tal, ganar también quería
a Bayardo, el corcel que entonces era
del paladín Reinaldos, y tenía
de marcial brío y de veloz carrera
y bella estampa insigne nombradía;
y aun añaden que tuvo entendimiento
racional, y que fue su padre el viento.

No tiene que envidiar el rey Gradaso
en estados, riquezas, armas, gente;
la fortuna le dio colmado el vaso
de sus favores; tiémblale el Oriente.
Y de tanta grandeza no hace caso;
no hay gloria ni poder que le contente;
desvélese, los sesos se devana
pensando en el corcel y en Durindana.

Y después de encontrados pareceres,

viendo no ser posible que haya trato,
pues se las ha con unos mercaderes
que no venden lo suyo muy barato,
manda dejar campiñas y talleres,
manda armas aprestar; toca a rebato;
a Francia determina hacer jornada,
y lidiando ganar corcel y espada.

Pero mientras dispone el Sericano
lo que a tan ardua empresa corresponde,
pasemos a París y a Carlomano,
que una gran justa proclamaba, adonde
todo rey, todo príncipe cristiano,
todo duque, barón, marqués y conde,
que al franco emperador reconocía,
uno en pos de otro a más andar venía.

De famosos en armas caballeros
toda la gran París estaba llena,
de varios climas, lenguas, trajes, fueros,
ya de cristiana ley, ya sarracena;
pues naturales llama y forasteros
el hijo de Pipino a corte plena,
do cada cual en salvedad viniese,
como traidor o apóstata no fuese.

Por eso de marlota y de turbante
no es de admirar que tanta gente asista:
Grandonio, que es valiente y es gigante,
y Ferraguto el de la torva vista,
y el pariente de Carlos, Balugante,
Espinel, Isolero, Matalista,
con otros muchos españoles claros,
según después la historia ha de contaros.

Resonaba la corte de instrumentos,
trompas, tambores, pífanos, campanas;
vense con peregrinos paramentos
palafrenes correr, correr alfanas;
descógense vistosas a los vientos
banderas, ya moriscas, ya cristianas;
más finas armas no es posible verlas,
ni más diamantes y oro y plata y perlas.

Llegado de la fiesta el primer día,
Carlos, con imperial grandeza y gala,

ardiendo en relumbrante pedrería,
a reyes y magnates hizo sala.
Ilustre y numerosa compañía
en opíparas mesas se regala.
Fueron dice Turpín, que hizo la cuenta
los convidados, cuatro mil y ochenta.

A la tabla redonda está sentado
Carlos con sus valientes paladines;
y sobre el pavimento, aderezado
de alcatifas persianas, y cojines
cubiertos de velludo y de brocado,
echáronse a comer, como mastines,
los sarracenos, gente que tenía
por mesa el suelo a fuer de paganía.

De espaciosos salones larga hilera
ocupa el gran concurso; mano a mano
llenan cuatro monarcas la testera;
el inglés, el lombardo, el asturiano,
y el de la encanecida cabellera,
Salomón, de Bretaña soberano.
Y los demás, según su estirpe y gente,
se van sentando sucesivamente.

Seguíase a los duques y marqueses
el conde Galalón; y más abajo
la turba de traidores maganceses,
que honra grande reciben y agasajo,
y triscan, y se burlan descorteses
del paladín Reinaldos, porque trajo
menos lucido tren del que debía
en tan festivo y tan solemne día.

Reinaldos, que lo nota, se amostaza,
y fingiendo jugar con la vajilla,
«Villanos condes, fementida raza
decía en baja vez a la pandilla
yo veré, si os encuentro por la plaza,
cómo sabéis teneros en la silla».
A solapa reían los ribaldos,
y monta en ira más y más Reinaldos.

Balugante, que atento le miraba,
leíale en la cara el pensamiento,
y por un trujamán le preguntaba,

si en París más honroso acogimiento
a la riqueza que al valor se daba,
porque, siendo español de nacimiento,
de cristianos estilos no sabía,
y dar lo suyo a cada cual quería.

Rió Reinaldo, y sosegado el pecho,
a Balugante así tornó el recado:
«Decidle de mi parte que en el lecho
suele darse a la dama el mejor lado,
y en la mesa el glotón tiene derecho
a que le sirvan el mejor bocado;
mas que cuando la espada usar se ofrece
lleva la honra aquel que la merece».

Regocijado, en tanto, y dulce coro
de música por una y otra banda
se oye sonar, y grandes fuentes de oro
entran henchidas de exquisita vianda.
Con la afabilidad templa el decoro
Carlos, y en torno envía a quién la banda,
a quién la copa, a quién la espada rica,
que su real agrado significa.

Doble aliciente a la abundancia opima
presta el rumor de plática sabrosa.
Carlos, que de la gloria la alta cima
piensa hollar, y de júbilo rebosa,
incommovible su rudeza estima
a los vaivenes de la instable diosa:
cuando un suceso a todos de repente
arrebato los ojos y la mente.

Entran jayanes cuatro, a cuál más fiero,
con sosegada marcha y gesto ufano,
escortando a un armado caballero,
que conduce a una dama de la mano.
No a las pupilas matinal lucero,
no a la tez de la dama albor temprano,
ni al carmín de sus labios la corola
igualada del clavel o la amapola.

Alda la linda, la del conde Orlando,
estaba allí, y Clarisa, y Galiana,
con otras varias que al silencio mando,
flor de la gracia y, gentileza humana;

y todas ellas parecieron, cuando
se alzó el velo la incógnita pagana,
lo que junto al lucero es una estrella,
o lirio humilde junto a rosa bella.

Deja el plato el glotón, y el ebrio el vaso;
todo quedó en silencio a la improvisa
aparición, si no es que se oiga acaso
el pie gentil que lis alfombras. pisa.
Acércase ella a Carlos paso a paso;
luego con un mirar y una sonrisa
que do todas las almas se apodera,
en dulce voz habló de esta manera:

«Íncrito rey, de tu virtud la fama
ni el nombre de tus bravos caballeros
que por toda la tierra se derrama
y llega ya a sus últimos linderos,
es lo que el pecho generoso inflama
de estos que ves humildes forasteros,
ansiosos de tentar difícil prueba
a que codicia de alto honor los lleva.

«El que hoy en tus estados halla puerto
es, como su divisa manifiesta,
el caballero del León, Uberto;
y cúbresela negra sobrevesta,
porque fue de su casa echado a tuerto.
Yo Angélica su hermana soy, que en esta
errante vida bajo cielo extraño,
huérfana desgraciada, le acompaño.

«Allende el Tana donde el patrio nido
tuvo nuestra familia, antes que injusta
se le mostrase la fortuna oído
fue el llamamiento a tu solemne justa;
y gran parte del mundo hemos corrido
hasta llegar a tu presencia augusta,
de valor y nobleza espejo claro,
y de los desvalidos firme amparo.

«En donde protestándote primero
que designio siniestro no le guía,
sino la profesión de caballero
Uberto, con tu venia, desafía,
según caballeresca usanza y fuero,

a toda la presente compañía;
de punta en blanco y a caballo espera
a todo el que con él medirse quiera.

«Mas una condición poner desea,
contra la cual ninguna excusa valga,
que de su vencedor esclavo sea
todo el que en esta lid vencido salga;
y si es acaso Uberto el que flaquea
y alguno en el justar le descabalga,
sea yo, si le place, esclava suya,
y Uberto al Asia en paz se restituya».

Dice, y humildemente se arrodilla.
Todos la están suspensos contemplando,
y con mayor placer y maravilla
que los demás el paladín Orlando.
El corazón un dardo le aportilla,
y ya por lo más hondo le va entrando;
si bien procura la intestina guerra
disimular, y el rostro inclina a tierra.

El primer punto fue de su ruina,
la de Francia y de Carlos, aquel punto;
a el alma incauta un tósigo camina
que halaga, punza, inflama, todo junto.
Se pone a discurrir, y desatina;
el rostro, ya encendido, ya difunto,
bien claro al que le observa patentiza
que una extraña pasión le tiraniza.

Mas como hallar alivio se figura,
y late menos la amorosa llaga,
cuando pone la vista en la hermosura
que le enajena y la razón le estraga,
alza los ojos y el veneno apura
que todos los sentidos le embriaga
como el enfermo, de la sed vencido,
osa empinar el vaso prohibido.

Cavilando, allá dentro se decía:
¡Ah loco Orlando! ¿Qué delirio es éste?
¿Consientes que una torpe fantasía
que ofende a Dios, te turbe y te embelese?
¿Dó está el valor, dó está la bizarría
que única al mundo hiciste se dijese?

Por el orbe no dabas un ochavo,
y aquí de una mujer te has hecho esclavo.

«¿Mas de qué sirve que mi yerro vea,
si a mi flaca razón no está sujeto?
¿Qué espera el alma en desigual pelea
contra un tirano irresistible afeto?
Vana ilusión u oculto hechizo sea,
maligna estrella o superior decreto,
miro mi perdición en mi extravío,
y arrastrado me siento a pesar mío».

Así con el arpón en el costado
se quejaba Roldán míseramente;
pero el cabello a Naimo han plateado
los años, y de amor la herida siente.
El mismo Carlomagno fue atrapado,
aunque tan sabio príncipe y prudente.
¡Tan grande es el poder de una hermosura
sobre la verde edad y la madura!

Estaba todo el mundo embebecido;
y entre el común asombro y embeleso,
el moro Ferragú, que siempre ha sido,
aunque español, de atolondrado seso,
casi a romper sintiose decidido
por entre todos y a llevarse en peso
la dama; y ya en un tris de hacerlo estuvo;
pero el respeto a Carlos le contuvo.

Malgesí, nigromante caballero,
miraba atento aquel extraño grupo,
y un buen porqué del tósigo hechicero
que allí difunde Amor, también le cupo.
Pero como un fullero a otro fullero
sus tretas ocultar no siempre supo,
vio que se estaba urdiendo alguna trama,
y de su propio oficio era la dama.

Irresoluto Carlos no sabía
qué responder a la gentil doncella,
y de pretextos varios se valía
por platicar a su sabor con ella;
saciarse de mirarla no podía,
y le parece cada vez más bella;
al fin forzosamente la despide

otorgándola todo lo que pide.

Luego que en parte se creyó segura,
del seno Malgesí saca un cuaderno,
y una fórmula mágica murmura,
a que en baladros respondió el infierno.
Negra visión de fea catadura,
larga la cola y el testuz de cuerno,
aparece, y en voces de ira llenas
dice: «Francés maldito, ¿qué me ordenas?»

«Saber de ti lo que se fragua quiero
responde el mago, y qué mujer es ésta».
«Angélica, es su nombre verdadero,
Belcebú de este modo le contesta.
Su padre Galafrón, que en lo hechicero
con el de más saber se las apuesta,
es del Catay señor; y ese lozano
mancebo es de la dama único hermano.

«No Uberto del León, mas Argalía
se llama; oculta el nombre por cautela.
Cordura en verdes años y osadía
y generoso espíritu revela;
y cabalga un corcel que desafía
al viento mismo, y más que corre, vuela;
Bayardo en la carrera no le alcanza.
Dióselo el rey su padre, y una lanza,

«Una lanza le dio maravillosa,
que ya en torneo, y ya en función de guerra,
sale de todo encuentro victoriosa,
y no hay cabalgador que no eche a tierra;
hurtarle el cuerpo es imposible cosa,
y el que imagine resistirle yerra,
que ni Reinaldos, ni Roldán, ni el mundo,
si les da un tiento, aguardarán segundo.

«De un encantado arnés, desde la greba
hasta el morrión, el joven va provisto,
y de repuesto una sortija lleva,
obra del egipciaco Trismegisto:
si se la pone, está de encanto a prueba;
si en la boca la trae, de nadie es visto.
Pero el astuto rey no tanto fía
en el brazo y las armas de Argalía,

«como en la gran beldad de la princesa,
que a cuantos hoy la regia corte aduna,
por la codicia de tan alta presa
hará que salgan a probar fortuna
en ésta a humanos bríos vana empresa,
do romperán sus lanzas una a una,
y llevados serán forzosamente
a eterna servidumbre en el Oriente.

«Mas ella, sin contar con el tirano
poder de su belleza encantadora,
las artes aprendió del padre anciano,
y en tan temprana edad ninguno ignora
de los secretos que el saber humano
en sus más hondos senos atesora
para hacer obedientes instrumentos,
de la ciencia a la voz, los elementos».

Malgesí, que esto ha oído, no se tarda;
hace de Belcebú caballería,
y vuela a destruir la zalagarda
que aderezada Galafrón tenía.
Señoreaba ya la sombra parda
el orbe, y reposaba el Argalía,
sobre muelles alfombras acostado,
bajo un gran pabellón iluminado.

Duerme distante la doncella hermosa,
tendido por la yerba el rubio pelo,
bajo la copa de un laurel frondosa
a cuyo pie serpea un arroyuelo.
Nadie dijera al verla que era cosa
terrena ni mortal, sino del cielo.
La mágica sortija tiene puesta
que todos los encantos contrarresta.

Montado el mago en su demonio vuela;
un buho por los aires parecía.
Desmontó al fin, y vio a la damisela,
que entre copados árboles yacía.
Servíala un jayán de centinela;
los otros rondan la ribera umbría;
mientras dormía el valeroso hermano,
velaban todos ellos, clava en mano.

Riose el mago, y quiso, al punto mismo,
jugar a los gigantes una pieza;
sacando su cuaderno, un exorcismo
en bajo acento y temeroso reza;
de todos cuatro un blando parasismo
apoderose; cada cual bosteza,
y dejando caer la herrada porra
se tiende largo a largo y se amodorra.

Leyendo estaba el mago, a los reflejos
de la tienda, en su libro fermentado,
y atisba a los gigantes desde lejos,
que el conjuro fatal ha adormecido.
Del sabio Galafrón los aparejos
juzga haber trastornado y destruido;
y para no dejar la cosa en duda,
pone mano a la espada y la desnuda.

A la dormida niña asió del pelo,
y a matarla iba ya, cuando la cara
a mejor luz le vio; cabal modelo
de belleza, que a un tigre enamorara.
Siente en el alma un repentino hielo,
cual si en ella una voz así le hablara:
«¿A tan bella mujer, bárbaro, hieres?
No eres tú caballero; un zafio eres».

Mudó de intento, al suelo echó la espada,
y de asesino vuélvese en amante;
en el cándido seno la turbada
vista cebó, suspenso y palpitante.
Viola en profundo sueño sepultada,
y resolvió robársela al instante;
por imposible juzga que resista;
ya tiene Belcebú la espalda lista.

Pensaba con aquel encantamento
haberla adormecido de manera
que si se desplomase el firmamento,
en su sentido ni aun así volviera;
y fue a poner por obra el loco intento,
sin ocurrirle que tener pudiera
¿en el dedo el anillo de Argalía,
como por su desgracia lo tenía.

Aquel anillo mágico bendito

el malvado designio desconcierta.
Ella despierta, y de pavor da un grito;
al grito el Argalí también despierta;
sale, y al ver que en desigual conflicto
lucha la hermana a brazos, y no acierta
a desprenderse de un extraño bulto,
corre airado a vengar tamaño insulto.

De la tienda Argalí salió en camisa,
y agarrando un bastón descomunal
que otra cosa no pudo por la prisa
clamaba: «Hombre soez, torpe animal,
¿te parece quizás cosa de risa
hacer a una princesa escarnio tal?
Debes de ser sin duda un forajido;
a palos te he de dar tu merecido».

«Tenle, que se escabulle, tenle, hermano,
dice la dama; este hombre es nigromante,
y a no ser tu sortija, esfuerzo humano
no era a poderle detener bastante».
Asiéndole Argalía de la mano
llévale, mal su grado, hacia un gigante
que, tendido a la larga, semejaba,
no que dormido, mas difunto estaba.

Mueve y remueve el vasto corpachón,
y como de vivir no da señal,
apresuradamente un cadenón
le arranca de la porra, con el cual,
por más que el pobre mago en su aflicción
apela a su menguado arte infernal,
sin gran trabajo, asegurado es,
y aherrojado de manos y de pies.

Ella, como le vio que estaba atado,
con ambas manos le registra el seno,
y el libre le quitó descomulgado,
de extraños signos y figuras lleno;
y no hubo en él tres líneas recitado,
cuando el aire se turba, estalla el trueno,
y roncadas voces dicen de este modo:
«A tu servicio está el infierno todo».

La dama respondió: «Llevad el preso
al Catay, y decid al padre mío

que desde aquí sus reglas manos beso,
y que esta muestra de mi amor le envió:
que, Malgesí cautivo, en el suceso
de la presente expedición confío;
y que, o muy mal nos andarán las manos,
o ya está cerca el fin de los cristianos».

La cornuda legión tomó el portante
con el cautivo y al Catay le lleva,
do Galafrón encierra al nigromante
bajo la mar, en una oscura cueva.
Como tocado fue cada gigante
con el anillo, cobra vida nueva;
y entre celajes bellos de oro y grana
a poco rato apunta la mañana.

Fácil es figuraros lo que pasa
en la corte de Carlos aquel día;
el conde Orlando, que de amor se abrasa,
salir pretende en busca de Argalía.
Dícenle los demás que se propasa
en quererse arrogar la primacía,
pues tienen, siendo el reto a todos hecho,
todos para salir igual derecho.

«Si es sobrino de Carlos, si es valiente,
otros tan buenos, dicen, hay en rueda».
Responde Orlando que morir consiente
primero que a ninguno el paso ceda.
«Barones dice Carlos cuerdamente,
el arbitrio a la suerte se conceda;
cada competidor su nombre escriba,
y esta urna las cédulas reciba».

Escribe cada cual nombre y linaje;
las cedulillas urna de oro encierra;
un pajecico viene que baraje;
saca otro pajecico; otro abre y cierra.
En la primera que ha sacado el paje
dice la letra: *Astolfo de Inglaterra*;
síguese Ferragú; lleva el tercero
lugar Reinaldo; el cuarto es de Olivero.

Luego salió Grandonio el corpulento,
y tras Grandonio, Serpentino, y cuando
a Serpentino le hubo dado el viento,

Ricarte apareció, duque normando;
y, para no cansaros con el cuento,
salieron más de treinta antes que Orlando.
¡Maldito azar de cédula! ¡Siquiera
no haber sido la cuarta o la tercera!

El paladín Astolfo, que menciona
la historia en esta parte, fue un mancebo
rico, galán, gentil de su persona,
para las damas un Adonis nuevo.
Fue bravo, y fue locuaz; de la sajona
real estirpe, en Albión, renuevo.
Nada en verdad faltara a su alabanza,
si igualase a sus bríos su pujanza.

Sale ya Astolfo en armas, y la gente
se agolpa a los balcones y a las rejas;
iba de ricas galas refulgente,
con rubíes y perlas que parejas
no vio jamás el mundo; especialmente
lleva un diamante en la coraza orejas
críticas esta vez os quiero sordas
gordo como una nuez de las más gordas.

Brilla en el ancho escudo el anglicano
leopardo, insignia de su estirpe, y nada
en roja seda su alazán roano
de vistosas labores recamada;
hácele dar corvetas por el llano,
y llegando que llega a la estacada,
empuña la trompeta y desafía
con retumbante son al Argalía.

El catayo, que estaba apercebido,
a justar con Astolfo al punto viene;
su hermana de escudero le ha servido;
el freno y el estribo ella le tiene.
De luto el joven estrenó un vestido,
y el del caballo en el color conviene;
blandía aquella lanza nunca vista
a la cual no hay pujanza que resista.

Después que el uno al otro ha saludado
y el pacto de la lid de nuevo jura,
toman campo los dos con reposado
continente y serena catadura;

revuelven luego y en mitad del prado
a ensayar van su fuerza o su ventura;
y en el encuentro el duque de Inglaterra
como era de esperar fue echado a tierra.

A la fortuna dice mil pesares,
y su desgracia el paladín deplora:
«Para que así en mi contra te declares,
¿qué causa he dado yo, Suerte traidora?
¿No pudiste otra vez echarme azares,
y no, crüel, precisamente ahora
que me va en ello eterna malandanza?»
Maldice escudo, arnés, caballo y lanza.

Entre estas vanas quejas, un jayán
le lleva de la diestra al pabellón;
los otros luego a desarmarle van,
y queda el duque en calzas y jubón;
mas donde faldas hay, cuerpo galán
no necesita ajena intercesión;
de Angélica recibe y de Argalía
todo honor, agasajo y cortesía.

Solo y sin guarda junto al agua pura
Astolfo desahoga su despecho;
Angélica se embosca en la espesura,
y sin dejarse ver le está en acecho;
y luego que la noche cierra oscura,
le lleva a reposar a un blando lecho,
y le consuela, y su custodia fía
a los cuatro gigantes y Argalía.

No bien la tierra vio el albor primero,
al aplazado sitio se avecina
vestido Ferragú de limpio acero,
y suena desde lejos la bocina.
Monta a caballo el otro caballero
y a su nuevo contrario se encamina,
que omitiendo preámbulos avanza,
llevando en ristre la robusta lanza.

Pero del tal caballo es bien que un breve
bosquejo antes que todo se despache;
era de esbelta forma, airosa y leve;
no hay pinta ni lunar que se le tache;
la frente, cola y pies tiñó de nieve;

en lo demás, purísimo azabache.
Rabicán se llamaba; y dicho queda
que en el correr no hay viento que le exceda.
No hubo caballo que a la par corriese,
ni el mismo Brilladoro-, ni Bayardo;
pero por más aprisa que viniese,
a Ferragú le ha parecido tardo.
No duda derribar, mal que le pese,
del primer bote al contendor gallardo;
y ansioso de decir: *la dama es mía*,
cada minuto se le antoja un día.

Los cumplimientos, pues, dejando a un lado,
como una flecha a su contrario corre.
En el choque terrible que se han dado,
firme estuvo Argalí como una torre;
el otro, ya se sabe, es derribado
por más que del estribo se socorre;
y viéndose caído, en tanta ira
el pecho se le enciende, que delira.

Por tres cosas un hombre alza el copete:
verdes años, amor y genio altivo.
Ferraguto contaba veinte y siete,
y era de un natural soberbio, esquivo,
y está de amor, el pobre, hasta el gollete;
¿no pensáis, pues, que tuvo harto motivo
para perder paciencia y juicio y todo,
cuando se ve afrentado de este modo?

Y afrentado en presencia de la dama,
y por uno que ser le parecía
caballero novel de poca fama,
que no hilaba mostachos todavía.
Bramando como un toro de Jarama,
saca la espada, embiste al Argalía;
con la amenazadora punta en alto,
pensando hacerle trizas, da un gran salto.

«¡Aparta! ¡aparta! el otro caballero
le grita. ¿El pacto olvidas? No me abajo
a reñir con quien es mi prisionero».
El español, echando espumarajo,
«Si tú reñir no quieres, yo sí quiero»
repuso, y le tiró tan recio tajo
que si otro arnés el Argalí llevara,

pudo salirle la venida cara.

Acuden los gigantes presto, presto,
a castigar tan desusado ataque.
Es de los cuatro el más pequeño, Argesto;
Lampuzo algo mayor, insigne jaque;
y luego Ulgán, que a todo frunce el gesto,
y no por eso es menos badulaque;
el más alto es Turlón, viviente asombro,
a quien ninguno de ellos llega al hombro.

Acércase Lampuzo y vibra un dardo
que si encantado Ferragú no fuera,
hallara en su valor débil resguardo,
y por la opuesta parte le saliera.
No hubo gato jamás, no hubo leopardo,
ni ráfaga en la mar que invierno altera,
ni exhalación tan presta el aire cruza,
a cuya vista el vulgo se espeluzna,

cual cierra el español con su enemigo,
y como si encontrase blanda pasta,
pásale la ventrera y el ombligo,
y el hierro crudo en el redaño engasta.
Ni de Lampuzo el hórrido castigo
a Ferraguto embravecido basta;
antes de nueva furia se reviste,
y al fiero Ulgán, que le amenaza, embiste.

Doblando Ulgano el cuerpo cuanto pudo,
pensó cogerle vivo; mas, de punta
esgrimiendo el contrario, el hierro agudo
le clava en el hoyuelo do se junta
el cuello al tronco; el figurón membrudo
con el ansia mortal se descoyunta;
mira azorado, da un traspié, resbala,
se desploma, y gimiendo el alma exhala.

Argesto al español sobre la nuca
pues por detrás herirle a salvo intenta
tan recio golpe da que le trabuca
el sentido; por poco no la cuenta.
Mas recobrado el moro le retruca
terrible cuchillada, truculenta,
que entra por la cadera en los riñones,
y, hace salir la sangre a borbotones.

Mas lo peor le falta a Ferraguto;
con lento paso y grave se aproxima
Turlón, crüel, desafortado bruto,
y con la porra se le viene encima.
¿De qué le sirve al moro el resolutio
pecho, el robusto brazo y docta esgrima,
si apenas llega al monstruo a la escarcela?
Réstale un medio sólo, y a él apela.

Al vientre el español el golpe asesta,
a la cabeza el bárbaro gigante.
Trizó la porra en átomos la cresta,
morrión, visera y cuanto halló delante;
y resurtió de la encantada testa
más que el acero dura y que el diamante;
pero sin sentimiento el moro queda,
y amortecido por el campo rueda;

Al mismo tiempo que también caía
con la enorme barriga barrenada
Turlón, y revolcándose mugía,
como suele una res desjarretada.
Habíase retirado el Argalía
por no emplear en Ferragú la espada;
desmontando, a su hermana le encomienda,
y entre los dos le llevan a la tienda.

Donde, volviendo en sí, protesta y jura
que prisionero ni será ni ha sido:
«¿Soy vasallo de Carlos por ventura
para verme en sus pactos comprendido?
Enamorado estoy de una hermosura
y a ganarla por armas he venido;
o me la entregas o te doy la muerte;
la ¡id no ha de acabarse de otra suerte».

Turbó el rüido, al duque Astolfo el sueño
y al fin le fuerza a que los ojos abra.
Sale, y tomando el oficioso empeño
de mediador, esfuerza la palabra.
Mas en el pecho esquivo y zahareño
del español razón ninguna labra;
ellos predicán, y él se está en sus trece,
y con los argumentos se enfurece.

«Insensato, le dice el Argalía,
¿no ves cuán desigual la lidia fuera?
¿Piensas tener el yelmo todavía,
que dejaste hecho añicos allá fuera?
O te me rindes, o por vida mía
te mato; lo que eliges considera;
no me provoques más, que el verte inerme
pudiera al fin dejar de contenerme».

«Si con el yelmo, el peto y el escudo
y la loriga me faltase entera,
tú armado como estás y yo desnudo,
responde Ferragú nada temiera.
Deja que temerario y testarudo
me exponga yo a la suerte que me espera;
¿qué te va en ello a ti si el riesgo es mío?
Callen las etiquetas y hable el brío».

Pareciole ya aquello demasiado
al del Catay, que ardiendo en justa ira,
cuando por uno a quien haber quitado
pudo la vida, así Insultar se mira,
salta al caballo, y dice demudado:
«El que te piense convencer, delira;
mas de mi espada hacer sabrán los filos
que aprendas menos bárbaros estilos.

«Cobra, pues, el corcel, cobra el acero,
y ya que quieres combatir, combate.
No pienses que cortés, como primero,
por verte desarmado no te mate;
justo es que al que de honor quebranta el fuero,
cual malandrín y cual follón se trate;
ven a donde te dé la espada mía;
¡salvaje! una lección de cortesía».

Rió de esta amenaza el bravo moro,
como de cosa que muy poco estime,
y borrar anhelando, su desdoro
monta a caballo y el acero esgrime.
«Dame, le dice, la mujer que adoro,
y de este empeño mi valor te exime;
donde no, mozalbete vagabundo,
ya estás de viaje para el otro mundo».

No se entendió qué dijo el Argalía;

la cólera a la lengua le echa un nudo.
Embístense; cual yunque en herrería,
suena a los golpes uno y otro escudo.
Estar mirando el orbe parecía
la pavorosa lid suspenso y mudo.
Mas mi cansada voz pide que sea
en otro canto el fin de esta pelea.

CANTO II

Las justas

De un Aristarco adusto oigo el regaño:
«Poner en verso estúpidas consejas
que deleitaban a la plebe antaño,
pero que hasta los niños y las viejas
desprecian hoy, es un capricho extraño;
tenemos delicadas las orejas.
Desatinos narrar de tanto bulto
a nuestra sabia edad es un insulto.

«¿Qué es ver una princesa en medio el prado
con un laurel por colgadura y techo,
la orilla de un arroyo por estrado,
y por dama de honor a par del lecho
un feo gigantón desaforado?
¿Qué es ver un caballero que a despecho
del sentido común y de Cervantes
despacha a dos por tres cuatro gigantes?»

¿Y por eso no más pasar la esponja
pretende usted a lo que llevo escrito?
Digo que son escrúpulos de monja.
Lo que viene detrás es lo bonito;
lo de hasta aquí no vale una toronja.
Si usted depone un rato ese erudito
fastidio, y va adelante con el cuento,
cosas verá que le han de dar contento.

Verá usted jayanazos de una talla,
que con ellos Golías fue un pigmeo;
tierras visitará, que no las halla,
aunque se despestañe, en Ptolomeo;

verá esfinges y grifos, de que calla
el *systema naturae* de Linneo;
encantados jardines a docenas;
maravillas, en fin, a manos llenas.

«*Quodcumque ostendis mihi sic...*» ¿Y acaso
exijo yo, molondro, que lo creas?
Mentir es privilegio del Parnaso,
y si lo desconoces, no me leas,
ni al Ariosto, ni a Milton, ni al Tasso,
ni al gran cantor de Aquiles, ni al de Eneas;
estudia expositores del derecho,
o toma tu compás; y buen provecho.

Y si te place por veraz la historia,
sepas que cuelli-erguida y cari-seria,
como la ves, su parla es ilusoria,
y las mentiras por verdades feria.
Y es lo peor, que siempre da la gloria
al poder, siempre al flaco la miseria,
más que de pueblos, de tiranos aya;
al menos mi mentir es de otra laya.

De Ferraguto y del fingido Uberto
volvamos, si os parece, a la batalla.
Son en lo fuerte iguales y en lo experto;
igual en ambos el furor estalla;
y si de pie a cabeza está cubierto
el Argalía de encantada malla,
tiene encantado el moro todo el bulto,
salvo un pequeño lunarillo oculto.

El que cruzarse dos exhalaciones
viese, bañando el aire en luz bermeja,
o embestirse dos líbicos leones
con sacudir horrendo de guedeja,
pudiera acaso de los dos barones
el crudo choque imaginar. Semeja,
de los aceros al brillante lampo
y rauda silbo, estremecerse el campo.

Su espada el Argalí derecha y alta
levanta, y luego atrás la echó ligero,
hasta que ya a la punta poco falta
para frisar con el arzón trasero;
y en los estribos afirmado, asalta

al moro, y un fendiente tan certero
le asienta en la mollera desarmada,
que creyó la contienda terminada.

Pero como no ya cabeza rota,
antes tan al contrario le sucede
que no se ve de sangre ni una gota,
dos pasos admirado retrocede.
Ferragú dolorido se alborota,
y dando fuerza al brazo cuanta puede,
«Veamos, dice, si la lid concluyo,
y si este acero corta más que el tuyo».

Y con un altibajo fulminante
que hallara entrada en un peñasco alpino,
la cabeza y el yelmo relumbrante
se figuró tajar como un pepino;
mas en un yelmo da, que no es bastante
ni a rasguñar el filo damasquino.
A su vez Ferraguto se retira;
el asombro hace treguas a la ira.

Suspensa queda la cruel porfía
un rato breve en pausa silenciosa,
cual un instante en borrascoso día
el viento calla en la floresta hojosa.
El primero que habló fue el Argalía:
«Quiero, señor, que sepas una cosa:
con este arnés de hadadas piezas hecho
tu espada ni otra alguna es de provecho.

«Desiste, pues, de un insensato duelo
que ha de traerte al fin mengua y bochorno».
Responde el moro: «Así me salve el cielo,
como este escudo y malla y cuanto en torno
a mi persona ves, llevarlo suelo,
más que para defensa, por adorno;
ir armado o desnudo no me importa,
porque en mi piel ningún acero corta.

«Dame, pues, tu amistad, y hágala firme
el parentesco; que delirio extraño
fuera con desventaja resistirme
tanta, y con tan forzosa afrenta y daño.
Yo de aquí sin la dama no he de irme,
si bien supiera estar lidiando un año.

Si por esposa me la das, contigo
a estrecha unión y eterna paz me obligo».

«Para que yo su mano te ofreciera,
dice Argalía tu valor te abona;
pero su gusto es condición primera;
y darte posesión de su persona
sin consultarla, hacer la cuenta fuera,
como dice el refrán, sin la patrona.
Veamos si te admite por su dueño;
si no te admite, seguirá el empeño».

Habiendo el moro en ello consentido,
va el otro a consultarla, como es justo.
Fue un hombre Ferragú descomedido,
y de un mirar desapacible, adusto;
bronco en el habla, inculto en el vestido,
y que en lavarse hallaba poco gusto;
toda la cara de vedijas llena,
el pelo grifo y la color morena.

Ella, que un novio quiere blanco y rubio,
responde que el galán no le acomoda.
Derramando de lágrimas diluvio,
«No me hablen, dice, en semejante boda.
Aunque arda como el Etna o el Vesubio,
y aunque en dote me dé la España toda,
antes que suya quiero verme muerta,
o por el mundo andar de puerta en puerta.

«Torna, pues, caro hermano, por tu vida;
renueva con el moro la pelea;
y mientras de tu anillo socorrida
me pongo en salvo yo, sin que él me vea,
tú en hallando ocasión vuelve la brida,
déjale en la estacada, y espolea.
De las Ardeñas tomaré el sendero,
do juntarme otra vez contigo espero».

Renuevan los barones la quimera,
después que el uno al otro ha referido
no haber forma ni modo de que quiera
la niña recibirle por marido.
Ferraguto se obstina, mate o muera,
en que sin ella no ha de haber partido;
y ella sin más ni más tomó el portante

dejando en la estacada al pobre amante.

Búscala con los ojos el pagano,
que siente en verla alivio a la fatiga;
y como a todos lados mira en vano,
no sabe lo que piense o lo que diga.
En esto el otro aguija a Rabicano,
que no hay hombre ni diablo que le siga;
y sin decir *adiós, hasta la vuelta*,
por el bosque se va a carrera suelta.

Quieto se estuvo el moro en confianza
de que volviese luego el Argalía.
Perdiendo finalmente la esperanza,
de corazón a entrambos maldecía:
«Nada te libraré de mi venganza,
dice, tu necia hermana ha de ser mía
a tu pesar, siquiera la más honda
sima de los infiernos os esconda».

Impaciente, iracundo, enfurecido,
hinca las dos espuelas, y ligero
parte en pos del cobarde, mal nacido,
que tal le juzga indigno caballero,
y de la que a su amor ha respondido
con desdén tan esquivo y altanero.
Recorre el campo, en las cabañas entra,
anda de bosque en bosque, a nadie encuentra.

Astolfo, en tanto, que la lid miraba,
al ver que uno en pos de otro a gran carrera
se alejaba del campo, y que no estaba
tampoco allí la hermosa carcelera,
a la fortuna muchas gracias daba
de hallarse libre cuando no lo espera.
Plazo no quiere dar a su ventura;
vístese a toda prisa la armadura.

Quebrárase la lanza al paladino
en el pasado encuentro, y arrimada
mira por dicha suya a un verde pino
la del fingido Uberto, la encantada,
la invencible, cubierta de oro fino,
y de bellas labores entallada;
tómala sin saber lo que encubría,
pensando a su señor volverla un día.

Mientras lleno de júbilo espolea,
cual cautivo a la luz restituido,
quiere la suerte que a Reinaldos vea,
y a relatarle va lo sucedido.
Reinaldos, que del mismo pie cojea
que Oriando y Ferraguto, ha decidido
ir de los fugitivos en alcance;
quiere, hasta verle el fin, jugar el lance.

Tanto el amor le trae al retortero,
que sin tornar palabra al del Leopardo
vuelve la brida, el estrellado acero
hincando en los ijares a Bayardo.
Parte cual rayo el animal ligero,
y óyese motejar de flojo y tardo.
De los gustos del amo poco sabe,
y de las penas gran porción le cabe.

Llega en tanto a París el rozagante
duque, y aún no ha desabrochado el peto,
cuando en su estancia entró el señor de Anglante,
pidiendo nuevas del amado objeto:
«¿Dónde queda ese moro petulante?
¿Dónde el de Montalbán?» pregunta inquieto.
Donosamente Astolfo desembucha;
impaciente, anhelante, Orlando escucha.

Y al entender que es ida la doncella,
y que el hermano huyendo se retira,
y Ferragú y Reinaldos van tras ella,
al duque con torcidos ojos mira.
Reniega de sí mismo y de su estrella;
abatido después gime, suspira;
repélase las barbas, rompe en llanto.
¡Que en alma tal, amor pudiese tanto!

En la cama arrojándose, decía:
«¡Tiránica pasión, que a nada cede,
y se ahonda en el alma cada día,
y no hay solaz, no hay gusto que no acede!
¿Qué disputado prez, qué nombradía,
qué aplauso humano contentarme puede?
Lides, ¡adiós! ¡adiós, mi noble espada!
La existencia de Orlando es acabada.

«¡Oh, si diese a mis ansias refrigerio
mi adorada beldad! ¡si coronara
mi amorosa pasión! por el imperio
de la tierra mi dicha no trocara.
Pero si para eterno vituperio
del nombre mío, está mi prenda cara
destinada a otro dueño, ¡inicua Suerte!
nada te pido ya, sino la muerte.

«¿Qué puedo hacer? El corazón desmaya,
desigual a tan bárbaro suplicio;
entre tinieblas vivo, en que no raya
de una esperanza el más remoto indicio.
Y para que tormentos nuevos haya,
y en mis desvelos dé al través el juicio,
osa el de Montalbano y osa el Moro
¡maldición! disputarme mi tesoro.

«Tras ella van, como en el bosque umbrío
da caza el tigre a pávida corcilla;
y mientras el amado dueño mío
corre peligro tanto, ¡yo ¡mancilla
eterna a mi valor! sin albedrío,
sin alma, con la mano en la mejilla,
como flaca mujer me quejo al cielo,
y busco en necias lágrimas consuelo!

«Si morir desamado es a la postre
la recompensa que a mis penas cabe,
¿por qué dejar que así este afán me postre
y que mi fama en ignominia acabe?
Salga yo, y por mi dama el mundo arrostre,
que más dulce en la lid la muerte sabe,
y un piadoso mirar de mi señora
felicísima hará mi última hora».

Así diciendo de la cama salta,
que no hay en ella alivio a su congoja;
tropa de pensamientos mil le asalta;
ora esto, ora aquello se le antoja;
como el enfermo a quien el sueño falta,
no puede sosegar, todo le enoja.
Mas llegada que fue la sombra oscura,
viste escondidamente la armadura.

Rojo sacó el pavés, desnudo y liso;

mudó yelmo, cimera, armas y traje;
y encabalgando a Brillador, no quiso
escudero llevar, doncel ni paje.
Deja a París; dejara el paraíso
por el horror de un páramo salvaje;
y se encamina entre dudosas señas,
tras la beldad que adora, a las Ardeñas.

Tres caballeros van a la ventura:
el conde Orlando, senador romano,
Ferraguto, el de torva catadura,
y el ínclito barón de Montalbano.
Y en tanto Carlomagno que apresura
las anunciadas justas, llama a Gano,
a Salomón, Ricarte, Naimo el viejo,
y a todos los demás de su consejo.

Manda que armado a espada y lanza venga
el caballero que justar quisiere,
y mientras en la silla se sostenga,
a todos los demás bizarro espere;
y que una bella rosa en premio obtenga
el que de nadie derribado fuere;
una rosa de perlas, en memoria
de la feliz, pacífica victoria.

Todos este decreto confirmaron,
como a la antigua usanza conveniente,
y por toda París lo promulgaron
cuarenta reyes de armas a la gente.
Caballos y lorigas se aprestaron,
blasones y divisas juntamente;
y Serpentino, el español guerrero,
nombrado fue mantenedor primero.

Jamás sacó la Aurora igual tesoro
de alegre luz al mundo alborozado.
Carlos entró, con imperial decoro,
en la festiva plaza, desarmado,
sobre un caballo que era una ascua de oro,
en la derecha el cetro, espada al lado,
escoltándole en vez de alabarderos
condes, barones y altos caballeros.

He aquí que Serpentin sale a la arena
en ricas galas y en arnés lumbroso;

un melado corcel rige y sofrena,
que en los traseros pies se alza brioso;
los hierros tasca, que de espumas llena,
y cual si le viniese estrecho el coso
y a su pesar sufriese freno y cincha,
vuélvese inquieto y las narices hincha.

Y bien le semejaba en el denuedo
el caballero que sobre él venía,
que en altivo ademán y rostro acedo
parece que a la tierra desafía.
Señálale la gente con el dedo
su destreza alabando y gallardía,
y de una en otra boca se derrama
de su linaje y su valor la fama.

Luciente en el escudo reverbera
estrella de oro en campo azul celeste,
conforme en los colores la cimera,
como la recamada sobreveste.
Y porque hablar de todas largo fuera,
no hay pieza que gran suma no le cueste;
ricas piedras llevaba a centenares
en las orlas, hebillas y alamares.

Luego que el coso paseado tiene,
calando la visera hace que rompa
la esperada señal el aire, y suene
marcial clarín y retadora trompa.
Gran multitud de justadores viene
con larga comitiva y rica pompa
de jóvenes donceles y de pajes;
bate el viento una selva de plumajes.

Sale al campo Angelino de Burdeos
trayendo, en indio- fondo, blanca luna;
gran maestro de justas y torneos,
que añadir quiere a cien victorias una;
diviértese en hacer caracoleos,
como quien cierto está de su fortuna,
y muestra luego a Serpentin la frente;
embisten ambos denodadamente.

Y do el escudo al yelmo está vecino
le dio el cristiano al moro en la cabeza.
Doblose tanto cuanto Serpentino,

pero con nuevo aliento se endereza;
el otro al suelo por las ancas vino,
y fue rodando no pequeña pieza;
y *viva el moro y Serpentino viva*,
en alta se oye aclamación festiva.

¡Oh cómo Balugante se abandona
al gozo, oyendo el popular saludo
a su hijo amado! Con real corona
llegó un anciano, a escaques el escudo;
Salomón era, el rey de la bretona
gente, y un bayo monta cernejudo.
Serpentino acomete como un rayo,
y van por tierra Salomón y el bayo.

Ricarte luego, haciéndose adelante,
magnífico señor de Normandía,
que lleva, en fondo argén, león rampante,
y cabalga una hermosa yegua pía,
al hijo arremetió de Balugante,
y en el pavés de arábiga ataujía
tal bote recibió, que en raudos vuelos
baja, las plantas levantando al cielo.

Echa Astolfo a su lanza entonces mano
digo, a la que tomó de junto al pino,
trayendo en escarlata el anglicano
leopardo de oro; mas, ¡duro destino!,
hubo de tropezar el buen roano,
y no pudo evitar el paladino
venir a tierra, con tan mal suceso
que al diestro pie se le disloca un hueso.

Sintieron mucho todos este acaso,
y Serpentino más, según sospecho,
que con fatiga y con peligro escaso
el derribarle daba ya por hecho.
A mal agüero tuvo Astolfo el caso,
y llevar se hace, renqueando, al lecho,
do el hueso le ajustó con mano lista
y con potente ensalmo un algebrista.

Urgel Danés en tanto la visera
para medirse con el moro cala,
llevando su famosa empresa, que era
en campo gules argentada escala;

un basilisco de oro en la cimera
por ojos de diamantes fuego exhala.
El lomo oprime de un frisón que al Elba
afeitó el prado y sacudió la selva.

De las trompetas al sonoro canto
enristran uno y otro los lanzones;
temblar la tierra pareció de espanto
al recio choque de los dos barones;
pero a su bote Urgel dio empuje tanto,
que Serpentino, alzando los talones,
precipitado por las ancas baja,
y el yelmo de oro entre la arena encaja.

Así quedaba Urgel del campo dueño;
mas Balugante de furor se enciende,
y su propio peligro en el empeño
de dar venganza al hijo desatiende;
viene a la liza con airado ceño,
y por la grupa a su pesar descende;
tras el cual Isolero entra en el coso,
de Ferraguto hermano valeroso.

Llevaba en el pavés dorada barca
que en verdes aguas los costados moja;
disparando el bridón, el fuste abarca,
e impetuoso contra Urgel se arroja;
mas el bravo señor de Dinamarca
a Isoler de la silla desaloja,
que de la noble lanza al golpe esquivo
sin sentido cayó y apenas vivo.

Gualter de Mauleón de roja escama
mostraba en campo de oro una serpiente;
y luego que también tuvo por cama
la tierra, «¿Lidiaremos locamente
los de una misma ley?», Urgel, exclama:
«Moros, ¿do estáis, que no os hacéis al frente?
Con vosotros habérmelas espero,
no con ningún cristiano caballero».

El valiente Espinela de Almería,
que una palma llevaba por emblema,
con este mote en español es mía,
oyendo a Urgel de cólera se quema,
y corre a castigar su altanería;

pero el bravo Danés con mucha flema
la furia de Espinel sosiega y calma,
a despecho del mote y de la palma.

Entonces Matalista, gran sujeto,
hermano de la hermosa Flordespina,
vengar pretende el temerario reto,
y al Danés, lanza en ristre, se encamina,
diciendo en baja voz a Mahometo
que, si no es un embuste su doctrina,
lo muestre allí, y a sostenerle salga;
pero no hay Mahometo que le valga.

Ni con más dicha el cordobés Garfaño
justó; llevaba en negro blanca torre,
y cabalgaba un pisador castaño,
que ya sin dueño por el campo corre.
Grandonio llega, feo bulto, extraño;
ahora, Urgel, si el cielo no te acorre,
en gran peligro estás, que el mundo entero
animal no crió más bravo y fiero.

Sobre un negro pavés lleva el gigante
esculpido un Mahoma horrendo de oro;
monta un frisón que es casi un elefante
y escarba el suelo y muge como un toro.
Múdase, en verle, a todos el semblante;
todo cristiano teme y todo moro;
el conde Gano entre las filas pasa
diciendo que está malo y se va a casa.

Lo mismo hizo Macario de Lausana,
Falcón y Pinabelo y otros ciento;
el de Altarripa dijo: Hasta mañana;
a unos ofende el sol, a otros el viento;
sólo de aquella pérfida y villana
casta quedó Grifón; ora de intento,
ora de empacho; o desacuerdo sea,
o que escurrirse a los demás no vea.

Corriendo en tanto el gigantón disforme
todo el recinto por do pasa atruena,
como un torrente que el invierno forme,
y, ya ni tajamar ni dique enfrena;
el gran caballo bajo el peso enorme
se hunde y casi se atasca entre la arena;

quebranta en su carrera los peñascos,
y hace temblar la tierra con los cascós.

Con el Danés cerró el jayán crüel,
y en el escudo le metió el lanzón;
menudas piezas lo hace, y de tropel
a tierra van caballo y campeón.
Acorre el duque Naimo al pobre Urgel,
que apenas puede articular razón;
quedó de la caída asaz maltrecho,
y en todo un mes no estuvo de provecho.

Cual corre ufano el toro por la plaza
después que al lidiador de más denuedo
herido deja, y nadie le embaraza,
y, a todos tiene en talanquera el miedo,
tal el gigante bufa y amenaza.
Sale y fuera mejor estarse quedo
Turpín el arzobispo, y viene abajo
como un despatarrado renacuajo.

Sale Grifión, el magancés Villano,
y avínole en el polvo hundir la cresta.
«¡Flor de la cristiandad!, dice el pagano
con mucha sorna, ¿qué cachaza es ésta?
¿Quién se presenta ahora? Muy temprano,
a lo que veo, os enfadó la fiesta».
Embiste Guido el borgoñón, que trae
en verde un avefénix de oro, y cae.

Y no más venturoso es Angilero,
que lleva en gules tres palomas blancas;
Avino, Abolio, Otón y Bellenguero
se apea uno tras otro por las ancas;
Beltrán, que estatua pareció de acero,
abierto cae de brazos y de zancas;
y Geraldo, aunque gordo, al suelo vino
haciendo con los pies un remolino.

Sobre un tostado palafrén volvía
Astolfo, y, aunque sano de la tumba,
sin armas, no creyendo que este día
mostrarse en ellas otra vez le incumba,
del cortesano y del galante hacía,
con ciertas damas que le daban zumba;

cuando Grandonio de un terrible bote
descabalgaba al asturiano Argote.

Hizo volar de Hugón yelmo y peluca;
que fue cosa de risa y de deporte.
Al viejo Naimo por un tris desnucá;
moteja a Carlomagno y a la corte.
Y Carlos, como nadie le retruca,
no sabe de qué modo se reporte,
y ya apenas su cólera disfraza;
cuando llega Oliveros a la plaza.

Parece que más claro luce el día,
y que la cristiandad su rostro enhiesta.
Rico de galas el marqués venía,
con yelmo de oro y blanca sobrevesta.
Salúdanle las gentes a porfía,
y quién al uno y quién al otro apuesta,
Suenan la trompa, y blandiendo avanza
el gigante soez su gruesa lanza.

Al duro choque van de tal manera
que no hay lengua mortal que lo relate;
cada cual premedita y delibera
o matar al contrario o que él le mate.
Helos ya en la mitad de la carrera;
toda voz calla, y todo pecho late.
Empínase Oliveros cuanto alcanza,
y al monstruo en el escudo hunde la lanza.

De siete gruesas planchas fue el escudo,
pasolas la lanzada todas siete,
y rota la coraza en el nervudo
pecho del enemigo el hierro mete.
Pero Grandonio en la cabeza un crudo
golpe le da; quebrántale el almete,
y descabalgó al campeón de Francia,
haciéndole rodar a gran distancia.

A la vista del yelmo hecho pedazos
pensaron todos que le hubiese muerto;
Carlos corrió, y al desatar los lazos
de la armadura hallóle casi yerto.
Sacaron al marqués del sitio en brazos,
y una semana fue el sanarle incierto,
sintiendo Carlos mucho el accidente,

que a Oliveros amaba tiernamente.

¡Válame Dios, y lo que echó de fieros,
de pullas el jayán y de bravatas!
«¿No queda ya, decía, otro Oliveros
que quiera por el suelo andar a gatas?
¡Oh danzarines, más que caballeros!
Venid por glorias, que os las doy baratas.
¡Oh Valiente, oh sin par Tabla Redonda,
cuando no hay nadie aquí que le responda!»

Bufando de vergüenza Carlomano,
«¿Somos o no franceses?, vocifera,
¿ha de llevarse el prez este pagano,
y entre mis pares hay quien lo tolera?
¿Qué es de ese perillán de Montalbano?
¿Ese babieca de Roldán qué espera?
¿Se premiará con menos que un dogal
plantarme de este modo, a tiempo tal?

«Presto verán si soy un rey de palo,
y si mi autoridad echo en olvido».
Tanto se prolongaba el intervalo,
que Astolfo se creyó comprometido:
«Probemos de Grandonio el varapalo,
y sea lo que Dios fuere servido»,
entre sí dice; y como el caso apura,
vístese incontinenti la armadura.

Aunque con pocas esperanzas iba
de salir muy airoso de este lance,
propio creyó de su lealtad nativa
servir a su señor a todo trance.
Está el concurso en grande expectativa;
y al ver de Astolfo el no esperado avance,
con solapada risa en más de un corro
se oye decir: «¡Pardiez! ¡Bravo socorro!»

El noble duque en ademán sumiso
ante el mohino emperador se agacha:
«Dame, le dice, de justar permiso;
quiero el honor francés dejar sin tacha».
Carlos, que en vano disuadirle quiso,
«Ve, dice, ¡por amor de Dios, despacha!»
Y añade a media voz mirando en torno:
«No nos faltaba más que este bochorno».

Reconocido a tan benigna audiencia
corre Astolfo al jayán, y le reprocha
su avilantez y bárbara insolencia,
y con punzantes dichos le agarrocha.
Pero ya es tiempo, si otorgáis licencia,
de dar nuevos colores a la brocha;
cobre alientos la exhausta fantasía,
para reanimar la historia mía.

CANTO III

El bosque de las Ardeñas

Es el juzgar con tino cosa rara,
y más, de lo distante y de lo oculto;
que si en materia a veces simple y clara,
y que delante vemos y de bulto,
ilusiones que nadie sospechara
sacan de quicio a un pensamiento adulto,
¿qué tiene de difícil o de extraño,
de lejos y entre sombras, el engaño?

Cumple juzgar con reflexión madura
que a nuestra mente limitada alumbre;
y no, tras una débil conjetura,
dejarnos ir, siguiendo una vislumbre;
cosa que en muchas partes la Escritura
condena como pésima costumbre,
porque hace a la jineta andar los cascós,
y da a los hombres infinitos chascos.

Lo cual proviene como nadie ignora
que haya leído a Condillac y a Locke
de que el alma, embestida, a cada hora,
de objetos mil, no los ensaya al toque
de una análisis escudriñadora
que todo lo averigüe, observe, toque,
cale, registre, husmee, persiga, atrape,
de manera que nada se le escape.

Inobservado un mínimo accidente,
sucederá que del nivel se aparte

de la razón el hombre que no cuente
con él, o como inútil lo descarte;
a que se agrega este otro inconveniente,
que si a la observación no ayuda el arte
del raciocinio, todo cuanto apaña
la mente, en vez de aprovechar, le daña.

Al presentarse Astolfo en el palenque,
¿imaginarse puede que resista
aquel garzón pulido, muelle, enclenque,
a un corpulento gigantón? Que embista,
es demasiado ya; que venza, ¿quién que
tenga razón, y sobre todo, vista,
no pensará que en lo imposible toca?
Pues todo el que lo piensa se equivoca.

Fiaos, pues, de autoridad tan vana;
venga contra este ejemplo, y argumente
y filosofe el sabio hasta mañana.
Hay en la vida una fatal pendiente
en que gravita la razón humana
hacia lo insustancial y lo aparente,
y en la ilusión encuentra su elemento.
Ya basta de sermón; vamos al cuento.

Oye el jayán soberbio al arriscado
paladín, y se abrasa en rabia loca,
como quien cree que el ser desvergonzado
es cosa que tan sólo a él le toca.
«Acaba, charlatán», dice enfadado;
a su contrario cada cual se aboca;
Astolfo, que otra lanza no tenía,
blande, ya lo sabéis, la de Argalía.

«Verás cómo te ensarto por la punta,
dice el jayán, menguado lechuguino».
El mismo Astolfo algún desmán barrunta,
y confesara, a lo que yo imagino,
si hacérsele pudiese la pregunta,
que el jayán no iba fuera de camino.
Embiste, empero, denodado, y, sólo
a un tiento de la lanza derribolo.

El que viese a una torre apuntalada
con picos y hachas demoler la base,
y hacer que los puntales que apoyada

la tienen, poco a poco el fuego abrase,
y con súbito estruendo desplomada
el campo henchir de escombros la mirase,
figurarse pudiera el repentino
fragor con que Grandonio a tierra vino.

Sonó como un arcón que de armas lleno
desde algún alto mirador cayera.
Mudo ha quedado, y cual de vida ajeno,
el campo todo, cuan extenso era.
Ven rendido en la tierra al sarraceno,
y hubo quien a sus ojos no creyera.
Carlomagno lo mira y lo remira,
y lo tiene por sueño y por mentira.

Como Grandonio, al ser descabalgado,
cayese por la mano de la rienda,
el ancha grieta que en aquel costado
le abrió el marqués, una laguna horrenda
hizo de sangre. Asístele un criado,
y en árabe a Mahoma lo encomienda,
pues tanto era profunda aquella herida
que a poco más costárale la vida.

Campeaba el inglés en muestra ufana,
cuando se ven llegar con regia enseña
dos caballeros de nación pagana.
Feo y de catadura zahareña
montaba el uno dellos negra alfana,
cuatralba, velocísima, extremeña:
es Felixmarte, rey de los Algarbes,
famoso entre los príncipes alarbes.

El otro infante, a la francesa corte
recién venido, Ormundo se nombraba,
joven de blanca tez y bello porte,
cuya stirpe real señoreaba
de la Tartaria lo que mira al norte,
y la Albarrosia y cuanto el Volga lava.
Nada vale el denuedo, nada el arte:
muerden el polvo Ormundo y Felixmarte.

Pero, mientras la lanza prodigiosa
derriba cuanto encuentra por delante,
y llora Carlomagno y le rebosa
de inesperado júbilo el semblante,

y de tan nueva y tan extraña cosa
estupefacto el vulgo circunstante,
ya enmudecido al noble duque otea,
ya estrepitoso aplaude y victorea;

al conde Gano el caso notifica
un paje, que partió como un venablo
a darle cuenta. Galalón replica:
«Si borracho no estás, lléveme el diablo»
El paje se le afirma y ratifica,
jurando por San Pedro y por San Pablo
que, con sus propios ojos, de la tela
vio sacar a Grandonio en parihuela.

Tanto que Gano al fin tragó la cosa;
y como se le acuerda que él es Gano,
y materia no cree dificultosa
darle gato por liebre a Carlomano,
resuelve entrar en danza, y a la rosa
o por fas o por nefas echar mano;
cuanto más, que una justa con Astolfo
no era pedir cotufas en el golfo.

Catorce condes Galalón apresta,
y lléalos a toelos de reata;
con gran prosopopeya va a la fiesta,
y de lucir la personilla trata.
Llegado a Carlomagno, le protesta
con voz meliflua y cara mojigata
que haber venido a tales horas siente,
mas que en servicio suyo ha estado ausente.

Dudo que Carlos le creyese; empero
atención le prestó benigna y leda.
Gano diputa al duque un mensajero
diciéndole que entre ellos si no queda
algún otro pagano caballero
a terminar la justa se proceda;
y que viene tan guapo y tan lucido,
porque hacerle desea honor cumplido.

«Mira, repuso Astolfo la paciencia
no era su fuerte, le dirás a Gano
que no hallo entre él y un turco diferencia;
que yo siempre le tuve por pagano,
hombre sin ley, sin alma y sin conciencia;

que venga, y llevará una buena mano;
y que con su privanza y su guapura
le estimo en lo que a un saco de basura».

Oyendo el conde Gano tanto ultraje,
apela a su genial filosofía;
finge reír de lo que dice el paje.
«Tiene el inglés gracioso humor, decía,
todo blandura el exterior visaje;
toda el alma rencor y felonía.
Verás, dice entre dientes, casquivano,
si es saco de basura el conde Gano».

Hincando a su bridón el acicate,
dispara contra Astolfo, cual saeta.
«Pagarásmela, dice, botarate».
Pero el buen Galalón no era profeta.
También Astolfo las espuelas bate,
y los ijares al roano aprieta;
y a Galalón tocando con la lanza,
le hace en el barro hundir la oronda panza.

¿Visteis tal vez un figurón de paja,
tirado al cielo, revolver liviano,
y el gesto imperturbable con que baja,
y caído, no mueve pie ni mano?
Pues ninguna o poquísima ventaja
le lleva en el caer al conde Gano.
A levantarle el bando infiel venía,
mientras Macario al duque arremetía.

Éste de Galalón era pariente,
y acompañole al punto en el desaire.
Pinabel, de la misma infame gente,
alzar también las piernas quiso al aire;
satisfízole Astolfo cortésmente,
y echole a tierra con gentil donaire;
bien que el traidor, después que estuvo abajo,
no mostró agradecer el agasajo.

Que Astolfo ciertamente el prez alcanza
ya por el campo todo se susurra.
«¿No queda, campeones de Maganza,
dice el inglés, quien a la lid concurra?
Venid, amigos, a probar mi lanza;
venid, que yo os prometo linda zurra».

Esmeril, provocado de este insulto,
sale, y también da en tierra con el bulto.

Pero Falcón, que a todo está presente,
pensó con una treta alzar la baza;
en apartado sitio, conveniente
a poner en efecto lo que traza,
se hizo a la silla atar bonitamente
con gruesas cuerdas, y volvió a la plaza.
Astolfo vino sin sospecha, y trajo
la mejor voluntad de echarle abajo.

Y con la lanza del astil dorado
dióle un golpe tal cual en la cabeza.
Entre caigo y no caigo el amarrado
campeador se tuerce y se endereza,
tanto que el vulgo malicioso ha dado
en el ardid, y a rebullirse empieza,
y a reír y a gritar: «Dale al perjuro;
dale, que está amarrado, dale duro».

Échanle a voces y silbidos fuera;
de que mostró quedar nada contento.
«Venga, dice el inglés, venga el que quiera
que le sacuda el polvo, y al momento
le serviré de la mejor manera;
si no basta una cuerda, traiga ciento;
y átese bien, que con menor fatiga
a un bribón de ese modo se castiga».

Anselmo de Altarripa, confidente,
primo de Galalón, y paniaguado,
con Ganil de Valclosa, otro valiente
de la misma ralea, ha concertado
que a embestir vaya al duque frente a frente,
y él le acometerá del otro lado.
Por detrás, dice, yo, tú por delante,
le hemos de hacer que en otro tono cante».

En tanto, pues, que el paladín lozano
endereza a Ganil su lanza hermosa,
le viene Anselmo por detrás pian piano;
y cuando Astolfo, hiriendo al de Valclosa,
ir se dejaba el cuerpo tras la mano,
hácele el de Altarripa la forzosa,
dándole en la cerviz con gracia tanta,

que en el suelo de bruces me le planta.

Piense el que tenga hiel y entendimiento
si los brazos Astolfo pondrá en jarras.
Cual jabalí, cual toro truculento,
cual preso tigre, que saltó las barras,
de un alevoso tiro al sentimiento,
se enfurece, y con dientes, cuernos, garras,
con lo que puede a su ofensor se arroja,
y ni aun verle morir le desenoja;

Tal o mayor la cólera semeja
de Astolfo, acuchillando a la pandilla.
Vio a Grifón de quien dicho ya se deja
que le sacó Grandonio de la silla,
y dióle de revés en una oreja
tan a sabor, que a grande maravilla
se tuvo no le hubiese el casco hendido;
pero cayó el pobrete sin sentido.

Allí es la gresca, allí la barahunda,
allí el gritar los condes, mata, mata.
Parece que la plaza toda se hunda;
de asesinar al pobre inglés se trata.
Métese Carlomagno entre la tunda,
que por cierto fue acción poco sensata;
el ser emperador le vino a cuento;
y haciendo relumbrar su espada al viento,

«Aparta, Astolfo, grita, aparta, Gano;
¿de ese modo mi corte se respeta?
¿no veis que está delante Carlomano?
¿o me tenéis quizá por un trompeta?»
En esto el buen Grifón, que con la mano
la oreja cercenada se sujeta,
se echa a los pies de Carlos, y afligido
dice que Astolfo a sinrazón le ha herido.

Pero Astolfo, que un áspid está hecho,
sin que el respeto a Carlos fuese parte
a contenerle, clama: «Hoy a despecho
del mundo, vil Grifón, he de matarte.
El corazón te he de sacar del pecho;
y aún no es, cual tú mereces, castigarte».
Grifón le dice: «En poco te estimara,
si lejos de este sitio te encontrara;

«mas callo, porque el amo está delante;
no por ti, que sabemos bien lo que eres».
«¡Desvergonzado malandrín! ¡bergante!
repuso Astolfo, ¡voto a Dios que hoy mueres!»
Carlomagno, inmutado en el semblante,
«¿Donde yo estoy, le dice, tal profieres?
Si urbanidad no sabes, ¡vive el cielo!
la aprendas a tu costa, bellacuelo».

Pero Astolfo no ve, no oye, no siente;
antes se arroja con violencia extrema
a cuanto magancés está presente,
cada vez más frenético en su tema.
En esto asoma Anselmo, aquel valiente
que fraguó la villana estratagema.
Astolfo, al verle, brinca, cual manchada
onza, y tírale al pecho una estocada.

Y le horadara como blanda pulpa,
si a punto el rey del brazo no le asiera.
Todos ahora al duque echan la culpa;
Carlomagno mandó que preso fuera.
Llevado es el mezquino a do le esculpa
un cincel doloroso en la mollera;
que es propio fuero de Fortuna aleve
que uno merezca el prez y otro lo lleve.

Aquella rosa de valor divino
que con tanto peligro fue buscada,
por quien tanto barón a tierra vino,
y tanta noble lanza fue quebrada,
no a Ricarte se dio, no a Serpentino,
no a Urgel fue, no a Oliveros otorgada,
ni a tantos otros de gallarda prueba;
y Anselmo de Altarripa se la lleva;

¡Aquel traidor Anselmo de Altarripa,
de magancesa stirpe, atroz, villana!
¡Oh ilusión que tan tarde se disipa,
loor, aplauso, admiración humana!
¡Cuán necio aquel que por ganaros hipa!
Y si os alcanza al fin, ¡cuán poco gana!
Dígalo el noble paladín que ahora
en una torre aprisionado llora.

Mas consolarse pudo bien, pensando
cuánto más grave pena ha dado el cielo
a Ferraguto, a Montalbán y Orlando,
que atormentados de febril anhelo
errantes por el mundo van, tirando
amor a todos tres de un mismo anzuelo.
A las Ardeñas cada cual dirige
su curso; mas diversa senda elige.

Primero el paladín Reinaldos llega,
y por el verde yermo se aventura.
Atravesando una escondida vega
por una selva entró de gran frescura,
poblada de altos árboles, que riega,
serpeando entre guijas, onda pura,
que al fin en un estanque duerme mansa,
y fatigada de correr, descansa.

Era el brocal de cándido y pulido
mármol, labrado de sutil relieve,
do el cincel los amores ha esculpido
de Iseo y de Tristán en punto breve.
Y bajo signo tal fue construído,
que si un amante de sus aguas bebe,
lo que ama olvida; dije mal, con presta
mudanza lo aborrece y lo detesta.

Merlín se dice haberlo fabricado,
porque Tristán, que de la bella Iseo
andaba locamente enamorado,
bebiendo allí, su abrasador deseo
trocarse en aversión. ¡Vano cuidado!
Por más que en vagoroso devaneo
tanta parte del mundo visitara,
no quiso Amor que por allí pasara.

Reinaldo hacia el estanque el paso mueve,
casi rendido a la calor ingrata,
desmonta; y viendo aquel licor aleve,
puro a la vista como tersa plata,
abrasado de sed se inclina y bebe,
y la sed y el amor a un tiempo mata;
a la inquietud, al ansia furibunda,
fría calma sucede y paz profunda.

El mirar que en el alma trajo impreso

se le borró; la célica hermosura
que en cien lazadas le ha tenido preso,
mentirosa ilusión se le figura;
y empieza a discurrir con grave seso
en la majadería y la locura
de andar un hombre así de ceca en meca
tras una mujercilla, hecho un babeiaca.

Aquel bello semblante ya no es bello:
la boca era un coral, ya es otra cosa;
ya no hay oro de Ofir en el cabello,
ni en las mejillas azucena y rosa;
Reinaldos finalmente cayó en ello:
encuentra ser la que adoraba diosa
una mujer no más. ¡Tirana suerte!
A la que idolatraba odia de muerte.

En conclusión, Reinaldos resolvía
dar a París la vuelta en derechura;
y en esto vio otra fuente que corría
con apacibles ondas, tersa y pura.
Cuantas abril pintadas flores cría,
esmaltan de su margen la verdura:
un olmo erguido, un arrayán, un boldo
a jazmines y lirios hacen todo.

Esta fuente Merlín de otra manera
encantó: el que en su linfa el labio pone,
a la persona que ha de ver primera
de opuesto sexo, es fuerza se aficione,
y dulcemente esclavizado, entera
la voluntad le rinda y le abandone.
Reinaldos no hace caso de esta fuente,
que ya en otra templó la sed ardiente.

Mas del silencio y del frescor sabroso
de aquella verde selva convidado,
a Bayardo dejando el oloroso
trébol pacer de un solitario prado,
a gozar un momento de reposo
reclínase; y apenas ha cerrado
los ojos, la Fortuna que se niega
al que la busca, y si la esquivan, ruega,

Lo que Reinaldos ya no le pedía,
ahora por lo mismo le depara;

aquella por quien antes se moría,
aquella, que tan ciego le arrastrara,
hacia el paraje en que el barón dormía
viene derecha, y junto al agua para
que amor infunde, y junto al joven bravo.
Al asno muerto la cebada al rabo.

La dama arrienda al olmo su rocino,
y aplícase a los labios una caña,
con que el licor sorbiendo cristalino
que los sentidos dulcemente engaña,
muy otra se sintió de lo que vino,
merced al gran profeta de Bretaña;
y, visto el adormido caballero,
harto más calorosa que primero.

Al verle reposar tan blandamente
sobre la fresca florecida cama,
párecele sentir un clavo ardiente
que el pecho enciende en repentina llama.
Aquel rostro dormido, aquella frente
bella y serena, un no sé qué derrama
que suspensa la tiene y embebida
con todos los sentidos, alma y vida.

Tal en la selva un can de buena raza,
que en seguimiento va de liebre o ave
y es de las cosas que Natura traza
cuya causa no pienso que se sabe,
si de pronto la ve, no le da caza,
mas, cual si allí la vida se le acabe,
queda improvisamente mudo y quieto,
fijos los ojos en aquel objeto.

Con rostro está, de un ansia intensa lleno,
ante el barón la bella peregrina;
luego a coger por el distrito ameno
flores que echarle, acá y allá se inclina;
ora en puntillas, palpitando el seno,
suspense el respirar, se le avecina;
ora hacia atrás cobarde el paso mueve;
quisiera despertarle, y no se atreve.

Después que un hora larga ha reposado
el joven paladín en la floresta,
recuerda; ve la damisela al lado,

y extrañamente el verla le molesta.
Ella le saludó con mucho agrado,
y él no sólo al saludo no contesta,
mas, como si un vestiglo allí mirase,
apresuradamente monta y vase.

Como era natural con tanta priesa,
tomó de todos el peor sendero.
Seguíale de lejos la princesa
diciendo: «Para, para, caballero;
escúchame un instante». Mas no cesa
Reinaldos de romper con su ligero
Bayardo por el bosque, y así para,
como si el diablo mismo le llamara;

Mientras siguiendo esotra al que lejano
casi se pierde en el ramaje umbrío,
clamaba: «¿Por qué huyes, inhumano?
¿Qué causa he dado a tan crüel desvío?
¿Qué significa ese desdén tirano?
Amor a ti me arrastra, dueño mío;
y si te sigo ahora, y si te llamo,
porque te adoro es, y porque te amo.

«Te sigo amante, y tú de mi te alejas,
y aun el darme un adiós te es cosa dura.
¿Te importuna el acento de las quejas?
¿Te es ofensa una cándida ternura?
Vuelve, y mira a lo menos lo que dejas;
que no es, no, tan horrible mi figura;
ni suele ser mi edad menospreciada,
sino con rendimientos halagada.

«¡Ah! no vayas que el verlo me da espanto,
no vayas por tan áspero sendero,
que si el huir de mí te obliga a tanto,
dar otro paso en pos de ti no quiero.
¡Desgraciada! mis voces y mi llanto
¿a quién derramo así? ¿qué más espero?
Huyó; se lleva el viento mis querellas;
y van mi vida y mi esperanza en ellas».

Así sembraba mísero lamento,
que se repite en eco dolorido,
y hasta las fieras mueve a sentimiento,
mas no aquel corazón empedernido.

Confuso más y más cada momento
se oye en el bosque el cuádruple sonido,
y cuando al cabo en la distancia expira,
con doble pena Angélica suspira.

«¿Conque el afecto, exclama, cariñoso
que en París me mostraste, era falsía?
¿Pude pensar que en cuerpo tan hermoso
un corazón desamorado había?
¿Qué pecho hay tan arisco que piadoso
no fuese a una pasión como la mía?
¿O cuál se vio tan intratable fiera
a quien más el halago embraveciera?

«¿Qué te costaba concederme, ingrato,
una palabra sola, e irte luego?
Que el placer de tu vista, un breve rato
templado hubiera este importuno fuego.
Mas ¡ay! quedó en mi pecho tu retrato,
enemigo mortal de mi sosiego;
cebo de una pasión que nada calma,
porque borrarla es imposible a el alma».

Diciendo así, los bellos miembros echa
sobre la verde yerba; ayes arroja;
suspira, y suspirar no le aprovecha,
el impío dolor ni un punto afloja.
Ahora calla, ahora se despecha,
y de copioso llanto el suelo moja.
Mas a la grave cuita que padece
se siente al fin rendida, y se adormece.

Descanse enhorabuena el angelito.
¿No será bien os hable de Gradaso,
que acaudillando ejército infinito
las regiones devasta del Ocaso?
Dejarémosle estar otro poquito,
que ya se nos vendrá más que de paso.
A Ferraguto es menester se vuelva,
que viene echando chispas por la selva.

Está el moro de cólera, que brama,
y enamorado está, que se derrite;
ira le enciende, y sopla amor la llama;
y por el mundo no dará un ardite,
si no acierta a topar la esquiva dama,

que jugar le parece al escondite,
o no topa a lo menos al hermano
para enseñarle a ser más cortesano.

Pues como en la espesura entrar le place
y por lo más tupido da una vuelta,
va que a la sombra un caballero yace;
es Argalía, y duerme a pierna suelta.
Al ver que atado su caballo pace,
desmonta, arrienda el suyo, al otro suelta,
y con un palo dándole en las ancas
le hace volar por riscos y barrancas.

Ansioso de volver a la pelea,
a despertar al joven se encamina;
mas parecióle acción grosera y fea;
aguardar que él despierte determina;
mira abajo y arriba, se pasea;
ora se sienta y ora se reclina;
al diablo daba aquel dormir tan largo,
que a su justa venganza pone embargo.

Recordando por fin el caballero,
halla que Rabicán tomó el portante,
y andar le es fuerza a pie, como un palmero;
con que se puso de asaz mal talante.
«Aquí estoy yo, le dice el altanero
Ferraguto parándose delante;
hoy uno de nosotros aquí muere;
mi caballo será del que venciere.

«Yo el tuyo, si lo ignoras, he soltado
por impedirte que a la fuga apeles.
Anduviste conmigo malcriado;
mas otra no me harás de las que sueles;
ahora que la tierra te he cerrado,
es menester que por el aire vueles.
¡Ánimo, pues! resiste al brazo mío;
que está en el pecho, no en la espalda, el brío».
En voz alta el mancebo y faz serena
responde: «Es por demás que te conteste
si aquélla fue crianza mala o buena,
porque no es tiempo de argumentos éste.
Sólo diré que tú, ni una docena
de Ferragutos, ni una entera hueste,
hüir me hiciera, y que si pude hacello,

fue por tener mi hermana gusto en ello.

«Y el que con lengua diga zafia y tosca
que temí, mentirá por el gargüero».
A Ferraguto le picó la mosca;
como pintada sierpe que a un ligero
tiento de incauto pie se desenrosca
y acomete, silbando, al pasajero,
así furioso el español se lanza
al Argalí, sediento de venganza.

Ni el otro en el furor le cede nada.
Trábase pavorosa batahola,
y del estruendo horrísono asustada,
se estremece la selva opaca y sola.
Sabiendo el Argalía que a su espada
es Ferraguto invulnerable, alzola;
ya que sacarle sangre es vano intento,
privarle imaginó de sentimiento.

Sobre el testuz le esgrime un altibajo;
mas entendióle Ferragú la traza;
súbito se le cuela por debajo,
y entre sus brazos al contrario enlaza.
Tiene Argalí para el marcial trabajo
más firme el pulso, y con más fuerza abraza;
pero destreza tuvo el moro mucha,
y un tanto más experto fue a la lucha.

No es mucho, pues, que al del Catay postrara;
bien que bregando el vigoroso infante
encima se le monta, y en la cara
golpes le da con el ferrado guante.
Mas otra ofensa Ferragú prepara;
empuñando la daga rutilante,
por un oculto ojal del coselete
hasta los gavilanes se la mete.

Brota de rojo humor copiosa fuente,
y la forma gentil se desmadeja,
como lacia se dobla tristemente
una flor que al pasar tronchó la reja.
Con apagada voz y balbuciente,
como a quien ya mortal angustia aqueja,
«Un solo don, decía, pues que muero,
te pido me concedas, caballero.

«Ruégote por tu mérito excelente
y a fuero de leal caballería,
que a un hondo río arrojes juntamente
este mi cuerpo, y la armadura mía;
no sea que al mirarla alguno afrente
mi nombre y fama, y diga acaso un día:
Ruin caballero es fuerza que haya sido
el que con estas armas fue vencido».

El yelmo Ferragú le suelta y quita,
tornada en compasión la furia brava,
y ve en los ojos y en la tez marchita
que el aliento de vida se le acaba.
Vanamente la sangre solicita
restañar, que las ricas armas lava;
en sus brazos apoya al infelice,
ya cercano a expirar, y así le dice:

«¡Desventurado joven y dichoso
en tan temprana y tan honrosa muerte!
La alegre vida en el albor hermoso
de juventud te arrebató la Suerte.
Pero renombre dejarás famoso
de cortés caballero, osado y fuerte.
¡Ay! a quien da Fortuna edad más larga,
suele enojosa hacérsela y amarga.

«Y pues ya estás en sosegado abrigo,
y miras la tormenta desde el puerto,
generoso perdona, si contigo
loco de amor, he peleado a tuerto.
Al grande Alá poniendo por testigo,
del triste don que pides te hago cierto;
tu yelmo, si te place, solamente
reservaré, para cubrir mi frente.

«Préstame el uso de esta sola pieza,
mientras que de otra a proveerme llevo».
Inclinose la pálida cabeza,
como dando a entender que accede al ruego.
Oculto el español en la maleza
se estuvo hasta expirar el mozo, y luego
lo prometido a ejecutar se apronta,
y en su corcel con el cadáver monta.

Habiéndose a la frente acomodado,
separada la espléndida cimera,
aquel yelmo fatal, que destinado
a un porvenir más venturoso fuera,
lleva con lentos pasos el helado
cuerpo de un ancho río a la ribera,
y do más honda y rauda es la corriente,
suelta la infausta carga blandamente.

Un rato el agua se quedó mirando,
y luego por la selva solitaria
pensativo se fue, mientras Orlando
cruzaba el yermo en dirección contraria.
En busca de la dama jadeando
llegaba el conde, y plugo a la voltaria
Fortuna, o fuese el diablo, que la viera;
para hacerle tal vez la burla entera.

Profundamente Angélica dormía,
jugando el viento en el bríal de seda;
rosas el campo alrededor abría,
y susurraba amores la arboleda.
Al verla Orlando, ¿qué pensáis que haría?
Embebecido, estupefacto queda,
la boca abierta, la mirada fatua;
más que hombre vivo, inanimada estatua.

Tal el que inspira el hálito que el cielo
por arma, infecta boa, darte quiso,
tor e la vista y turbio el cerebelo,
enajenado queda de improviso.
«¿Qué es esto?, dice el conde medio lelo,
¿es la vida mortal? ¿o el paraíso?
¿es de mi caro dueño aérea copia
con que me engaña Amor? ¿o es ella propia?

Pasándosela en estas y otras flores,
se echa a tierra a mirarla el necio amante.
En batallas más ducho que en amores,
ignoraba, bisoño cortejante,
ser doctrina común de los doctores
que el que ve la ocasión y en el instante
no la agarró de la fugaz guedeja,
se tira luego de una y otra oreja.

Ferraguto, que viene cabalgando

por aquella mismísima ladera,
mira, mas no conoce al conde Orlando,
que sin divisa estaba y con visera.
Maravillose; mayormente cuando
reparó en la dormida compañera;
quién ella sea un breve instante duda;
luego horrorosamente se demuda.

Pensando que a guardarla atendería
aquel desconocido, en altaneras
y descompuestas voces prorrumplía,
y dícele de buenas a primeras:
«Esa dama no es tuya, sino mía,
y serte ha sano que dejarla quieras;
donde no, vida y dama todo junto
has de dejar en este mismo punto».

Hacia el recién venido alzó la testa
Orlando, y le responde algo mohino:
«Tengarnos, camarada, en paz la fiesta;
ve, por amor de Dios, ve tu camino.
¿De dónde sabes tú qué dama es ésta?
Naturalmente yo a la paz me inclino;
pero, si he de decirte lo que siento,
no me pareces hombre de talento».

El español, que luego se mosquea,
«¡Hola!, le respondió, ¿conque al acero
quieres que apele? Bien que no se vea
señal en ti de noble caballero,
de igual a igual la competencia sea;
fácilmente, ladrón, probarte espero
que es el contradecirme empeño vano».
Y esto dicho, a la espada puso mano.

Salta con vista entonces fulminante
el conde, que un volcán de furias era.
«Yo soy Roldán» poniéndose delante
dice, y alzando a un tiempo la visera.
Hácele extraños visos el semblante;
catadura jamás se vio tan fiera.
Ferraguto quedó medio aturdido;
pero tomó al instante su partido.

Con acento responde resolutivo:
«No piense hombre mortal que me intimida;

si Roldán eres tú, yo Ferraguto;
a espada al punto el pleito se decida».
Monta Roldán en su alentado bruto,
y se juega en efecto la partida
de igual a igual, pues tienen al acero
ambos a dos impenetrable el cuero.

Al espantoso estrépito despierta
la dama, y viendo, como claro vía,
que era por causa suya la reyerta,
y que las costas ella pagaría,
huye despavorida y medio muerta,
por do sus pasos la Fortuna guía.
Y no hubo andado bien medio minuto,
notan su fuga Orlando y Ferraguto.

«Distante va, no hay hoja que rebulla
el conde dijo, echando atrás la espada.
En vano el uno al otro se magulla,
cuando el vencer no ha de valernos nada;
que en dejar que nos plante y se escabulla
perdemos uno y otro la parada.
Si una amorosa súplica te obliga,
permíteme, te ruego, que la siga».

Con risa amarga y mal disimulado
enojo dice el español adusto:
«Ciertamente que es raro el desenfado
con que de mí dispones a tu gusto.
Hubiérasme a lo menos convidado
a seguir la batida; pero ¿es justo
que uno deje la res y otro la corra?
Pelea, conde, y súplicas ahorra.

«De paces ni de treguas no se trate,
que si eres duro tú, yo no soy blando».
«Pardiez que es un solemne disparate
argumentar contigo», exclama Orlando.
Con doble furia trábase el combate,
y finalizará Dios sabe cuándo.
Mas al canto siguiente se difiera,
que nuevo asunto y grande nos espera.

Gradaso

¿Diremos que es amor hado preciso,
dura necesidad, y que si ataca
de recio a un corazón, humano aviso
de donde se atrinchera no le saca?
¿O mirando las cosas a otro viso,
decidiremos que su ardor aplaca
próvida reflexión, juicio discreto,
y que al arbitrio humano está sujeto?

El que dos toros ve, por la vacada,
darse de cuernos y escarbar la tierra,
o a espuela y pico en un corral trabada
entre dos gallos implacable guerra,
no cree que pueda equipararse nada
a ese instinto de amor que el pecho encierra,
centella etérea, elemental, prendida
en las fibras más hondas de la vida.

Mas si del amoroso paroxismo
suele calmar la fiebre, ya la opiata
de la seguridad, ya el sinapismo
de una correspondencia infiel o ingrata;
si amor violento se consume él mismo,
tibio, un soplo levísimo le mata;
si a larga ausencia, como Ovidio escribe,
o rara vez o nunca sobrevive;

si modera sus ímpetus la Ética,
si tiritita sin Ceres y sin Baco,
si aquella dura disciplina ascética
que hace a el alma robusta, al cuerpo flaco,
le cierra el corazón con tapa hermética;
muy más que poderoso eres bellaco,
¡oh ciego dios! ni hay hombre que no acierte,
queriéndolo de veras, a vencerte.

Pero según la idiosincrasia varia
quiere esta enfermedad vario el remedio.
¿Tiene el paciente condición voltaria?
Récipe: un mes o dos de tierra en medio.
A un manso afecto una pasión contraria
hace que una alma altiva cobre tedio.

¿El clarín de la fama la desvela?
Es niño amor, y amedrentado vuela.

Santíguase Harpagón, cuando le guiña
una moza agraciada, pizpireta;
no que le desagrade, no, la niña;
sino que más un patacón le peta.
¿Pídenle para un chal o una basquiña?
Se siente vocación de anacoreta:
«¡Fuera!, dice, amoroso garabato;
me atengo a no pecar, que es más barato».

Mas hay amor que prende en alma dura,
y entre contrariedades crece y medra;
hay amor que ningún remedio cura,
y ni el peligro ni la muerte arredra.
Contra el roble que andamios de verdura
levanta, y la raíz en honda piedra
de un risco alpino esconde, brega en vano
proceloso aquilón que barre el llano.

Mas ¿a qué repetir lo que ya han dicho
tantos en dulce rima y docta prosa?
Quédate, Amor, en tu sagrado nicho,
y guárdate tu ciencia misteriosa.
Eres, en conclusión, un duende, un bicho,
un enigma, una cierta cosicosa
que se viene y se va cuando le peta,
y trabuca a los hombres la chaveta.

He aquí dos que se tiran al codillo
dije mal, que se tiran al degüello;
y en la parada no les va un cuartillo,
porque la dama que es la causa dello
huye, y de más a más lleva el anillo
puesto en la boca, y sin volver el cuello,
veloz se pierde en la montaña oscura,
que aun invisible, no se cree segura.

Artes y fuerza apura en su adversario
cada cual, ya repare, ya acometa;
tíranse golpes con suceso vario;
y todo sigue en igualdad completa.
Iba a durar la fiesta un octavario;
mas heos aquí que en traje de estafeta,
montada en palafrén de blanco pelo,

llega una dama, echado al rostro un velo.

Suspensa de las armas la porfía,
descúbrese la bella viajadora,
que afligida se muestra en demasía,
y con las tiernas lágrimas que llora
temprana flor parece que rocía
el aljófár primero de la aurora.
Mirando al conde, le saluda, y ruega
que no pase adelante la refriega.

«Aunque, mujer desconocida, creo
que mi demanda estimes necia y ruda
díjole así, lo que en tus obras veo,
de que la otorgues no me deja duda.
Vengo, señor, de allende el Pirineo
en estos tristes paños de viuda
buscando a este infelice caballero,
y que le dejes ir deberte espero».

«Contento soy dio el conde por respuesta,
que era la flor de toda cortesía,
y aun mi persona está a serviros presta,
si fuere menester más compañía».
«Gracias te doy, le respondió modesta;
honor insigne a la verdad sería;
pero mi primo solo me acompañe,
que a tu valor más alto empleo atañe».

Y vuelta a Ferraguto, «¿Has conocido,
dice, a la sin ventura Flordespina?
Pasas el tiempo en justas divertido,
¡mísero! y ni aun sospechas la rüina
de que a darte las nuevas he venido.
Arde toda la España en repentina
guerra; tu padre está cautivo, ¡ay triste!,
y el enemigo a Barcelona embiste.

«Acaba de llegar un rey Gradaso
que le llaman señor de Sericana;
y avasallada el Asia, hoy el Ocaso
sujetar quiere a su soberbia insana.
De reyes ni de pueblos hace caso;
común azote de la especie humana,
cristiano y musulmán, francés y godo,
al bárbaro invasor le es uno todo.

«Consigo arrastra un turbión espeso
de naciones feroces y malvadas;
Marsilio está para perder el seso;
el pobre rey se da de bofetadas.
Y viendo a Falserón, tu padre, preso,
únicamente tiene en ti fundadas
sus esperanzas. Ven; postrada invoca
tu brazo España; a ti el salvarla toca».

Absorto, calla el moro, masticando
la relación de la afligida prima,
y unos pocos momentos vacilando
estuvo; al fin su decisión íntima;
«A Dios te queda, dice, conde Orlando;
otra vez, site place, se dirima
la interrumpida competencia nuestra;
eres valiente, y dello has dado muestra».

Para dejar que Ferragú se ausente
el conde intercesión no necesita;
antes a la Fortuna interiormente
las gracias da, que estorbo tal le quita.
Cambia Orlando la guerra antecedente
por la que dentro el pecho amor excita,
y tras la fugitiva mueve el paso,
mientras va el moro en busca de Gradaso.

Convoca en tanto Carlos a gran prisa
su regia corte, y sobre el mal que aflige
al Occidente, en puridad se avisa,
y a este modo discurre: «Lo que exige
de Nos la tempestad que se divisa
en la vecina España, se colige
de aquestas dos razones: la primera,
que el rey Marsilio es deudo nuestro, y fuera

«mancilla que el honor real no admite,
en tamaño peligro abandonalle;
y la segunda, que si Dios permite
que a España ese rey bárbaro avasalle,
sin aguardar licencia ni convite
sobre la Francia se vendrá, y ahorralle
el viaje es conveniente y cumplidero;
ca da dos veces el que da primero.

«Y pues la fe y honor os es patente
del ilustre barón de Montalbano,
nombrarle hemos juzgado conveniente
capitán del ejército cristiano».
Habiendo dicho así, solemnemente
el militar bastón le puso en mano.
Arrodillado el paladín lo aceta,
y una oración pronuncia asaz discreta.

«Seguirán, dice Carlos, tu estandarte
hombres cincuenta mil, gente de brío;
y para más cumplidamente honrarte,
y demostrar lo que en tu espada fío,
quiero también gobernador nombrarte
del Lenguadoc y cuanto baña el río
Garona; obedeciéndote Burdeos,
Rosellón y los montes Pirineos.

«Mira, añadió abrazándole, hijo caro,
mira que te encomiendo mi corona».
Contéstale Reinaldos: «El amparo
de los cielos me falte, si ambiciona
premio mi pecho, más ilustre y claro,
que el consagrar mi espada y mi persona
a tu gloria, y que ceda, mientras vivo,
en honor tuyo el que de ti recibo».

Dice, y los pies le besa, y se despide,
y la corte le da la enhorabuena.
Él lo cortés con lo valiente mide,
y a todos honra y de favores llena.
Con la celeridad que el caso pide
lo necesario a la partida ordena,
e incontinenti pónese en camino,
de Ivón acompañado y de Angelino.

Todo el que sabe de armas y de guerra,
luego que esta partida se pregona,
deja por ir tras él su casa y tierra,
como a quien tanto su gran nombre abona.
Pasado han ya lo estrecho de la sierra,
y en poco tiempo llegan a Gerona,
adonde el viejo rey se ha retirado,
dando a Grandonio el cargo del Estado;

Que teniendo cercada en crudo asedio

a Barcelona la enemiga hueste,
de salud le parece único medio
en el estado de las cosas este;
mas crece el mal, y no se ve remedio
que en situación tan apurada preste;
casi se trata de acordar la entrega,
cuando con Ferragú Reinaldos llega.

Como en la tempestad al marinero
que ya la tabla náufraga apercibe,
cuando más brama el piélagos altanero,
mudado el viento, el ánimo revive;
cual lámpara que al dar el postrimero
destello, nuevo pábulo recibe,
tal de Marsilio entonces la abatida
moribunda esperanza torna a vida.

Llegan al mismo tiempo Balugante,
Isolero, Espinela, Matalista,
Serpentino, y el bravo rey Morgante,
a repeler la bárbara conquista.
El califa de España, el Almirante,
y Falserón, con otra larga lista
de nombres que por no cansar no escribo,
cuál era ya difunto, y cuál cautivo.

Porque Gradaso, aquel desaforado
rey de la populosa Sericana,
habiendo las dos Indias subyugado
y aquella ínsula grande Trapobana,
los persas y los árabes domado,
y de los negros la región lejana,
y la mitad del mundo, finalmente
desembarcó en España con su gente.

Multitud de naciones conquistadas
le siguen, belicosas y salvajes,
blancas, rojas, morenas, y tiznadas,
de varios climas, lenguas, armas, trajes.
Príncipes sólo y testas coronadas
le sirven de escuderos y de pajes;
valeroso, incapaz de felonía,
pero altivo, arrogante en demasía.

Cubre a la infausta España la avenida
de tanta horda terrífica, sañuda.

Marsilio, que la cree casi perdida,
no sabe a qué lugar primero acuda;
y Barcelona misma es reducida
a tal extremo, que aun Grandonio duda;
pues día y noche el sitiador la estrecha,
y se halla a punto de batirla en brecha.

Abraza, haciendo extremos de locura,
a Ferraguto el viejo rey Marsilio.
«Aunque imploraba ya la sepultura,
dice, con el vivir me reconcilio;
que tengo la victoria por segura
con tu asistencia y el cristiano auxilio».
Ferraguto le da respuesta breve:
que hará lo que acostumbra y lo que debe.

Mientras de la defensa agota el arte
Grandonio, con la Cruz la Media-luna
forman bizarro ejército, que parte
a probar en el campo la fortuna.
En brigadas la gente se reparte;
señálase caudillo a cada una;
y rige Serpentino la primera,
que combatientes veinte mil numera.

Cincuenta mil conduce a la pelea
Reinaldos; no le falta un solo infante;
Matalista a su vez capitanea
quince mil; va a su lado el rey Morgante;
luego otros tantos de hosca raza y fea
gobiernan Isolero y Balugante;
y sigue a todos la aguerrida banda
de treinta mil que Ferraguto manda.

Dirige el rey Marsilio la postrera
de treinta y cinco mil bravos peones.
La fuerza tal, y tal el orden era
de las seis coligadas divisiones.
El sol en los arneses reverbera;
de polvareda espesos nubarrones
álzanse, y en el polvo y los reflejos
los conoció Gradaso desde lejos.

Llamando a cuatro reyes de corona
Brutarroca, Grancoda, Urnaso y Berra,
«¡Hola!, dice, batidme a Barcelona:

cuidado que hoy sin falta venga a tierra;
no hay que dejarme a vida una persona;
solamente a Grandonio en esta guerra
vivo me cogeréis; metedle en hierros,
que a lidiar quiero echarle con mis perros».

Cada cual de estos reyes conducía
de los campos del Indo y los del Ganges
guerrera innumerable infantería,
de arcos armada, de hondas y de alfanjes;
y cubren, en lugar de artillería,
uno y otro costado a las falanges
doscientos elefantes nada menos,
que altos castillos cargan, de indios llenos.

Cual ondas forma con el raudo viento
la grama de una vasta pradería,
comienza a rebullir el campamento,
y con el polvo se oscurece el día.
El Sericano dice: «En el momento
quiero que venga a la presencia mía
ese gigante rey de Trapobana
que monta una jirafa por alfana».

No se vio rostro de tan fiera guisa
como el de este jayán nombrado Alfrera.
«¡Hola!, dice Gradaso, date prisa;
ve, feo monstruo, hacia la azul bandera
que tiene estrella de oro por divisa;
sabes, si no la traes, lo que te espera».
Y encarado a otro rey que cerca estaba
y Faraldo de Arabia se llamaba,

«Hazme al barón de Montalbán cautivo,
dice, y el estandarte galicano,
y en él haz modo de envolverle vivo,
y de traerme su corcel a mano;
no dejes que Bayardo fugitivo
se te escabulla, malandrín villano;
pues sabes que salí de Sericana
por ganar a Bayardo y Durindana».

Luego a Framarte, rey de Persia, ordena
que a Matalista prenda y a Morgante.
Al rey de Nubia, Orgón, que tiene llena
de verrugas la cara y es gigante,

«Ensartarásme en una gran cadena
con Isolero, dice, a Balugante».
Al cual Orgón la carne recia y dura
servía de vestido y de armadura.

Al gigante Balerza luego manda
que tiene el morro tres pulgadas grueso
y monta un elefante ir en demanda
de Ferraguto, y que le traiga preso.
El pueblo Sericán sin armas anda,
como en expectativa del suceso;
que sólo con su rey al campo sale,
y cuando el riesgo o la ocasión lo vale.

La franca en tanto y la española gente
provoca al enemigo a la batalla,
y marcha, a sus caudillos obediente,
en orden tal, que es un placer miralla.
El campo, de la aurora al occidente,
cuajado está de espesa gentüalla
hasta la mar, y apenas uno sabe
dónde la que después va entrando cabe.

Uno y otro enemigo es sarracino,
menos el buen señor de Montalbano,
y ya está el uno al otro tan vecino,
que se pueden herir tirando a mano.
Llega con Espinela Serpentino,
y embiste al populacho Trapobano;
por ambas partes pavorosa, horrenda
alharaca preludia a la contienda.

El discorde sonar de tamborones,
de trompa, de añafil y chirimía,
hace una confusión de confusiones
que cosa del infierno se diría.
Serpentino, apretando los talones,
al rey de Trapobana acometía;
aquel de quien se ha dicho y se repite
que en lo disforme parangón no admite.

Blandiendo va el gigante gruesa viga
que mástil pudo ser de una fragata;
nada le estorba escudo ni loriga;
de cada golpe a tres o cuatro mata.
Serpentín, que temor jamás abriga

del coraje español era la nata,
arremetió; mas golpe tal le toca,
que cae vertiendo sangre por la boca.

Pasó de largo la fantasma fea,
con la gran viga abriéndose ancha plaza,
y donde el estandarte azul ondea,
en el pobre Espinela hizo tenaza;
como por diversión le zarandea,
terciada en tanto la robusta moza;
echando luego a la bandera mano,
le envía envuelto en ella al Sericano.

Reinaldos desde lejos vio la fiesta
de Serpentino y de Espinel gallardo,
y no le pareció ser hora ésta
de venir con su gente a paso tardo.
Dejándosela toda en orden puesta,
a sus hermanos manda Ivón y Alardo
sigan con ella, mientras él avanza;
embistiendo al jayán bajó la lanza.

Aunque no le hizo sangre, que cubierta
lleva de cuero de orca la loriga,
del golpe que le da le desconcierta,
y echa a rodar jayán, jirafa y viga;
desenvainando entonces a Frusberta,
carga sobre la cáfila enemiga;
rompe las filas, acuchilla, mata,
y cuanto encuentra arrolla y desbarata.

Tras él la división cristiana vuela,
y sobre el enemigo da de lleno.
Viendo la suya que a la fuga apela,
está el gigante Alfrera hecho un veneno;
mas le cumplió también hincar la espuela,
creyendo que el negocio no iba bueno;
y en pos corrió de la fugaz canalla,
no sé si a detenella o si a imitalla.

Brazos cortando y pechos y cabezas,
no da vagar Reinaldos a la espada;
los trapobanos rompe y hace piezas;
hubo a quien rebanó de ijada a ijada.
Corriendo van por riscos y malezas,
como de cabras tímida manada;

caen, como en la siega las espigas,
los mutilados cuerpos y lorigas.

Pero recuerde ahora que es Reinaldo,
que quieren los de Arabia entrar en danza.
Él, para más honrar al rey Faraldo,
de parte a parte le pasó la lanza;
y luego a los demás da el aguinaldo
abriendo a quién el pecho, a quién la panza;
y dellos hubo a quien de un solo tajo
la gran Frusberta hendió de arriba abajo.

Cúbrese de cadáveres el llano,
que hacen a los que lidian parapeto;
el que puede escapar lo hace temprano,
no le pesque Reinaldos el colete.
Va Ivón, Guiscardo va tras el hermano,
y Alardo y Angelino y Ricardeto;
y Serpentín, con fresco aliento y fuego,
vuelve otra vez al azaroso juego.

Iba en derrota el árabe, y caía
un dromedario aquí, y allá un camello,
cuando en su yegua tártara venía
Framarte, rey de Persia, sin resuello,
que por probar la lanza se moría
del buen Reinaldo, y se salió con ello,
pues en la lanza el paladín le ensarta,
y fuera se la echó más de una cuarta.

Reinaldo, sin hacer de aquello cuenta,
pasa adelante impávido y sañudo;
parece un rayo en noche de tormenta;
más que mortal le estima el pueblo rudo.
Y Orgón en este punto se presenta,
que va, como un bergante, a pie y desnudo;
pero desnudo así y a pie y bergante,
nadie le ve llegar que no se espante.

Tiene de modo tal la piel curtida,
que el hierro apenas la penetra o taja,
y con el tronco de una haya erguida
terriblemente a los contrarios maja.
Viole Reinaldos; pero vio en seguida
la turba que con él al campo baja
de atezados vasallos; con que suena

a replegar, y su brigada ordena.

Y mientras como pródigo consulta,
y qué partido tome delibera,
torna a la lid la densa turbamulta
de trapobanos que dirige Alfrera;
y volviendo la cara, ve que oculta
grande espacio de campo otra tercera
hueste, que viene por diversa parte
siguiendo de Balerza el estandarte.

Éste unos gritos da descompasados
con que a los más intrépidos azora;
Alardo y Argelín medio turbados
estiman que cejar conviene ahora.
Reinaldos dice: «Estáis equivocados;
aguardad, compañeros, media hora,
media hora, no más, que media basta
para acabar con esta infame casta».

Los dientes con terrífico rechino
Reinaldo aprieta y contra Alfrera parte.
Pero nuestro jayán, que era ladino,
como le vio venir, se fue a otra parte;
lo que puso a Reinaldos tan mohino
que aguijando a Bayardo, tunde, parte,
desbraza, descabeza a cuantos topa
y hace pedazos la enemiga tropa.

Marsilio ve la gran nubarronada
de huestes que en el campo se congrega,
y envía a Ferraguto una embajada,
que se apresure a entrar en la refriega.
La batalla hasta aquí no ha sido nada;
ahora sí que en porfiada brega
hasta lo sumo el brío se acalora;
lo apurado, lo crítico es ahora.

Porque Reinaldos de diversos modos
sarracenos despacha, que es un gusto;
chorréale la sangre por los codos;
y a los más alentados pone susto.
Y al mismo tiempo van llegando todos
los de más nota; Ferraguto adusto,
Matalista, Isolero, Balugante,
y el fortísimo príncipe Morgante.

No sé decir si fuese ardid o fuerza,
que Don Turpín se lo ha dejado in petto;
lo que no tiene duda es que Balerza
se metió bajo el brazo a Ricardeto.
Pugna el mancebo mísero y se esfuerza
por desasirse; mas con poco efeto;
va Ivón tras él y Alardo y Angelino;
Balerza por los tres no da un camino.

Por otra parte Alfrera ha levantado
a Isoler de la silla y se lo lleva.
Ferraguto lo vio; mas no le es dado
que un solo paso su corcel se mueva
contra la gran jirafa, que, espantado,
sobre los pies el cuerpo al aire eleva,
y responde a la espuela y a las voces
dando bufidos y tirando coces.

Sólo el brutal Orgón a nadie pilla;
despachurrar le gusta únicamente;
en derredor, por más de media milla,
toda despavorida huye la gente;
que allí no vale lanza, no cuchilla,
ni el ser diestro aprovecha o ser valiente;
él rompe a un tiempo escudos, armas, huesos;
a borbotones saltan sangre y sesos.

Pero ninguno a compasión excita
a par de Ricardeto, que hecho presa
de aquel otro gigante, «Hermano, grita,
a Ricardeto acorre, date priesa».
Oyó Reinaldos la doliente cita;
y vuelto, ve lo que de ver le pesa,
o por mejor decir, lo que en tan grave
ira le enciende, que de sí no sabe.

Tanto el hermano al bello mozo ama,
que dar por él la vida estima en poco,
y al verle en brazos, no de alguna dama,
sino de aquel jayán, se vuelve loco.
Mas otro asunto la atención me llama,
y yo la vuestra juntamente invoco.
A Barcelona voy, que la tenemos
reducida a los últimos extremos.

El que por dicha ignora dónde sea
de los horrores de la guerra el centro,
una ciudad acometida vea,
el enemigo fuera, el hambre dentro.
De cuanta desventura alguna idea
formarse pueda, allí la suma encuentro;
ni la fama otro cerco relaciona
que se compare al tuyo, Barcelona.

Por do sus torres en la mar se miran,
la baten sin cesar mil galeones;
y en derredor por la campaña giran
de aquellos reyes indios las legiones,
que con ballestas, arcos, hondas tiran,
o sobre el hondo foso echan pontones,
o con enteros árboles lo ciegan,
y ya a la basa de los muros llegan.

Dónde arriman escalas, dónde avanzan
morrudos elefantes a docenas,
que sus torres altísimas balanzan
de ejercitados guerreadores llenas,
que saetas, venablos, piedras lanzan,
batiendo a caballero las almenas,
mientras la poderosa catapulta
con recio embate a la muralla insulta.

Coronan los sitiados la muralla,
y peñascos de enormes dimensiones
hacen caer de arriba, y cuanto se halla
a mano; hasta columnas y artesones.
Esotros cuerpo a cuerpo dan batalla,
y en vez de parapetos y bastiones
sus propios pechos a la lid presentan,
y al enemigo de la brecha ahuyentan.

Descuella sobre todos la figura
de Grandonio, y ya firme está, ya corre;
cuantos hay medios de defensa apura;
a un tiempo manda, riñe, ofende, acorre;
las almenas le dan por la cintura;
semeja desde lejos una torre.
Dijérades al ver su porte y traza
que basta él solo a defender la plaza.

A diestra y a siniestra peñas tira,

y a cada tiro aplasta un elefante.
En tropas la indiada se retira,
invocando a Mahoma y Trivigante.
Infelices de aquéllos do la mira
pone el jayán, de estragos anhelante;
que avienta como paja las escalas,
y a los que pilla hace volar sin alas.

«¡Cobardes! ¿el huir qué os aprovecha,
si os esperan aquí nuestras espadas?,
dicen los reyes, asaltad la brecha»;
y empújanlos a coces y a puñadas.
Grandonio encima hirviendo pez les echa,
y líquido alquitrán a calderadas.
«Así, diciendo, adobo yo, belitres,
el yantar a los canes y a los buitres».

Hinchen el aire, asordan los oídos
en varias lenguas dísonos acentos,
el triste lamentar de los heridos,
y el son de los marciales instrumentos;
doquiera dolorosos alaridos,
imprecaciones, votos, juramentos;
doquiera espanto y confusión se advierte,
y el furor en mil formas y la muerte.

Al mismo tiempo el horroroso estrago
del hambre el vulgo en Barcelona siente,
que macilento y por las calles vago,
mendiga el pan con que el vivir sustente.
¡Cuánto el anciano endeble que al amago
de la Parca con pulso intercadente
y lento afán se rinde, cuánto envidia
al que perece en la sangrienta lidia!

Con mustio labio el falleciente hijuelo
los pechos de la madre exprime en vano,
que la lívida cara eleva al Cielo,
desamparada de socorro humano.
Crece continuamente el ansia y duelo,
y de hora en hora aguarda el ciudadano
ver de la patria la fortuna extrema,
el saco horrible y la matanza y quema.

Pero, por Dios, dejemos este asunto,
y dejemos también, si os acomoda,

a los indianos reyes, que ya a punto
tienen la gente que gobiernan toda;
tanto, que a una señal de aquel trasunto
de Satanás, el pardo rey Grancoda,
cubren dos mil escalas la muralla,
y sube como hormigas la canalla.

Mudemos en efecto de sujeto,
que pensar no me deja en otra cosa,
y a decir la verdad, me tiene inquieto
la tremenda, la crítica, azarosa
aventura del pobre Ricardeto,
que, si gente le sigue valerosa,
se va con él Balerza sin embargo,
y lleva el elefante a un trote largo.

Bien que como Reinaldos se aproxime,
tiene que detenerse a su despecho.
Ni por eso creáis se desanime,
antes le dice que placer le ha hecho.
Ferrado tronco en la derecha esgrime,
y lo maneja cual liviano helecho.
Vestido está de acero rutilante,
y ya sabéis que monta un elefante.

Por no exponer su buen corcel, se apea
el paladín; pero ¿de qué su ahínco
le sirve, o su valor, cuan grande sea,
si cuatro palmos más no crece o cinco?
Fuele inspirada una excelente idea;
un brinco da, cual suele ser el brinco
del tigre sobre el corso o la potranca;
del elefante empínase en el anca;

y al monstruo en el cogote con suceso
tan cabal embutió la hoja luciente,
que tras el casco le taladra el seso,
y hace salir la punta por la frente;
de modo que Balerza suelta el preso
y el último suspiro juntamente.
La vasta mole ensangrentada bota
el elefante, y por el campo trota.

Mudando de caballo Ferraguto,
persigue en tanto al robador Alfrera,
que por salvar la presa, al tardo bruto

que monta, incita a más veloz carrera.
Ello es que el moro se afanó sin fruto,
y que cuando al bergante herir espera,
éste, esquivando el golpe, aprieta el paso,
y se mete en el campo de Gradaso.

Tras él se cuele Ferraguto; pero
el resultado no valió la pena.
Echando en tierra al joven Isolero,
aferra el otro la fornida entena,
y moviéndola en círculo ligero,
da a Ferraguto un golpe que le atruena;
la regia servidumbre se apersona,
y a los dos españoles aprisiona.

Dice a Gradaso Alfrera: «Desconfío
que salgas de esta lid con lucimiento;
ciertamente Reinaldos tiene brío;
yo sólo el tuyo igualo a su ardimiento.
Es tu enemigo y enemigo mío,
y el alabarle no me da contento;
mas la verdad se ha de decir por fuerza:
acaba de matar al rey Balerza.

«Atravesó a Faraldo, y ha ensartado
a Framarte como una pajarilla.
Yo soy de todos el mejor librado,
y tengo dislocada una costilla.
Al verle, no hay peón tan alentado
que no eche a huir creyendo que le pillá.
Tú, si de mi verdad te satisfaces,
mientras es tiempo, mira bien lo que haces».

Riendo desdeñoso el Sericano,
«¿Conque Reinaldos, dice, es tan valiente?
¿Conque te ha dado? Bien está; me allano
a renunciar mi pretensión presente,
si no le venzo y a Bayardo gano
antes que el sol descienda al occidente».
Dijo, y por señas la armadura pide,
y el regio albergue a lentos pasos mide.

Las armas otro tiempo fabricadas
para Sansón, dos reyes le traían:
obra maravillosa de las hadas,
de azul y oro a cuarteles relucían.

Y no bien se las tuvo acomodadas,
era cosa de ver lo que corrían
los que a servirle en torno atienden; tanto
el verle aun a los suyos causa espanto.

Luego de un salto encabalgó la alfana,
que era una yegua de color retinto,
negrísima, tresalba, rabicana,
de gran correr y de marcial instinto.
Saliendo, ve a Reinaldos que rebana,
punza, degüella, troncha y deja tinto
de sangre el suelo, entre cabezas rotas,
informes cuerpos, destrozadas cotas.

El rey Gradaso le miraba atento,
como quien tiene en tales cosas voto;
luego se le dispara truculento;
es una tempestad, un terremoto;
al mismo diablo, si le diese un tiento
con la lanza, el testuz le hubiera roto.
Despavorido un repentino salto
Bayardo da de cuatro varas de alto.

De que el pagano asaz se maravilla;
mas no se cura, y sigue siempre adelante.
Hileras desbarata y desparpilla;
ya están en tierra Ivón y el rey Morgante.
Ambos a dos Alfrera al punto pillan,
que tras el rey Gradaso va de infante,
y a prender, no sin pena, se da mano
todos los que derriba el Sericano.

Guiscardo al suelo va, va Serpentino,
Alardo y otros ciento en larga hilera.
Como si en sucesión a su vecino
el que primero cae, caer hiciera,
llévaselos Gradaso de camino
sin suspender un punto su carrera;
casi duda la vista sorprendida
si primero es el golpe o la caída.

Mas el barón de Montalbano ha vuelto,
que, sin apelación, probar fortuna
con el gallardo rey tiene resuelto.
Cual entra con enhiesta media-luna
bravo toro en el circo; desenvuelto,

alta la frente, llega. Ambos a una
se encaran y se embisten fieramente;
paróselos a ver toda la gente.

Fue sobre todo humano pensamiento
pavorosa, crüel la arremetida.
El buen Bayardo a mi pesar lo cuento
cae por la vez primera de su vida;
pero resurte y pone en salvamento
al mísero Reinaldos, que la brida
no rige ya. Gradaso, aunque la bella
alfana cae, se tiene firme en ella.

Creendo que al negocio ha dado cabo,
dice al gigante Alfrera: «Corre y pillá
ese corcel que de ganar acabo;
jaeces nuevos ponle y nueva silla».
Mas le dejó por desollar el rabo,
que el tal corcel ya estaba a media milla,
llevando encima al aturdido dueño,
que al fin sacude aquel pesado sueño.

Y torna nuevamente a la quimera,
apenas recobrado del letargo.
Iba diciendo el socarrón de Alfrera:
«¿A quién se dio jamás tan necio encargo?»
Y como si alcanzarle no quisiera,
ya a corto, ya le sigue a paso largo,
jurando, a fe de Alfrera y de gigante,
que en tenerle a la vista hará bastante.

Mientras a los franceses divertido
está en acuchillar el Sericano,
y a cuál la vida, a cuál quita el sentido,
hiriendo a unos de filo, a otros de plano,
Reinaldos, que pensaba prevalido
de la ocasión, cascarle a salvamano,
le asaltó de costado, y en la frente
le descargó descomunal fendiente.

Mas no hay granito que se ponga al lado
de aquélla; y ved si con razón lo digo.
Como si un coscorrón le hubieran dado,
así se queda; y vuelto a su enemigo,
«Suelo dar, dice, el celemín colmado
a los que gustan de feriar conmigo».

Hácese atrás para que libre juego
tenga el robusto brazo, y carga luego.

Caló sobre el bríoso paladino
silbador altibajo; y por mi vida,
a no tener el yelmo de Mambrino,
ya estaba al otro mundo de partida.
Sobre el pescuezo a dar de bruces vino
de su corcel, que arranca de estampida;
y aciértalo a mi ver, porque sin eso
queda allí su señor o muerto o preso.

Tornó Reinaldo en sí; mas ¡ay! el pecho
otro más crudo golpe le traspasa;
muérese de vergüenza y de despecho;
se desespera, en cólera se abrasa.
Decíase: «Tus bríos ¿qué se han hecho?
¿qué es esto, miserable, qué te pasa?
¿eres Reinaldos? ¿tienes armas? ¿manos?
¿te han hechizado acaso estos paganos?»

Y vuelto a su caballo dice: «¡Ingrato!
dejárame morir, que de esa suerte
honrado moriría; nunca al trato
de los hombres volvamos; ve a esconderte.
Pero ¿qué estoy diciendo, mentecato?
Volvamos a vengarnos o a la muerte».
Decir, picar, arremeter violento
al rey de Sericana, fue un momento.

Aunque en sus armas la menor falsía
no halló Frusberta aquella vez tampoco,
estrellas le hizo ver a mediodía.
Parecióle la chanza al rey un poco
pesada, y dijo, haciendo que reía:
«¿Habrased visto semejante loco?
Mas yo tengo de ver si te sosiego».
Lanzando por los ojos vivo fuego,

se abalanza al francés de tal manera,
da tal fuerza, tal ímpetu a la espada,
que ninguno lo vio que no dijera:
«Barón de Montalbán, tu hora es llegada».
Y sin duda ninguna que lo fuera,
si hubiese andado lerdo el camarada.
El siniestro talón Reinaldos hinca;

ágil Bayardo al otro lado brinca.

Dio en vago el golpe el Sericano; empero
otro le secundó que puso grima.
Hurta el francés el cuerpo cual primero,
y un recio tajo al mismo tiempo arrima.
Pagábale al contado en buen dinero,
como quien sabe a perfección la esgrima;
y Bayardo, tan ducho como el amo,
saltando acá y allá parece un gamo.

Gradaso, viendo que trabaja en vano,
va a ver si en otra parte se fatiga
con más provecho, y rompe espada en mano
por las legiones de la adversa liga;
mas no ha dado cien pasos el pagano
cuando Reinaldos otra vez le hostiga,
y gozar no le deja aquel sabroso
andar matando a roso y a velloso.

Trabábase la lid con furia nueva
a no verse Reinaldo en grande aprieto,
pues mientras con el rey su espada prueba,
prisionero hace Orgón a Ricardeto.
De allá el hermano grita: «¡Que me lleva!»
y a él acá le tiran al colete;
no sabe a dó se vuelva ni qué haga,
ni cómo a entrambos lances satisfaga.

Tanto le da que hacer su antagonista
que apenas de su espada se defiende;
pues ¿qué será cuando al gigante embista,
si al mismo tiempo el Sericán le ofende?
No ve socorro humano, aunque la vista
por todo el campo a la redonda tiende.
Pero sin fuerzas y sin voz me siento;
suspendo el canto mientras cobro aliento.

CANTO V

La barquilla

Suele dar Dios en dulce miel templado
el acíbar del cáliz de la vida,

y aun teniendo el azote levantado,
su providencia paternal no olvida;
por más que en este valle malhadado,
que es de los vicios y el error manida,
no cese un punto la malicia nuestra
de provocar su vengadora diestra.

Mas entre cuantos bienes, los enojos
calmando, que el vivir humano afligen,
grato solaz ofrezcan a los ojos
o al trabajado pecho regocijen,
como flores que brotan entre abrojos,
o que su tallo en mustio yermo erigen,
¡dulce amistad! si el tuyo en este mundo
no es el lugar primero, es el segundo.

Busca el dichoso a ti por confidente,
con quien, partiendo el gozo, mayor le haga;
que, no comunicado, brevemente
el más grato placer nos empalaga.
A ti recurre el ánima doliente,
y tú de la aflicción curas la llaga,
y en ella, ¡oh bienhechora hija del cielo!,
el bálsamo derramas del consuelo.

Pero cuando un afecto su fineza
apura más y acendra y aquilata,
es cuando aquel que con la vida empieza
la estimación lo esmera y lo remata;
y dos almas que unió naturaleza
santa amistad con dobles nudos ata,
yendo con la razón la sangre a una
y la dulce costumbre de la cuna.

Que si a lo más extraño y forastero
el mérito y virtud nos aficiona,
¿qué será cuando aquello que primero
ciego abrazó el cariño, el juicio abona?
Entonces con tan firme y duradero
lazo un afecto al otro se eslabona,
que no se da poder que los desuna
en el mundo, en el tiempo, en la fortuna.

Desto Reinaldo insigne ejemplo ofrece,
que a su hermano menor, bello dechado
de virtud que en temprana edad florece,

quiere y estima en el más alto grado.
Pensad, pues, a qué punto se enardece,
qué furor hierve en él, cuando a su amado
Ricardeto el brutal Orgón cautiva,
según lo dejo declarado arriba.

Poco estuvo Reinaldos vacilante,
que pronta decisión requiere el caso.
Acordó, pues, la suya en el instante,
que fue dar las espaldas a Gradaso,
y luego enderezar contra el gigante,
con la celeridad que pudo, el paso,
para volver, sin ese inconveniente,
la competencia a dirimir pendiente.

Y llegado que fue, tomó el partido
de desmontar, no fuese que el villano
le lisiase el corcel con el fornido,
formidable bastón que lleva en mano.
Orgón, que no pensaba hubiese habido
ninguno, que teniendo el juicio sano,
de venir a embestirle osado fuera,
muerto de risa al paladín espera.

En lo que, cierto, no mostró cordura,
como Frusberta conocer le ha hecho
con un raudó revés y una abertura
algo profunda en el cuadril derecho
Aúlla el malandrín, blasfema, jura
y se muerde los labios de despecho;
embravecido a Ricardeto arroja,
que el duro suelo con su sangre moja.

Quedó tendido el pobre mozo en tierra
sin habla, sin color, sin movimiento.
Orgón la poderosa porra afierra;
Reinaldo alerta está y a todo atento;
cruje los dientes, cual sonora sierra,
Orgón, y con la clava hiende el viento;
Reinaldo, hurtando el cuerpo, atrás da un paso;
en esto sobreviene el rey Gradaso.

El lance ciertamente es de dar susto,
y casi duda el héroe de Mongrana.
Mas como tiene un corazón robusto
que con ningún peligro se amilana,

un tajo esgrime, que cogiendo al justo
la cintura al jayán, se la rebana;
cayó sangriento el monstruo en dos pedazos;
uno las piernas, otro el busto y brazos.

Como si hubiese algún melón partido,
sereno así sobre Bayardo salta,
y de nuevos alientos revestido
al rey Gradaso el paladín asalta.
Este, de lo que mira, sorprendido,
mostró la diestra desarmada y alta
en señal de pedirle parlamento;
el paladín envaina, y oye atento.

«Fuera, señor, soez descortesía,
el rey le dice, y gran desaguisado,
que, siendo tú de tanta bizarría
y de tanto valor como has mostrado,
fueses vencido por la hueste mía;
que, estando de millares rodeado,
no puedes escapar de muerto o preso,
si eres hombre mortal de carne y hueso.

«No quiera Dios que afrenta tan villana
a un caballero se haga de tal brío.
Yo pienso, si te place, que mañana
pues tiende ya la noche el velo umbrío,
sin tu Bayardo tú, yo sin mi alfana,
lidiemos cuerpo a cuerpo en desafío,
porque del lauro así y honor primero
no defraude el caballo al caballero.

«Mas con tal pacto hagamos la pelea,
que si me vences tú, todo el que hubiere
de vosotros cautivo, suelto sea;
y si yo te matare o te prendiere,
no pido más rescate ni presea
que tu corcel; y venza el que venciere,
libre, la vuelta de Asia, irá mi tropa,
y el cetro a Carlos dejaré de Europa».

Reinaldos, que no encuentra en esta cosa
mucho que masticar, así contesta:
«Serme no puede menos que gloriosa
la lid, alto señor, que me es propuesta,
pues tanto tu virtud maravillosa

al universo mundo es manifiesta,
que en recibir de un brazo tal la muerte
dará envidia, no lástima, mi suerte.

«Y en lo que toca a la razón primera,
gracias te doy; mas con tu venia añadido
que, aunque parezco zozobrar, pudiera
sin ajeno favor salir a vado,
y que si en contra mía el orbe fuera,
y brotara legiones este prado,
no temblara por eso; y lo que digo,
con este acero a sustentar me obligo».

Gradaso a esto no replica nada;
con que, volviendo al comenzado asunto,
de la lid determinan acordada
el dónde, cómo y cuándo: el dónde, junto
a la playa del mar; el cómo, a espada,
armados, claro está, de todo punto,
sin comitiva alguna o compañía,
ambos a pie; y el cuándo, al otro día.

Todo con una flema sin segunda,
lo dejan definido y aplazado,
y por volver a la sabrosa tunda
quisieran fuese el nuevo sol llegado.
No así yo, que de tanta barahunda
estoy, os aseguro, mareado.
Calle un instante la trompeta bélica,
que en el Catay me está aguardando Angélica.

La cual, aunque la causa que la inquieta
a la espalda dejó, no ha sosegado.
Cual simplecilla cierva, a quien saeta
de aleve cazador llogó el costado,
que huye anhelando, y tanto más le aprieta
aquel mortal dolor que lleva al lado,
y en vano busca alivio al mal que siente,
en la nativa selva y clara fuente;

o cual traviesa niña, que en la saya
deja, por acercarse sin cautela,
prender el fuego, y corre huyendo al aya,
y más en el correr la llama vuela;
lleva Angélica así, doquier que vaya,
la amorosa. pasión que la desvela;

ni le vale el huir, antes parece
que su mal con la ausencia se encrudece.

No sabe qué es consuelo ni reposo;
no hay pasatiempo que su pena engañe;
el rostro tiene siempre lagrimoso;
suspira a todas horas, gime, plañe;
si acaso duerme, en vez de algún dichoso
sueño que un punto su llorar restañe,
sueña que mira aquel semblante amado
esquivo para ella y enojado.

Con esto torna en sí sobresaltada,
y volviendo los ojos a occidente,
«¡Oh Francia!, dice, ¡oh tierra celebrada!,
¡dichosa tú, que logras ver presente
el caro bien de que yo estoy privada!
¡Ah! puede ser que ahora cabalmente
otro seno amoroso ¡amarga idea!
lo que en vano ansío yo, goce y posea.

«¡Pobre de mí! ¿qué haré contra este loco
delirio, este mortal desasosiego?
¿A qué arte apelo? ¿A qué deidad invoco?
Turbé la tierra, el agua, el aire, el fuego;
mas de hechizos Amor se cura poco;
bien a mi costa a conocerlo llego;
que no calme este ardor ningún encanto
decreto tuyo ha sido, cielo santo.

«¿Qué aguardo más? ¿Por qué no doy de mano
a la esperanza en que mi amor se ceba?
¿No sabe que le adoro el inhumano,
o de su ingratitud me falta prueba?
Sólo desdenes te debí, tirano;
mas pagarelos con fineza nueva;
al mago Malgesí, mi prisionero,
dar libertad, porque es tu primo, quiero».

Aquesto dicho, al húmedo aposento
do en medio el mar está el cautivo, baja
valida de no sé qué encantamento,
y las puertas de bronce descerraja.
Oyó el mago el rüido, y al momento,
en el magín la idea se le encaja
de ser llegado su postrero día,

y de que Satanás por él envía.

Cuando aguardaba la infernal visita,
aparecióle el bello ángel humano.
Luego que le saluda y que le quita
los hierros ella con su propia mano,
dice: «Quien te libró de tanta cuita,
piedad igual de ti no espere en vano;
aleccionado por tu propia pena,
aprende a condolerte de la ajena.

«Que si de amor tal vez supiste, y sabes
que de un ingrato enamorada vivo,
juzgarás tus cadenas menos graves
que en las que tengo el corazón cautivo.
Y porque de entender mi ruego acabes,
amo a Reinaldo, y me desprecia altivo;
y de tu libertad en pago quiero
que me sirvas con él de medianero.

«De servidumbre te declaro exento,
y con tu libro cobrarás tu espada,
si me empeñas palabra y juramento
de traérmele a vuelta de jornada».
Mucho al mago cuadró el ofrecimiento,
y diciendo en sí mismo: «El camarada
no se hará de rogar, yo la aseguro»;
responde prontamente: «Sí, lo juro».

Cuanto le pide Angélica, él le jura;
y ¿quién lo mismo, en su lugar, no haría?
Servir amigo y dama se figura,
y hacer cree dos mandados de una vía.
A cumplir su palabra se apresura,
y con desenfadada gallardía
a un diablo Malgesí las piernas echa,
y por los aires va como una flecha.

Por el camino el diablo le detalla
perdóname, lector, si eres purista
la situación en que la España se halla,
devastada por bárbara conquista,
los lances de la guerra, la batalla
que con Gradaso aparejada y lista
tiene Reinaldos, todo finalmente;
y aún algo más, porque el diablillo miente.

Llegó el francés al campamento, cuando
amagaba rayar el alba apenas.
Del diablo se apeó, y atravesando
tiendas de innumerable gente llenas,
ahora sepultada en sueño blando,
dulce, aunque breve, tregua de las penas,
entró en la de Reinaldos, que halló sola,
y al paladín durmiendo a la bartola.

Reinaldos despertó, no sin trabajo,
y a estrechar va en sus brazos al amigo;
mas éste, rehuyendo el agasajo,
«Únicamente para hablar contigo
salí de mi prisión, le dice, bajo
palabra de volver, si no consigo
que me libertes pues en ti consiste
de un cautiverio ignominioso y triste.

«Ni pienses que el librarme ha de ser cosa
de gran dificultad; que no te espera
ningún jayán, sino una dama hermosa
que te ama con la fe más verdadera,
un serafín; en conclusión, la diosa
misma de la hermosura; de manera
que en hacer lo que pido y lo que es justo,
me harás a mí un gran bien y a ti un gran gusto.

«Si aún no lo he dicho, Angélica es la dama».
«¡Angélica!», Reinaldos aturdido,
dos o tres pasos dando atrás, exclama;
el horror en su rostro se ha esculpido.
Parece que en las venas le derrama
súbito hielo el nombre aborrecido;
el pobre hombre quedó como insensato,
y sin hablar palabra estuvo un rato.

Mas como siempre a una alma generosa
repugna el disimulo, de esta suerte
responde: «Mira, Malgesí, no hay cosa
que no la hiciera yo por complacerte;
mándame acometer la más dudosa
empresa; arrostraré por ti la muerte;
embestiré al infierno, si te agrada;
mas con esa mujer no quiero nada».

Cosa a sus esperanzas tan opuesta
oyendo Malgesí, confuso estaba;
no supo qué pensar de tal respuesta,
y al primo preguntó si se burlaba.
Ser positiva, el otro le protesta,
la decisión que de expresarle acaba.
Se esfuerza el Nigromante cuanto puede;
insta, conjura, y Montalbán no cede.

Después que le hubo predicado un rato,
que fue como si en yermo predicara,
dice: «No hay más placer con el ingrato
que echarle los favores a la cara;
tengo el alma por ti en un garabato,
pues porque mi saber te aprovechara,
vendila al diablo; y tú ¡quién tal creyera!
quieres que yo míseramente muera.

«De mí te guarda, nada más te digo».
Mustio el semblante y gacha la cabeza,
echando pestes contra el falso amigo,
sale del campo y cierto ensalmo reza.
La tierra, por un lóbrego postigo
que la luz filtra al Aquerón, bosteza,
y de su centro una pizmienda nube
de alados diablos rezongando sube.

«A Caudilordo elijo y a Falseta,
el mago dice; a los demás despido».
Luego con estos dos arma una treta
que no la hubiera Satanás urdido.
Falseta en la figura más perfeta
de un faraute español se ha convertido;
con lunado turbante, alba marlota,
bastón en mano, y blasonada cota.

Va en este traje al rey de Sericana,
y dice que Reinaldos estaría
junto al mar a las diez de la mañana,
y a la aplazada lid le aguardaría.
La cita el noble rey de buena gana
acepta; y en señal de cortesía,
regala al contrahecho heraldo moro
un rico anillo y una copa de oro.

El cual de allí se parte, y otra nueva

forma tomó de trujamán indiano;
en delgado cendal que el viento eleva
y en muselina envuelve el cuerpo vano;
en las orejas los anillos lleva
que antes llevaba en la siniestra mano;
dijérades al verle que venía
de Seringapatán Su Señoría.

En esta forma, pues, y este vestido
al campo de Reinaldos se encamina;
dícele que Gradaso ha prevenido
ir a las ocho en punto a la marina,
a efecto de que el duelo consabido
entre los dos a espada se difina.
Reinaldos, que no entiende la tramoya,
consiente, y al heraldo da una joya.

Hácele reverente la zalema
el bueno de Falseta, y se retira.
Ya el matutino sol las cumbres quema,
y aquella multitud de gentes mira
que desde el monte hasta la playa extrema
hierva, y como en confusas olas gira,
y recobrada del afán prolijo
sólo piensa en placer y en regocijo.

Reinaldos se arma; y como el fin no sabe
de la batalla con el rey pagano,
a Ricardeto en un discurso grave
encomendó el ejército cristiano.
«Si lo peor en esta lid me cabe,
dice, lo llevarás a Carlomano,
y a su servicio en mi lugar te ofrece,
como a quien más que nadie lo merece.

«Sirve a tu buen señor, que si algún día
hice yo lo contrario, fue mal hecho;
lleváronme a una y otra demasía
juvenil arrogancia, amor, despecho.
Piensa que lealtad y cortesía
obligaciones son de un noble pecho;
combate por tu ley hasta la muerte;
humano sé y piadoso a par que fuerte».

No sé qué dijo más; y al caro hermano
después que abraza y da en la frente un beso,

sale armado el barón de Montalbano,
solo y a pie, como era pacto expreso.
Por una oculta senda cortó el llano
y a la sombra parando de un espeso
bosque a la mar vecino, vio a la orilla,
que solitaria estaba, una barquilla.

Cátale Caudilordo, que fingida
de Gradaso la forma, aspecto y traje,
lleva una sobrevesta azul lucida,
y de oro en la cimera alto plumaje,
corona, de diamantes guarnecida,
sobre un yelmo finísimo de encaje,
y escudo, de azul y oro, acuartelado;
era Gradaso, en fin, pintiparado.

No al rey Gradaso el mismo rey Gradaso
tanto como aquel diablo es parecido.
Llega con un estrépito, un fracaso,
que una legión no hiciera igual rüido.
Reinaldos se le acerca paso a paso,
todo en el ancha adarga recogido;
y Caudilordo la función empieza,
y a la frente la espada le endereza.

Rebate esotro el golpe, y al costado
del falso rey con no mejor suceso
amaga. Sigue el duelo equilibrado,
lista la mano y el aliento grueso,
hasta que al fin Reinaldos indignado
de que esté aún su antagonista ileso,
de repente el escudo arroja a tierra,
y con las dos la gran Frusberta afierra.

Baja, cual rayo que abortó la esfera,
la zumbadora espada, y la garzota
le echó a volar, como si un ave fuera,
y la diadema en mil pedazos rota,
y el rico yelmo, y luego toda entera
de arriba abajo le rasgó la cota,
y el anchuroso escudo, y aún no para
que se enterró en el suelo media vara.

El diablo, que esto aguarda justamente,
echa a correr; Reinaldos le acuchilla,
pisándole las huellas impaciente,

y a cada instante piensa que le pilla.
Y como el engañoso espectro intente
acogerse fugaz a la barquilla,
grítale: «¿A dónde vas? torna a la guerra;
torna, no dejes a Bayardo en tierra.

«¿Es posible que dé tan triste prueba
de su valor un rey de Sericana?
Bayardo al menos a tornar te mueva,
que de tenerte por señor se ufana.
Jaeces nuevos tiene y silla nueva;
mira que le hice herrar esta mañana.
Si por ganarle acá venido eres,
¿cómo sin él volverte al Asia quieres?»

Caudilordo entre tanto se hace el sordo;
entra en el barco y las amarras taja;
pero Reinaldo en pos de Caudilordo
entra también, le acosa y le trabaja;
de popa a proa, y de uno al otro bordo
corre tras él y brinca y sube y baja.
Al fin se le escabulle la maldita
fantasma, y a la mar se precipita.

Calar semeja, como un buzo, al fondo,
y suelta al zambullir un cierto vaho
que de azufre infernal un tufo hediondo
derrama por el aire y por la nao;
sendos fragmentos quedan del redondo
yelmo y de la coraza de oro y blao
en manos de Reinaldo, Y, ¡caso fuerte!
todo en sutil vapor se le convierte.

El francés a la orilla vuelve inquieto
los ojos; pero rastro no hay de orilla;
ve cielo y mar, y en ellos otro objeto
no alcanza a ver que el sol y la barquilla;
y según ella corre, hace conceto
de que la empuja una infernal cuadrilla,
y que va a dar, a legua por segundo,
antes de anochecer, la vuelta al mundo.

Viendo por fin su error, «¡Cielo sagrado!
dice; la más perversa criatura
soy que jamás tu ira ha provocado;
pero esta pena es en extremo dura.

Para siempre seré vituperado,
y si llego a contar mi desventura,
¿cómo encontrar podré quien me la crea,
y una mancha lavar tan torpe y fea?

«Carlos fió a mi brazo y mi consejo
con su salud la de la Francia entera;
¿y ha de pensar que fugitivo dejo
su pueblo a que en poder de infieles muera?
¡Triste! en el pensamiento me bosquejo
la insana rabia del feroz Alfrera;
suena en mi corazón la voz doliente
de la cautiva miserable gente.

«¿Cómo te dejo, Ricardeto mío,
a tanto riesgo en años tan tempranos?
Gemiréis bajo extraño señorío,
Guiscardo, Alardo, Ivón, caros hermanos.
Gradaso, ¿qué dirá del desafío?
La fábula seré de esos paganos.
Pregonarán que de temor me ausento,
y que mi religión, mi patria afrento.

«¿Qué pensará la Francia, y de qué suerte
infamia tal verá en mi nombre impresa?
Estirpe de Mongrana, altiva y fuerte,
fuiste; tu gloria es lúgubre pavesa.
A denostarme puedes ya atreverte,
desalmada prosapia magancesa.
Aleve un tiempo te llamé, y traidora;
sin honra estoy; callar me cumple ahora.

«Llévame ¡oh mar! a do la afrenta mía
no haya nadie que entienda o testifique;
llévame a donde, en soledad sombría
sólo con fieras y árboles platique,
lejos de toda humana compañía;
o más bien esta nave echando a pique,
sepúltame en tu abismo más profundo,
y no vuelva mi nombre a oír el mundo».

Tres veces a la daga puso mano;
y tres veces fue al bordo de la nave,
como para lanzarse al oceano,
para que allí su desventura acabe.
«Recuerda, pecador, que eres cristiano»,

dice una voz alentadora y grave.
Reinaldos pide al cielo que le acorra,
y el intento fatal del alma borra.

De Alcides entre tanto el noble estrecho
rodea, y deja atrás la bella Europa;
luego el gran cabo que Natura ha hecho
baluarte del Oriente, mira a popa;
a los dichosos climas va derecho
do su más rica y más lucida ropa
la Aurora viste, y llega al otro extremo
del mundo, sin timón, vela ni remo.

Aunque de vinos y manjares lleva
la nave cuanto al gusto da contento,
el triste navegante nada prueba,
que su pesar le sirve de alimento.
Mas ya avista una isla, do se eleva
alto palacio en florecido asiento.
Surge la nave, y en la bella estancia
pone los pies el campeón de Francia.

Aquí le dejaremos paseando,
que no por él es justo que se olvide
al nada menos infelice Orlando,
que también de la Europa se despide;
y por regiones bárbaras errando,
a cuantos ve detiene y nuevas pide
de su adorada Angélica la bella,
sin que acierte a topar quién sepa della.

Del ancho Tana va, sin compañía,
por la ribera el buen señor de Anglante.
Sin ver a nadie anduvo medio día;
mas al fin vio a distancia un caminante:
viejo era el tal, y a gran correr venía,
volviendo la cabeza a cada instante;
y con doliente voz, «¿Qué malandanza
me roba, dice, mi única esperanza?»

«Dime, así Dios te ayude, peregrino,
¿qué tienes, que a llorar te obliga tanto?»
Así dijo Roldán; y aquel mezquino,
sueñas las riendas otra vez al llanto,
«¡Ay triste!, exclama, ¡ay mísero destino!
¿A qué dejarme vivo, cielo santo?»

De nuevo Orlando instó, y el vicio al Conde,
gimiendo y sollozando, así responde:

«La causa de mi llanto y mi querella
es un vestiglo pavoroso y feo.
A dos millas o tres de aquí descuella
una roca, y desde este sitio creo,
si tienes buena vista, que has de vella;
yo no, que con los años poco veo.
Es toda de color de viva llama;
no mueve el viento allí ni flor ni grama.

«Suenan una ronca voz sobre la cima;
alma nacida no la oyó más fiera;
verdinegra laguna, que da grima,
sirve en torno a la roca de barrera;
la tal laguna tiene un puente encima,
y va el puente a un portal que reverbera,
cual si labrado fuese de diamante;
allí de centinela está un gigante.

«Cerca de este lugar que te he descrito,
yo con un hijo mío en hora aciaga
pasaba, cuando se oye un ronco grito,
y el jayán ¡déle Dios la justa paga!
sale y agarra al pobre jovencito,
y ahora ciertamente se lo traga.
Toma escarmiento tú en mi historia triste,
y vuélvete, señor, por do viniste».

«Orlando no me llame, si no veo,
repuso el paladín, qué roca es ésta».
«O tienes de morir mucho deseo,
o poco juicio, el viejo le contesta.
¿Crees que se trata aquí de algún torneo
o de correr sortija en una fiesta?
Te digo que de verle solamente
para morir me estuvo de repente.

«Tiemblo en sólo acordarme, y a fe mía
tenerle aquí delante me parece».
Ríe Roldán, y dícele que fía
volver en breve, y que, si no, le rece
un paternoster y una avemaría,
y... mas en este punto se le ofrece
el jayán a la vista, y altanero

«¡Hola!, dice, a la espalda, caballero.

«Para que a nadie transitar permita,
de guarda estoy. El empinado asiento
de la Roca una sabia esfinge habita,
a quien humana sangre es alimento;
el que primero por aquí transita
cada mañana, sacia su sediento
ardor; reposa luego; y el camino
se niega, mientras duerme, al peregrino.

«Todo lo sabe, y todo lo adivina;
ni ya el comunicarlo dificulta;
cuestión no le pondrás que no difina,
por extraña que sea o por oculta;
pero suele cobrar una propina
a todo el que curioso la consulta;
si lo que ella a su vez le propusiere
no lo descifra, entre sus garras muere».

¿Y qué has hecho del mozo que robaste?»
pregunta el Conde. «Téngolo y tendrelo,
dice el zafio jayán, y eso te baste,
que de mis cosas dar razón no suelo».
Orlando, porque el tiempo no se gaste,
vásele encima, como va al señuelo
halcón gentil; un convincente tajo
de Durindana a la razón le trajo.

Luego que el dulce hijuelo recobrado
en sus brazos estrecha el padre ansioso,
de cierto taleguillo que colgado
lleva a la cinta, un libro primoroso
saca, de plata y oro iluminado,
y lo presenta al Conde valeroso,
diciendo: «Eterna vivirá en mi pecho
la memoria, señor, de lo que has hecho.

«Y puesto que a merced tan señalada
no hay recompensa que se iguale, aceta,
te ruego, este librito, que guardada
tiene una singular virtud secreta;
la cosa más difícil e intrincada
que se le consultare, él interpreta;
pero se comunica únicamente
a solas; de otro modo, o calla o miente».

Con el libro en la mano queda el Conde
meditando entre sí de qué manera
escale la escarpada roca, donde
de aquella esfinge está la madriguera;
pues preguntarle en qué lugar se esconde
su Angélica adorada, delibera;
que más alta cuestión no le ofrecía
toda la Natural Filosofía.

Pudo, con sólo abrir aquel librejo,
de su curiosidad haber salido;
mas cuando en mano se lo puso el viejo,
estaba ya tomado su partido,
y no se le ocurrió mudar consejo;
o tal vez el asalto del erguido
risco le pareció más digna empresa
de quien caballería, como él, profesaba.

Aunque a Roldán el advertido anciano
de lo que intenta disuadir procura,
como firme le ve, le da la mano,
y a seguir su camino se apresura.
El animoso Senador romano,
a quien ningún peligro da pavura,
hacia la Roca va gallardamente,
y sin estorbo alguno pasa el puente.

Y dueño ya de la contraria orilla
el portal a su salvo descerraja;
pues como Orlando arrastra de malilla,
nuestro gigante se metió en baraja;
luego al corcel desocupó la silla,
y el alto risco en superar trabaja,
hasta pisar la cima, do a la astuta
esfinge vio en el fondo de una gruta.

Cabellos de oro sobre tersa frente,
y rostro de doncella, blanco, hermoso,
garganta y pecho de león rugiente,
alas de grifo, y miembros tiene de oso;
remata el tronco, a guisa de serpiente,
en cola de tamaño prodigioso;
que al que en sus roscas envolvió sofoca,
y sacudida hace temblar la Roca.

Luego que al Conde vio la esfinge horrible,
con ambas alas se cobija el cuero;
sólo la cara le dejó visible,
y le clava la vista al caballero,
que revestido de ánimo invencible,
le dice entre alentado y placentero:
«Diablo, alimaña, o sabia encantadora,
¿en qué lugar se encuentra mi señora?»

«Tu señora la esfinge mansamente
le responde encerrada está en la Albraca,
noble ciudad en tierras del Oriente,
oyendo el son de tártara alharaca.
Mas dime ahora tú, Conde valiente,
¿cuál es el animal que empolla y saca
ajenos hijos que feroz devora,
con todos vive y con ninguno mora?»

El paladín los sesos se devana,
sin hallar solución que valga un pito.
Desenvolvióse entonces la villana,
y se le lanza encima dando un grito.
El bravo Conde apela a Durindana
contra aquel fiero aborto del Cocito,
que le embiste de modos diferentes
con las agudas garras y los dientes.

Ya se le pone cerca, ya distante;
ya vuela en alto, ya se arrastra en tierra;
ya le pretende asir con la ondeante
cola, ya con las alas le da guerra.
Salta acá y acullá el señor de Anglante,
y cuantos golpes tira, tantos yerra.
Ella ligera sin cesar le hostiga;
él sin hacerle daño se fatiga.

Tuvo hadada la piel desde la cuna;
si no, quedaba allí descalabrado.
Mas, a ser del imperio alta coluna,
y de la santa iglesia, destinado,
que no haga herida en él arma ninguna
por especial merced fuele acordado,
siquiera sin loriga y sin escudo
se presente a la lid, y hasta desnudo.

La batalla ha durado una hora entera,

cuando una vez la parda esfinge cala,
y quiso Dios que tan dichoso fuera
el paladín, que le tronchase un ala.
El firme risco sacudió la fiera
con el bramido que al del trueno iguala:
furiosa se revuelca, salta, trota,
y los peñascos con el rabo azota.

Mas el dolor los bríos le renueva;
al conde envuelve en duplicada espira,
y a sofocarle entre las roscas prueba,
y mordiscones y uñaradas tira.
No tiene el conde espacio en que se mueva;
mas forcejando un tanto se retira,
y a la pechuga apunta una estocada
que deja la contienda terminada.

Sedienta va a buscar la cruda hoja
del fiero corazón la sangre hirviente,
y la ancha herida con violencia arroja
de colorado humor larga corriente.
La encrespada cerviz, ya muelle y floja,
sobre un hombro le cae lánguidamente;
ronca se queja; atravesados gira
los turbios ojos; y temblando expira.

Orlando del cadáver se desprende,
y por do el risco está más escarpado
al lago lo arrojó; luego descende,
monta y va en busca de su dueño amado.
Cierra la noche, y por el campo tiende
pálida luna su esplendor menguado;
a un rústico aduar una vereda
estrecha guía; Orlando en él se hospeda.

Monta otra vez al despuntar del día;
mas antes de endilgar hacia la Albraca,
consultar quiso al libro que le había
dado el anciano, y a la luz lo saca;
de la esfinge algún tanto desconfía,
y quiere averiguar si la bellaca
le ha dicho la verdad de todo en todo;
ábrelo; y halla escrito de este modo:

«De un enemigo ejército cercada
en la Albraca se encuentra tu señora»,

Mas otro punto esclarecer le agrada,
que en espinas le tiene a toda hora.
¿De más feliz amor preocupada
está la voluntad de la que adora?
¿O le concede a él propicia estrella
adorando y sirviendo merecella?

¡Oh mortal inquietud, de ansia anhelante
y cobarde terror dudosa guerra!
Trasuda, tiembla; incierto, vacilante,
abre el libro una vez y otra lo cierra;
el más feliz va a ser en un instante,
o el más desventurado de la tierra.
Tiene en la mano el fallo de su suerte.
¿Será de vida, Amor? ¿Será de muerte?

«Cese, dice Roldán, tanta agonía.
¿Qué tormento mayor que este tormento?
Si es que jamás he de llamarla mía,
y cuanto peno y sirvo es dado al viento,
para arrancar del alma esta manía,
la desesperación me dará aliento;
y si no puedo ser lo que quisiera,
a ser retornaré lo que antes era.

«Pero, ¡triste de mí! ¿Quién me asegura
que un loco amor podré sacar del pecho?
¿Se aliviará mi pena por ventura
con saber que el penar no es de provecho?
Dicen que la razón todo lo cura;
mas de decir a hacer hay largo trecho;
y si manda pesares el destino,
es necedad salirles al camino».

Dice, y resueltamente el libro guarda;
mas vuelve presto el interior combate;
nuevamente se atreve y se acobarda;
un afecto le eleva, otro le abate;
lo que tiembla saber, saber le tarda;
suda otra vez, y el pecho otra vez late.
Airado clama al fin: «Ciencia funesta,
huye de mí, que el alma te detesta.

«Libro fatal, que para daño mío
sin duda Lucifer puso en mi mano,
escóndate en sus ondas este río,

y nunca vuelvas a poder humano».
Dice, y lo arroja, Esclavo el albedrío
del Conde tiene siempre amor tirano;
mas a lo menos la importuna brega
que el pecho le agitaba se sosiega.

De Albraca en tanto a la almenada plaza
corriendo, en busca va de la que adora;
mas la carrera el río le embaraza,
ni de pasar la rápida y sonora
avenida ve el Conde forma o traza,
si no se vuelve un ave voladora,
pues de pendiente roca entre dos vallas
espumajea, que da horror mirallas.

Cabalga Orlando la ribera arriba
por ver si en parte alguna encuentra vado;
y a un gran puente llegó, por el cual iba
a transitar, cuando un gigante armado
le sale al paso, y con mirada altiva,
«¡Tente!, le dice, ¿A dónde vas, menguado?
Bien puedes maldecir tu inicua suerte
que te ha traído al puente de la Muerte.

«Para en este lugar todo camino,
y no hay volver atrás, si aquí se llega;
pues pensar en el puente, es desatino,
porque esta porra el paso a todos niega».
Llámase el tal gigante, Zambardino,
y mide del pantuflo a la albanega
catorce pies; si no se engaña en esto
Turpín, o si no está viciado el texto.

De cuero de dragón tiene la cota,
que es armadura propia de gigante;
y una palanca esgrime herrada y bota,
que lleva tres cadenas por delante,
y a cada cual prendida una pelota,
no de las de jugar con pala o guante,
sino de plomo, y que, según el grueso,
pesan sendas arrobas de buen peso.

Mas falta lo peor; que sobre el puente
un género de red estaba oculto,
tan sutil, delicada y trasparente,
que hace una telaraña mayor bulto;

y si alguien por feliz o por valiente
logra esquivar el formidable insulto
de la gran porra, no por eso escapa,
porque salta la red, y allí le atrapa.

Que alguien la llegue a ver sin que la huelle,
no puede ser; tan escondida se halla;
antes se rompe el hierro, que la melle,
no que le taje una delgada malla;
y Zambardín, pisando cierto muelle,
sabe tan diestramente disparalla,
que el lidiador más avisado y listo
cogido en ella es, y aún no la ha visto.

De Brilladoro el paladín se apea;
la espada empuña, ajústase la adarga;
y como el tiempo aprovechar desea,
nada responde, y animoso carga.
Brava, descomunal fue la pelea;
mas, porque la materia es algo larga,
dejadme descansar, os ruego, un tanto.
El fin sabréis en el siguiente canto.

CANTO VI

El jardín de Dragontina

Fazañas valerosas que el divino
premio alcanzaron de inmortal memoria,
recuerdan en papel y en pergamino
ya la moderna y ya la antigua historia.
Héroes por este y por aquel camino
innumerables hubo, que la gloria
anteponiendo al ocio y los regalos,
cogieron palmas y llevaron palos.

¿Quién los trabajos no escuchó de Alcides?
¿Quién de Jasón, Belerofonte y Baco
no oyó cantar las memorables lides,
y del que la alta Troya metió a saco?
Pero perdonen cuantos adalides
hubo, y el mismo matador de Caco,
si digo que va errado el que pensare

que alguno al conde Orlando se equipare.

Dirán que juzgo a usanza de poeta,
y que arrimo la brasa a mi sardina;
mas en las dotes de virtud perfeta,
brío que los peligros no examina,
valentía que todo lo sujeta,
constancia heroica, ¿quién se le avecina?
Los hechos hablen, si es que son los hechos
lo que acrisola generosos pechos.

Nadie al mundo purgó de monstruo tanto;
no Hércules, no Cadmo, no Teseo;
lustre a su patria, a lo demás dio espanto,
y de paganos empachó al Leteo.
Y no hay que dar en si hubo o no hubo encanto
por deslucir algún marcial trofeo,
sí, que de la mismísima manera
que Orlando, invulnerable Aquiles era.

Y no por eso, o porque el dios Vulcano
las armas le forjase, o porque a Juno,
Palas y Tetis tuvo siempre a mano,
sufrió su fama detrimento alguno;
ni la del pío capitán troyano
por el favor de Venus y Neptuno,
o por aquel arnés, no menos fino,
que del yunque vulcánico le vino.

Mas las comparaciones son odiosas.
Así que, a mi propósito tornando,
digo que de las más dificultosas
empresas que arrostró en su vida Orlando,
es una la presente, y de dos cosas
que admiro en ella, estoy considerando
cuál le valiese más, y no lo puedo
dirimir; la fortuna, o el denuedo.

Salta el osado caballero al puente,
y levanta la clava Zambardino;
mas Roldán esquivó ligeramente
el bastonazo que de arriba vino,
y en la muñeca diestra a manteniendo
da un golpe a Zambardín con tanto tino,
que de sentido la dejó privada,
y del bastón tremendo desarmada.

Pues el follón, que vio la clava en tierra,
de apelar a la red casi trataba;
mas, recobrado, el corvo alfanje afierra,
y arremete al sin par Conde de Brava.
Y no penséis que este otro golpe yerra,
como el antecedente de la clava;
que sobre el bozo se lo asienta. Dando
traspies por poco al suelo viene Orlando.

¡Válame Dios! ¿Y quién dirá el enojo,
la rabia que del Conde se apodera?
Blanca tiene la cara y bizco un ojo;
¡pobre gigante! es menester que muera.
Ondea Durindana cual si flojo
mimbres, o cual si flexible caña fuera;
huye silbando el aire, y al empuje
de la empinada planta el puente cruje.

Más blandamente que una hoz la espiga,
la espada el tahalí primero taja;
la loriga tris él; tras la loriga
una de azófar tres-doblada faja,
y últimamente encuentra la barriga,
donde unos cuatro dedos se le encaja;
y pasara tal vez más adelante,
a no caer de espaldas el gigante.

O miedo fuese, o súbito accidente,
se le paró la faz como de cera,
la nariz fría, el pulso intercadente;
y se estiró, cual si difunto fuera;
pero el bastón cobrando de repente,
al buen Roldán, que lance tal no espera,
un latigazo da, con que le trajo
envuelto en las cadenas boca abajo.

Espada, porra, escudo, echando fuera,
que ya servirles pueden poco o nada,
comienza entre los dos la pelotera
más extraña que vista fue o pensada.
El Conde asió al jayán de la gorguera,
y le rompió la sien de una puñada;
mas abrázale el otro fuertemente,
cárgale y a arrojarle va del puente.

Roldán, que la intención le ha conocido,
el brazo, cuanto puede más levanta;
y dale otra puñada que el sentido
le enturbia y la cabeza le ataranta;
suelta la presa, y cae con tal rüido
que parece que el puente hunde y quebranta;
pero acorriole el diablo, porque luego
vuelve en sí, y con la clava torna al juego.

Roldán también la espada ha recobrado,
y renueva la lid de buena gana;
bien es verdad que semejaba al lado
de aquel gigante una figura enana;
pero creciendo a brincos otro estado,
esgrime tan de cerca a Durindana,
que poco espacio a Zambardino queda
en donde rodear la clava pueda.

Valerse quiso, pues, de cierta traza:
arranca en aparente fuga, y cuando
piensa tener lugar, vibra la maza
creyendo hallar desprevenido a Orlando.
El caballero, que le daba caza,
y las cadenas vio venir zumbando,
salta que otro recurso allí no mira
sobre la maza y un mandoble tira.

En dos la dividió, y a Zambardino
sólo un pedazo deja trunco y breve.
Ahora a Trivigante y Apolino
el pobre diablo encomendarse debe;
sin maza y sin alfanje, no hay camino
de que ventaja en esta lidia lleve
y Durindana, según ve, no escampa;
no tiene otro recurso que la trampa.

Dale un revés Roldán enfurecido,
que entrando en un cuadril le lleva el anca.
De un hilo el tronco le quedó prendido,
y ya siente que el alma se le arranca.
Viendo, pues, el negocio conclüido,
al tiempo de caer, con una zarca
toca el oculto muelle; el muelle escapa;
dispárase la red, y al Conde atrapa.

Con tanta furia sobre el Conde vino

que a cuatro pasos le aventó la espada;
y en el mismo momento Zambardino
el ánima exhaló descomulgada.
Contra la red bregaba el paladino,
jurando que la chanza era pesada;
y cuanto más forceja y brega y jura,
se le hace la prisión más recia y dura.

Medroso es el lugar y solitario;
alma no ve que por allí transite;
y así prestar paciencia es necesario,
pues nadie le ha de oír por más que grite.
Tomara a buen partido que el contrario
viviese, y ruega a Dios le resucite.
Ni el más leve rumor se percibía
en todo el campo. Orlando pasa el día;

pasa la noche en la prisión estrecha;
fallece la esperanza, el hambre apura.
Como la vista a todas partes echa,
a un hombre ve, que por la selva oscura,
en túnica de toscas pieles hecha,
con barba que le llega a la cintura,
de tal blancor que al de la nieve excede,
corriendo va cuan presuroso puede.

«¡Favor!, ¡favor!, exclama, Padre mío;
favorecedme, que gran cuita paso».
La señal de la cruz el hombre pío
hízose, temeroso de mal caso.
Vio sobre el puente el gran cadáver frío,
y estuvo por volver atrás el paso;
llega y ofrece a Orlando cuanto quiera
espiritual socorro antes que muera.

«Empuñad esa espada, dice el Conde,
y dad en estos lazos con denuedo».
«¡Santa María!, el otro le responde,
¡no lo permita Dios! Matarte puedo;
hace Patillas de las suyas donde
menos se piensa, y si te mato, quedo
irregular». El Conde al hermitaño
replica que no tema hacerle daño;

pues ya le ve que está muy bien armado,
y a más impenetrable tiene el cuero.

Tanto le ha dicho y tanto le ha rogado,
que al fin, por contentar al caballero,
del suelo a gran fatiga ha levantado
la espada con entrambas manos; pero
por más que dio en la red de punta y filo,
no pudo en ella falsear un hilo.

Aburrido de ver que no la corta,
suelta la espada, y con semblante humano
al mísero Roldán consuela, exhorta,
asístele a morir como cristiano.
«Hijo, salvar el alma es lo que importa;
no te fatigues por el cuerpo en vano;
a ser vas por este áspero sendero
de la milicia eterna caballero».

Tras esto a Dios bendice, que así quiere
hacerle digno de su reino eterno,
y mil casos de santos le refiere,
probando con lo antiguo y lo moderno,
que sólo rompe aquel que en gracia muere
las redes de la carne y del infierno.
El Senador romano, que no gasta
mucha paciencia, dice: «Padre, basta;

«¡Basta por Dios! Maldito el diablo sea
que no me trajo un ganapán fornido
en vez de este vejete que chochea,
y no me da la ayuda que le pido».
«¡Ay! dice el Monje; ¿así tu fe flaquea?
¿así el malo te ciega, empedernido
pecador, que antepones a la palma
celestes el polvo vil, y el cuerpo a el alma?

«Muestras ser caballero de excelencia,
y ¿a tal punto la vida te aficiona?
Sabe que la Divina Providencia
al que confía en ella no abandona;
cual lo ha probado hoy mismo la experiencia
en la que ves aquí flaca personal
caduca, inútil, achacosa, inerte,
que ni valerse puede ni valerte.

«Yo, señor, y dos monjes más, salimos
de Armenia el mes pasado en romería;
y como nos perdiésemos, hubimos

de aportar, no sé cómo, a Circasía.
Ayer mañana en esta selva dimos,
cuando el más joven de los tres, que iría
como unos veinte pasos adelante,
vuelve trémulo, pálido, anhelante.

«Y vemos que de un páramo eminente
baja un vestiglo horrible, agigantado,
con sólo un ojo en medio de la frente,
grande, y como una brasa colorado.
¡Misericordia!, todos juntamente
clamamos, y a los pies de aquel malvado
caímos medio muertos; él nos lleva
cargándonos en brazos, a una cueva.

«Allí con estos ojos la infelice
muerte... ¡qué muerte, San Antón bendito!
No pienses que le cueza o descuartice;
vivo devora al joven hermanito;
y vuelto a mí, para esas carnes, dice,
es preciso tener más apetito.
Llevonos a la boca de un hediondo
báratro; a puntapiés nos echó al fondo.

«No te sabré decir de qué manera
pude llegar de aquella sima al centro;
pero al Señor rogué que me acorriera,
y presto me acorrió; porque allá dentro,
a la pálida luz de una tronera,
una nudosa vid acaso encuentro,
que de lánguidos pámpanos el hondo
cementerio tapiza; allí me escondo.

«Y apenas vi ocasión, de nudo en nudo
trepo calladamente; y por el abra
que poco a poco a guisa de un embudo
se ensancha...» No hubo dicho esta palabra,
cuando suspenso queda, absorto y mudo,
y luego echó a correr como una cabra,
«Éste, diciendo, éste es el monstruo fiero»;
y a la vecina selva huye ligero.

Huye ligero, sin volver la cara,
hasta esconderse en el follaje umbroso.
El jayán sube al puente, y allí para,
en torno echando el ojo sanguinoso;

alta la jeta y de una forma rara,
con un par de colmillos horroroso;
y de grumos de sangre, seca apenas,
las engrifadas barbas tiene llenas.

Llégase al Conde, y de este y de aquel lado
volviéndole, «¡Oh qué gorda palomilla!,
dice, ¡oh qué gazapillo delicado!
Tendrá el riñón cubierto a maravilla;
ha de ser sabrosísimo bocado,
si le relleno y le aso a la parrilla».
Cargar con él, diciendo así, pretende;
mas la trabada red se lo defiende.

En esto, aquel grande ojo volteando,
a Durindana vio; suelta la maza,
la espada toma, y en las mallas dando,
las rompe poco a poco despedaza;
todo se cimbra y se contuerce Orlando,
cual malhechor que azotan en la plaza,
y como un toro que agarrochan, muge;
bajo los golpes la armadura cruje.

Más no brinca un león que desgarrada
ha dejado la trampa a diente y uña,
como él brincó; y estando sin espada
la maza del jayán resuelto empuña.
Mucho se escandaliza el camarada
de verlo, y entre dientes refunfuña,
teniendo a gran ofensa y desacato
que piense resistirle un mentecato.

Armas diversas cada cual ensaya
de las que a ejercitar hubo aprendido;
la clava el Conde, que era un tronco de haya,
manejando brïoso y atrevido,
tener procura al enemigo a raya;
y en manos del cíclope enfurecido
apenas verse Durindana deja,
y en el aire un relámpago semeja.

Por más porrazos que Roldán redoble,
encuentra siempre la invencible espada;
y siendo el monstruo de estatura doble,
aun con aquel bastón desesperada
cosa fuera llegarle a parte noble.

Pero tuvo una gran corazonada:
mira el de Zambardino, el suyo bota,
y de aquel otro arranca una pelota.

De Zambardín la clava, como dije
en otra parte, tres pelotas tuvo;
de éstas la que creyó más gorda, elige
Roldán, y desganchado que la hubo,
al ojo del cíclope la dirige
y parece que el tiro haciendo estuvo
un cuarto de hora, pues de aquella herida
le rompió el ojo y le quitó la vida.

Orlando a Dios las gracias retribuye;
y cádate que vuelve el hermitaño.
Aun muerto el monstruo tal pavor le influye,
que torna arredro, recelando engaño;
acércase otra vez, y otra vez huye;
y así se hubiera estado todo el año,
si riendo Roldán no le llamara,
y le mostrase la difunta cara.

Al conde dice: «¡Insigne caballero,
que favor tanto al cielo mereciste!
Suplícote, y si cabe, te requiero
vayas y a los que encierra aquella triste
mazmorra des la libertad. Yo espero
poder guiarte allá, si Dios me asiste;
pero si más jayanes hay, te digo
que solo vas; no hay que contar conmigo».

A la caverna fue guiado el Conde,
y desde afuera a los cautivos grita.
Con doloridos ayes le responde
la pobre gente que en su centro habita.
Bajo un peñasco el boquerón se esconde,
y el removerlo esfuerzo necesita
más que mortal; del uno al otro lado
lo tiene una cadena asegurado.

¡Oh Conde! ¡Oh diestra invicta! No hay terrena
cosa que a tu pujanza no sucumba.
De un tirón hace trizas la cadena;
empuja el gran peñasco y lo derrumba;
vuelve la luz a los que en sombra y pena
guardaba esta de vivos honda tumba.

Todos besan la mano al paladino,
y toma cada uno su camino.

Roldán a Brilladoro cabalgando
llegó, no sé si con feliz estrella,
a cierta encrucijada, y meditando
por qué rumbo camine, hace alto en ella.
Fortuna caprichosa, enderezando
sus pasos hacia Angélica la bella,
al verle tanto en elegir confuso,
un mensajero allí traer dispuso.

«¿A dónde bueno?», el Conde le demanda.
«De Albraca vengo, y voy a Circasía,
responde el caminante, que me manda
en busca de socorro el ama mía,
contra la cual poderes grandes anda
juntando ahora el Kan de Tartaría,
que da en amarla con amor tan fuerte
como ella le odia, que es a par de muerte.

«El padre de la niña, Galafrón,
como prudente príncipe y sagaz,
y que no gusta de tener cuestión
con el tal Kan, que es hombre contumaz,
querría, o con razón o sin razón,
que se casara y le dejase en paz;
pero entre éstas y esotras la liviana
niña se fue de casa una mañana.

«Por último, en la Albraca se ha metido,
plaza famosa, bien fortificada,
que del Catay, su patrio imperio y nido,
poco más distará de una jornada.
Angélica es su nombre, conocido
de polo a polo por estar dotada
de hermosura divina, que sin duda
hará venir el mundo a darle ayuda».

Orlando, que la cuenta al fin por suya,
pues de ser la que busca está seguro,
todo es contento, júbilo, aleluya.
Cabalgando a lo claro y a lo oscuro,
rodeaba un peinado monte, a cuya
falda un raudal se ve sonante y puro,
y una marmórea puente en él, y en ella

con una copa en mano una doncella.

La cual se inclina al Senador romano,
y así le dice en acto reverente:
¡Oh caballero, en quien se dan la mano,
si tu gentil presencia no me miente,
lo valeroso y lo cortés y humano!
Fresco licor de cristalina fuente
a gustar te convido en este vaso;
si lo rehúsas, ¡e es vedado el paso.

«Hereditaria usanza y pleitesía
sólo pasar permite al que lo pruebe».
Orlando, que lo tiene a cortesía,
le da las gracias, toma el vaso y bebe.
Pero no bien aquel brebaje enfría
el seco labio, el alma se conmueve
toda del paladín; nada concibe
de lo pasado; nueva vida vive.

No se le acuerda si es o no es Orlando,
ni sabe si tal Francia hay en el mundo,
ni dónde está, ni cómo vino o cuándo;
su amor de ayer olvido es hoy profundo.
Iba de diestro a Brillador llevando
la ninfa; al paladín meditabundo,
o estúpido más bien, el frontispicio
aparece de espléndido edificio.

Tiéndense al derredor ledos vergeles,
que jamás entristece helada bruma;
alternan con las palmas los laureles,
y a la vid su purpúrea carga abruma;
asoman entre rosas y claveles
cárdeno lirio y pálida ariruma;
y en el ambiente embalsamado el alma
bebe serena paz y dulce calma.

Jamás allí pesar, jamás cuidado,
ansia, temor, los corazones lima,
ni del fastidio el enojoso estado
que la felicidad miseria estima;
contento cada cual y bien hallado
goza de aquel jardín la copia opima,
sin que secreto sinsabor le asalte
de que a su dicha cosa alguna falte.

Ni arquitecto jamás greciano o moro
fábrica diseñó tan elegante,
como en la que, oprimiendo a Brilladoro,
entra el fuera de sí señor de Anglante;
bellos follajes y arabescos de oro
ostenta sobre el mármol rutilante
cada columna y arquitrabe y friso;
y escaqueado jaspe forma el piso.

Orlando se apeó de Brilladoro,
que la dama llevaba de la brida;
y viendo a poco trecho un ledo coro
de ninfas, agregose a la partida;
de canto y danzas el rumor sonoro
a placer y deporte le convida.
Mas de volver es hora, que ya escaso
me viene el tiempo, al noble rey Gradaso.

Con el arnés que de Sansón fue un día,
altivo el paso y la actitud gallarda,
al sitio marcha en que lidiar debía,
y a su rival tranquilamente aguarda.
Las diez, las once son, ya es mediodía;
mucho el barón de Montalbano tarda.
Podéis pensar si tiempo largo espera
a quien va tantas millas mar afuera.

Viendo que su contrario no ha llegado,
y de luces el cielo se tachona,
de verse así tratar vuelve indignado
al campo, y a la ira se abandona.
¿Pues qué hará Ricardeto desgraciado
que oye el cántico ya que el gallo entona,
y qué sea de Reinaldos no adivina?
Tanto tardar le dio muy mala espina.

Mas no tanto le aqueja el sentimiento,
que no haga en tal conflicto lo que debe;
manda a todo el cristiano campamento
que a dar la vuelta se disponga en breve;
y cumplida la orden fue al momento,
y todo, antes que raye el sol, se mueve,
sin que sospeche el rey Marsilio nada,
cuya hueste a gran trecho está acampada.

Cabalga Ricardeto dolorido,
llevando a Carlomagno la almofalla;
Gradaso, avinagrado, embravecido,
pone su gente en orden de batalla;
y el mísero Marsilio, que ha perdido
la flor de sus guerreros, teme y calla;
creyendo que le plantan sus aliados,
mesábase las barbas a puñados.

Abominando del francés linaje,
viene y se echa a los pies del Sericano,
y le pondera el recibido ultraje,
y a los ausentes carga bien la mano;
obediencia le jura y vasallaje,
y en conclusión, el rey Zaragozano
y el del Oriente hicieron alianza,
y en buena se trocó la malandanza.

Su hueste Ricardeto ha conducido,
y hace en París la cosa manifiesta.
Levántase en la corte gran rüido,
toda en extrañas confusiones puesta.
Dicen los maganceses al oído:
«Huele a traición a tiro de ballesta».
Ni aun los amigos de Reinaldos hallan
cómo abonarle, y de corridos callan.

Mientras a dobles marchas las legiones
caminan a París del rey Gradaso,
Carlos convoca pares y barones
para tratar de lo que pide el caso.
Previenen torres, fosos, bastiones,
y en derredor se deja el campo raso.
Súbitamente un atalaya avisa
que la enemiga hueste se divisa.

Dan las campanas grandes badajadas;
el pueblo grita, alármase la tierra;
ondean las banderas desplegadas;
suenan los instrumentos de la guerra;
las gentes corren por la calle armadas;
la puerta del alcázar se abre y cierra.
Mándase a Urgel Danés que al campo saque
la primer banda, y dé el primer ataque.

Gradaso la gentuza sarracina

en cinco divisiones acomoda;
es india la primera y abisina;
está tiznada como el diablo toda;
a mandarlas dos príncipes destina;
Urnaso el uno, el otro era Grancoda;
el cual Urnaso ciertos dardos lleva,
de cuyas puntas no hay loriga a prueba.

A Berra la segunda escuadra toca,
que, como un jabalí, tiene la cara;
sálenle dos colmillos de la boca,
largos como la sesma de una vara;
y le acompaña el negro Brutarroca,
que alabardas gordísimas dispara
con un grande arco que dos brazas mide;
a la Etiopía asiática preside.

Sigue la escuadra del gigante Alfrera;
la cuarta es de Marsilio y española;
y rige el rey Gradaso la postrera,
que de sus sericanos era sola;
gente bizarra, impávida, guerrera,
que azules estandartes enarbola.
Principia la función. Hacia el monarca
Grancoda aguija, Urgel de Dinamarca.

Es de doce mil hombres la brigada
de Urgel Danés; lozana tropa y bella,
que del Norte en las nieves engendrada
cuanto encuentra baraja y atropella.
Dando a su dromedario una pinchada,
el rey Grancoda se arrojó sobre ella;
pero el Danés arrepentir le ha hecho,
metiéndole la lanza por el pecho.

Tenerse en los estribos no le vale,
que se enflaquece todo y se marchita;
fuerza es que caiga y que la vida exhale
entre la negra sangre que vomita.
Mas, contra Urgel, Urnaso al medio sale,
y con soberbia y cólera infinita
le tira un dardo; pasa el dardo esquivo
escudo y peto, y llégale a lo vivo.

Arremete el Danés con ciego arrojó;
y tírale el follón, que alerta estaba,

segundo dardo, que de sangre rojo
en el hombro siniestro se le clava.
«Pagármela has, bergante, si te cojo»,
Urgel, bramando de dolor, gritaba.
Urnaso, al verle cerca, no se empacha;
bota los dardos y enarbola el hacha.

Y no me causa el hacha tanto miedo
como el caballo, que cabalga Urnaso,
que tiene un asta, a que no falta un dedo
para una vara; y temo andar escaso.
Mas la medida yo del canto excedo,
y tal vez a enfadaros me propaso;
cumple ensayar más alto contrapunto,
para el que sigue serio y grande asunto.

CANTO VII

La batalla de París

Mortales, cuyas almas atosiga
el hipo de ser grandes y señores,
¿por qué con tanto afán, tanta fatiga,
a caza andáis de mandos y de honores?
Lo que oro se os antoja es baja liga
que, a pesar de mentidos esplendores,
en el crisol de un sano juicio puesta
no vale la mitad de lo que cuesta.

Ese poder, grandeza, imperio, estado,
justo o no justo es menester que sea.
Si lo primero, aquel que en encumbrado
destino se encopeta y contonea,
sepa que es sólo un siervo asalariado
para que al bien de los demás provea,
sin gozar el placer un hora sola
de dormir y dejar correr la bola.

Al pueblo ha de mirar como un rebaño
que a fuer de buen pastor ampare y cele,
no como duro mayoral extraño
que sin cesar le exprima y tunda y pele;
y si algo yerra, no se llame a engaño,

antes, por más que afane y se desvele,
sepa que el mundo de la culpa ajena
más de una vez le hará sufrir la pena.

Si lo segundo, ¿qué voraz gusano,
qué aguda espina, qué veneno oculto
el alma no atormenta de un tirano?
En cada estruendo un popular tumulto
le toca al arma; con puñal en mano
cree ver un asesino en cada bulto;
la conciencia entre holandas le trabaja,
y al pobre envidia su jergón de paja.

Yo comparo uno de estos desgraciados
que por tener del mundo el gobernalle
viven entre zozobras y cuidados,
a un palaciego que anda por la calle
cubierto de galones y bordados,
echando piernas y luciendo el talle,
mucho brinquillo, mucha placa al seno,
y por debajo está de lacras lleno.

Venid, los que pensáis que un soberano
de la común herencia está excluído,
y ved a este infeliz de Carlomano
en el berenjenal que está metido.
Nadie más justo fue ni más humano;
fue un santo hombre, fue un príncipe cumplido;
pues ved las tempestades que endereza
Fortuna a su corona y su cabeza.

Cual la presente fue, que el rey Gradaso,
por un pueril antojo impertinente,
le suscitó; y en la que el indio Urnaso
sobre la bestia de cornuda frente
iba, como os conté, más que de paso
contra el Danés, a quien furiosamente
arremetió, llevando el hacha alzada.
Pero no le valió la furia nada.

Porque Urgel de un horrífico altibajo
cabeza y tronco hasta el arzón le parte,
si bien le dio el caballo harto trabajo,
que, en el acometer tomando parte,
a Urgel de una cornada al suelo trajo;
y si no fuera el grueso talabarte,

que un tanto al golpe la violencia gasta,
en las entrañas le embutiera el asta.

En tres partes Urgel se hallaba herido;
al hospital en brazos fue llevado.
Y en esto Brutarroca fementido
llegó, sobre un camello encaramado.
Representaba un negro dios Cupido,
aunque, a decir verdad, algo barbado.
Medio desnudo el mastinazo, estaba;
en la siniestra el arco, al hombro aljaba.

El colmilludo Berra le acompaña;
y a guisa de ambulantes campanarios
van cubriendo de sombras la campaña
elefantes de guerra y dromedarios.
Carlos a Salomón, rey de Bretaña,
mandó sacar sus diestros sagitarios;
va Ricarte con él, y don Gaiferos,
de Melisendra esposo, y Oliveros.

De San Dionís la puerta abre camino
al ya canoso Naimo de Baviera
con sus hijos Otón, Avolio, Avino
y Bellenguer de roja cabellera.
Con Guido de Borgoña va Angelino,
y con Hugón, Dudonio sale fuera.
El suelo se estremece a gran distancia
bajo las huestes de la invicta Francia.

Carlos en tanto al cielo justiciero
aplacar manda en ceremonias pías,
y en grave canto el religioso clero
misereres entona y letanías;
suena a extramuros el rumor guerrero
de trompas, atabales, chirimías;
responden en París quirieleisones,
al son de las campanas y esquilonas.

Ya, pues, que satisfizo a lo cristiano,
con lo Real cumpliendo y lo valiente
sale sobre Bayardo Carlomano,
y de los suyos se coloca al frente.
Todos a un tiempo embisten al pagano;
relumbran mil espadas juntamente;
cada cual taja, pincha, hiende, parte;

no vio jamás tan bella fiesta Marte.

Por donde cabalgando va Oliveros,
deja Altaclara un sanguinoso lago;
vale ella sola por cincuenta aceros;
primero se ve el golpe que el amago;
caballos caen, trabucan caballeros;
no hubo jamás tan espantoso estrago;
corre el varón, y marca doble hilera
de amontonados troncos su carrera.

Amenazando Berra se le encara,
ni a detenerle un punto es suficiente,
porque con un mandoble de Altaclara,
entre ojo y ojo, y entre diente y diente,
en dos mitades el marqués la cara
partida le dejó tan justamente,
como si en la balanza para esto
antes del golpe las hubiera puesto.

Y tan sabrosa le quedó la mano
que por do más tupidos y más llenos
los escuadrones ve, rompe lozano,
hasta llegar a donde con no menos
donaire y ligereza Carlomano
iba despabilando sarracenos,
y el campo henchía, a tajos y reveses,
de sangrientos cadáveres y arneses.

A Carlos, Brutarroca se presenta,
flechador de alabardas y lanzones.
Carlos, como un venablo, se le avienta,
hincados a Bayardo los talones;
y de un lanzazo le ajustó la cuenta
pasándole costillas y pulmones.
Revuélcase en la arena Brutarroca,
y vierte negras ondas por la boca.

Pero mientras Bayardo corre, al paso
le sale aquella bestia del gran cuerno,
que fue caballo del difunto Urnaso,
la cual, sin dueño ahora y sin gobierno,
va haciendo entre las filas el fracaso
que en el bosque una ráfaga de invierno.
Topa a Bayardo y cornearle intenta;
Bayardo no se turba, ni amedrenta.

Con gran serenidad y gran frescura,
vuelta la grupa, dale un par de coces,
que le estampó en los sesos la herradura;
y rompe por do tantas, tan atroces
fases muestra la lid, que por ventura
dijérades que sólo allí feroces
guerreros hay, coraje, ira, matanza,
y todo lo demás es burla y chanza.

Alfrera con el mástil que engarrafa,
a los cristianos da tremenda zurra;
a la gente que toca deja gafa;
la que coge de lleno, despachurra.
En mirando venir la gran jirafa,
nadie tiene lugar, que no se escurra;
sólo Turpín osó salir delante;
Alfrera con gran sorna le echa el guante;

Y a la cintura se lo prende y ata,
a guisa de corneta o de tintero.
Tras esto de camino se arrebata
a Pinabel y a Otón y a Bellenguero,
y, de los tres hecho un manojo, cata
que vuelve a los cristianos el trasero.
Al rey Gradaso los llevó en presente,
y torna a la batalla nuevamente.

Torna el jayán de nuevo a la batalla,
y empieza a machucar que se las pela.
Hete aquí de Marsilio la canalla,
con Ferragú, Morgante y Espinela.
¡Oh cuánto escudo y cuánta fina malla
y cuánta lanza en mil fragmentos vuela!
Cuál hiere, cuál retorna, cuál repara;
crece la confusión y la algazara.

El marqués Oliveros vio la brega,
y del Emperador se puso al lado;
el normando Ricarte se le llega,
y Gano, de sus condes escoltado;
Dudonio, que una gorda maza juega,
Alardo, Guido, en pelotón cerrado,
cargan, como avenida repentina,
sobre la nueva chusma sarracina.

Con Ferraguto encuéntrase Oliveros,
y casi desarzónale el pagano;
rotas entrambas lanzas, los guerreros
tornaron a embestirse espada en mano.
Con Espinel se apechugó Gaiferos,
el rey Morgante con el conde Gano,
con el Califa el duque de Baviera,
hombre con hombre, hilera con hilera .

Cupo a Dudón, Grandonio, aquel gigante
que alcaide un tiempo fue de Barcelona.
Las mazas van y vienen cada instante,
y toda se magullan la persona.
El rey Marsilio embiste al Imperante;
pero se arrepintió de la intentona:
descabalgado sin remedio fuera,
si a punto Ferragú no le acorriera.

Ferraguto se aparta de Olivero
para asistir al rey Zaragozano,
y el marqués, como noble caballero,
fue en ayuda también de Carlomano;
cada cual de los cuatro es buen guerrero,
de valeroso pecho y presta mano;
mas Carlos, que a Bayardo cabalgaba,
a sí mismo esta vez sobrepujaba.

Ninguno al compañero pone mientes,
que por su parte a qué atender le sobra
tregua no dan las hojas inclementes;
cada cual cuanto sabe pone en obra.
Bonanza en tanto gozan nuestras gentes,
y la pagana multitud zozobra;
a tierra va de España la bandera;
se desparpaja la brigada entera.

Marsilio, que intentaba detenella,
hubo de acompañarla en la corrida;
también es el Califa envuelto en ella,
y síguele Morgante a toda brida;
iba Espinel pisándole la huella,
y Serpentín se agrega a la partida;
unos huyen por fuerza, otros por gusto;
sólo hace rostro Ferraguto adusto.

Cual tigre de moneros acosado,

aun en la fuga espanta y amenaza;
ya a los cristianos cede mal su grado,
ya a los que se la daban él da caza;
pero tantos le cargan, que forzado
se vio por fin a abandonar la plaza,
y a no llegar en este punto Alfrera,
muerto sin duda alguna o preso fuera.

A duros golpes del bastón tremendo
el jayán las hileras aportilla;
Galalón, como un pájaro va huyendo;
a Guido y Naimo arroja de la silla.
Pero viene, llamada del estruendo,
de valerosa gente una cuadrilla.
Dudón le asalta y Carlos y Oliveros;
bríllanle en torno a un tiempo veinte aceros.

Quién de lado le amaga, quién de frente;
seria va pareciéndole la cosa;
háselas el jayán con una gente,
ágil a reparar, a herir brñosa.
La jirafa se mueve lentamente,
como bestia de suyo perezosa.
Los otros cargan; solo está; no hay caso;
corre aturdido en busca de Gradaso.

El Sericano que le vio venir,
y antes le tuvo en opinión tal cual,
en altas voces le empezó a reñir:
«¿A dónde vas, follón?» Tente, animal.
¿Cómo vergüenza no te da de huir
con ese corpachón descomunal?
Ocúltate a mis ojos, y cuidado
no vuelva yo en mi vida a verte armado».

Dijo: y al ver que ya su campo embisten
las enemigas huestes, vuelve airada
la cara a los monarcas que le asisten;
los cuales, entendiendo la mirada,
la armadura le traen, se la visten,
le calzan las espuelas, y la espada
le ciñen, puestos a sus pies de hinojos,
y no osan de la tierra alzar los ojos.

El tumulto entre tanto y vocería
llegaba hasta la tienda de Gradaso;

y presumiendo que, pues no salía,
estaba ausente el rey, o enfermo acaso,
daba por suyo nuestra gente el día,
y más que el sol bajaba ya al ocaso.
Llena de confianza y de contento
comenzaba a pillar el campamento.

Como cuando, amarrado un toro bravo,
el vulgo se le acerca, y por juguete
uno el cuerno le toca, y otro el rabo;
si rotas las prisiones arremete,
se desparpaja de este y de aquel cabo
sin saber la canalla do se mete;
y creyendo que el toro los atrapa,
éste deja la gorra, aquél la capa;

Así, cuando se oyó Gradaso viene,
huyendo cada cual se destalona,
y nadie que lo ha oído, se detiene
a ver si es grande o chico de persona;
ni sabe a dónde va, ni a qué se atiene;
las armas tira, y todo lo abandona.
Sólo Carlos quedó; quedó Oliveros;
y no sé cuántos otros caballeros.

Picó Gradaso la guerrera alfana,
y a Dudonio arrojó cabeza abajo;
Ricarte cae también de buena gana;
ni le da Salomón mucho trabajo.
Mientras tunde la hueste sericana
los míseros franceses a destajo,
volando el bravo rey, cual torbellino,
se lleva cuanto encuentra de camino.

No toca con la lanza al conde Gano,
que con sólo el amago le esparranca;
al encuentro le sala Carlomano,
y la silla también le deja franca.
Él a Bayardo entonces echa mano;
pero el bruto gentil le vuelve el anca
con una discreción que maravilla,
y asiéntale una coz en la espinilla.

Y como si a llevar fuese la nueva,
dando bufidos por París entraba.
Valió a Gradaso la encantada greba;

si no, la pierna en Francia se dejaba.
No se puede tener por más que prueba,
y el dolor cada instante se le agrava;
en brazos a su tienda es conducido,
y allí de cirujanos asistido.

Entre los cuales un anciano había
que llamaban maese Ferriducho,
perito en herbolaria y cirugía,
a quien por eso el rey preciaba mucho
Si alguno pierna o brazo se rompía,
sanaba luego aquel doctor machucho
la parte enferma, sin dolor ni gasto,
sólo con aplicarle un cierto emplasto.

Éste, después que al rey la herida observa,
no sé qué voces mágicas murmura.
De malva haciendo, aloe y contrayerba
y díctamo de Creta una mistura
aplícasela en forma de conserva;
y dos minutos no tardó la cura.
Gradaso, «habiendo un poco reposado,
sobre la alfana se presenta armado.

Más que nunca soberbio al campo vino.
He aquí la tempestad, huya el que pueda.
El marqués Oliveros al camino
osó salir, y fue a estampar la greda.
Hugón y Avolio con Beltrán y Avino,
y si algún otro de los buenos queda,
todos de aquella lanza derribados
fueron, y todos van aprisionados.

Ya voz de capitanes no es oída;
ya nadie a los infieles hace cara;
arrancan los cristianos de estampida;
llega a París la gresca y la algazara;
en donde, siendo la prisión sabida
de Carlos y los otros, cosa es clara
que en nuevos armamentos no se piensa,
pues no se ve manera de defensa.

Pone la voz el vulgo en las estrellas;
y a los sacros altares acogidas
las madres y las tímidas doncellas,
mandan a Dios plegarias doloridas.

Oyó el Danés la grita y las querellas;
el Danés, que postrado a las heridas
que recibió lidiando con Urnasó,
a duras penas puede dar un paso.

De rabia y de piedad llorando junto,
después que las heridas unge y venda,
se arma; y porque el caballo no está a punto,
que al campo se le traigan recomienda;
y a donde juzga estar más en su punto,
no la contienda que ya no hay contienda,
sino la atroz horrífica matanza,
a pie va, sustentándose en la lanza.

Llega a la puerta; encuéntrala cerrada,
y de la densa turba oye el lamento,
que en vano a entrar se agolpa, y a la espada
de los contrarios muere ciento a ciento.
Teme el alcaide, abriendo, dar entrada
al enemigo, y no sin fundamento;
a todo el mundo, pues, abrir rehúsa,
por más que se le ruega y se le acusa.

«La puerta, dice Urgel, abre al instante;
el defenderla corre a cuenta mía».
«Del puesto, dice el otro, soy garante;
a mi padre que fuese no abriría».
«Ya no hay paciencia, clama Urgel, que aguante;
ha de costarte caro tu porfía».
Huyó el alcaide; Urgel de un hacha afierra;
la puerta a cuatro hachazos echó a tierra.

El puente cala Urgel; y sobre el puente
la desbandada multitud francesa
de tropel se abalanza, cual torrente
que rompe en el invierno la represa.
Sigue a los fugitivos la inclemente
turba pagana; pero asaz le pesa;
a diestro y a siniestro esgrime el hacha
Urgel, y cuatro a cuatro los despacha.

Cuál es hasta París arrebatado
envuelto entre la chusma fugitiva;
cuál de hombres y caballos muere hollado;
y a cuál del puente abajo Urgel derriba;
uno, vivo y entero es derrocado;

otro, cabeza o tronco deja arriba;
hombres, caballos, armas van al foso,
turbio todo a la vista y sanguinoso.

Mas, crece por instantes la faena,
que, saltando en el puente Serpentino,
taja de un lado y otro la cadena,
y da franco a los suyos el camino.
Urgel levanta el hacha; y si por buena
fortuna no llevara un yelmo fino,
y encantado también, según sospecho,
quedaba el español pedazos hecho.

Del Sericano rey toda la corte,
y del campo pagano llega el grueso.
Cercado está a poniente, a sur y a norte;
mas el Danés no echó el pie atrás por eso;
orden da de que el puente se le corte,
mientras él de la lid sustenta el peso;
y salvos los cristianos de esta suerte,
con leda cara va a buscar la muerte.

Con mil combate a un tiempo y con Gradaso,
que, avergonzado, en alta voz ordena
que todo el mundo vuelva atrás el paso;
y desarmando a Urgel con poca pena
como a quien tiene el cuerpo enfermo y laso
vertiendo rojo humor por cada vena
manda que se le asista y se le lleve
con el honor que a la virtud se debe.

Fuera París tomada fácilmente,
sino que ya la noche oscurecía.
Óyese de campanas son doliente
que hace a dolientes voces armonía;
en miedo y llanto la infelice gente
aguarda el venidero infausto día
en que ha de ser París abandonada
a destrucción, a saco, a fuego, a espada.

Estaba por entonces arrestado,
como sabéis, Astolfo en la Bastilla;
por todos y por todas olvidado,
merced a Galalón y a su pandilla.
Era a charlar el duque aficionado;
soltósele esta vez la tarabilla:

«¡Cómo se ve que el Sericán lo entiende,
dice, que a tal sazón la guerra emprende!

«Hubiera yo salido a la pelea,
y otro gallo al tal rey le cantaría.
Sabe dónde le aprieta la correa;
mas hay sol en las bardas todavía;
pues quiera Dios que en libertad me vea,
hará triunfar su causa, que es la mía.
Veremos a quién debe Carlomano
su corona, si a mí o al conde Gano».

Gradaso al regocijo se abandona;
no cabe de contento y de ufanía;
preséntasele Alfrera y le perdona;
todo es favor, merced, galantería;
tan alegre jamás le vio persona
ni de tan buen, humor, como aquel día,
imaginando que a Bayardo oprime
los lomos ya, y a Durindana esgrime.

Afable al rey de Francia da la mano,
y a par de sí con grande honor le sienta.
«Señor, le dice, un peches soberano
de honor sólo y de gloria se alimenta;
de la diadema y del aplauso humano
reputo indigno al rey que se contenta
del ocio vil, dejando que la pompa
y la molicie a la virtud corrompa.

«Si del Oriente vine, fue por eso,
y no por tu corona y tu riqueza;
que apenas basto a sostener el peso
de la que ha puesto el cielo en mi cabeza.
Pues hoy en mi poder te he visto preso,
ha llegado a su colmo mi grandeza;
y ni trofeo ni alabanza alguna
queda, con que me tienta la Fortuna.

«El reino, pues, te restituyo entero;
no pienso en cosa tuya poner mano;
tan solamente que me entregues quiero
el corcel del barón de Montalbano,
que tan noble animal a un caballero
no ha de servir tan ruin y tan villano;
y en un año de plazo a Sericana

harás venir la espada Durindana».

Carlos a prometerle no fue tardo
corcel, espada, y más, si más desea.
«Está bien, dice el rey; pero Bayardo
quiero que luego aquí traído sea».
En busca suya va a París Alardo,
donde Astolfo, que suelto regentea,
incontinenti que hubo Alardo expuesto
la comisión que trae, le intima arresto.

Y luego de su parte va un heraldo
a retar a Gradaso y a su gente;
y que si dice que mató a Reinaldo,
o le puso en prisión o en fuga, miente;
que Carlos con lo suyo pague el saldo,
pues Bayardo es de dueño diferente;
y ya que de otro modo nada avanza
venga el rey a ganarlo lanza a lanza.

Movido a risa más que a indignación
con esta singular mensajería,
pregunta el rey Gradaso qué barón
es el que tan civil recado envía.
«Señor, responde Gano, es un bufón
que a toda nuestra corte entretenía;
de lo que diga no hay que hacer aprecio,
ni dársete cuidado, que es un necio».

«Pues necio o no, repuso el Sericano,
él es hombre de espíritu sin duda.
No piense con su labia el conde Gano
que de lo que es razón me tuerce o muda.
Harto a vosotros me he mostrado humano.
Retado, al reto es menester que acuda.
Decid al duque Astolfo que le espero,
y que venga en Bayardo caballero.

«Al cual, si me le gano con la lanza,
ya no seré a cumpliros obligado
los partidos que os hice en confianza
de que el corcel se me iba a dar de grado».
Mucho con esta súbita mudanza
quedó el Emperador amostazado,
pues la corona, imperio, estado sumo
que pensó recobrar, ve vuelto en humo.

Astolfo, apenas la mañana apunta,
sobre Bayardo se presenta armado
con tanta perla y tanta joya junta,
que un cielo semejaban estrellado;
cubierta de oro está desde la punta
la bella espada que le cuelga al lado,
y en su diestra temblando relucía
aquella hadada lanza de Argalia.

El cuerno emboca y a Gradaso reta:
«Ven, fantasmón antojadizo y loco,
que traes por vanidad la tierra inquieta;
ven, espantajo de hombres de tan poco
seso como el rapaz que se desteta,
que le dicen Gradaso en vez de el Coco;
y venga, si quisieres, a tu lado
el gigantón de Alfrera tu privado.

«Venga Marsilio y venga Balugante,
y toda la española guapería;
Grandonio venga, aquel soez gigante
que ya otra vez probó la lanza mía;
y venga Ferraguto el arrogante,
que en su encantada piel tanto confía;
venga toda tu gente. ¿Por qué tarda?
Un solo caballero es el que aguarda».

Estuvo un rato el rey Gradaso atento,
oyendo al caballero del Leopardo;
poco le ocupa el Duque el pensamiento,
toda le lleva la atención Bayardo.
Hecho el acostumbrado cumplimiento,
así razona al paladín gallardo:
«Díceme Gano que no tienes juicio,
y eres bufón de corte por oficio.

«Otros, aunque aturdido y calavera,
dicen que en la ocasión eres discreto,
garboso, bravo. Sea lo que Dios quiera
que yo en vidas ajenas no me meto,
a tu llamado vengo, como hiciera
al del más alto y principal sujeto;
mas en cayendo, que caerás de fijo,
venga el caballo; nada más exijo».

«Suele la cuenta errar el que la ajusta,
responde Astolfo, ausente el hostelero.
Tuyo será, si vences en la justa,
este caballo y cuanto valgo; empero,
venciendo yo, propongo, si te gusta,
que restituyas a su ser primero
a todos los cristianos; y al Oriente
podréis marcharos libres tú y tu gente».

«Que me place, responde el Sericano;
la condición que has dicho acepto y juro».
Y revolviendo, y en la diestra mano
blandiendo aquel lanzón rollizo y duro,
no ya postrar creyera un cuerpo humano,
mas arrancar de su cimiento un muro.
El Duque la encantada lanza blande;
la fuerza es poca; pero el alma es grande.

Gradaso mete piernas a la alfana,
y a encontrarle va Astolfo como un viento.
En el escudo al rey de Sericana
pone la mira, a derribarle atento;
y la Fortuna le otorgó liviana
que se saliese con su loco intento;
apenas el escudo toca el Duque,
es fuerza claro está que el Rey trabuque.

Vese el altivo Rey tendido en tierra,
y a duras penas cree lo que le pasa.
¡Oh cuánto el hombre, exclama, oh cuánto yerra!
¡Oh cómo el cielo las venturas tasa!
Vaya que salgo airoso de la guerra;
sin gloria y sin honor me vuelvo a casa;
paciencia y barajar. Ven, oh valiente
caballero cristiano, por tu gente».

El Rey al Duque de la mano guía
haciéndole las honras que es debido.
Nada en el campamento se sabía;
pero todo se daba por perdido.
Carlos al duque Astolfo maldecía,
llamándole de loco y de aturdido.
«¡Ay!, dice, llegó el fin de los cristianos»;
dase calabazadas a dos manos.

Astolfo llega, y dice en tono airado

confirmando Gradaso el fingimiento:
«-Qué es de ti, Carlomagno desastrado?
Ya toda tu fanfarria es sombra y viento.
Si estuviera Reinaldos a tu lado,
y Orlando, y algún otro que no miento,
en tanta afrenta no se hubiera visto,
como hoy la ves, la santa fe de Cristo.

«Por dar oído y gusto a unos malsines,
oprobio de tu juicio y de tus canas,
extrañaste de ti dos paladines
que de tu trono un tiempo eran peanas.
Con los principios dicen bien los fines:
saca la cuenta y mira lo que ganas.
¿Dónde tu favorito se entretiene,
que a libertarte de prisión no viene?

«¿De qué sirve que un hombre se desviva
sirviendo a quien servicios no agradece,
y con quien sólo el lisonjero priva,
llevando el prez que la virtud merece?
Allá se las avenga el que reciba
leyes de quien le agravia y le escarnece.
Me voy de este país infortunado,
y dejo a quien lo quiera mi ducado.

«Renuncio sangre, ley, naturaleza;
y al buen señor de Sericana sigo,
que me hace su bufón, por la fineza
y los buenos informes de un amigo.
Me empeñaré, señores, con su alteza,
para que os lleve, si queréis, consigo;
Carlomagno será su repostero;
Urgel, escanciador; Turpín, barbero.

«Y pues merced le debo, no pequeña,
galopín de cocina será Gano,
si no quiere más bien cargar la leña
sobre esas espaldas de villano.
Fortuna me será más halagüeña
bajo mi nuevo invicto soberano,
que no se paga de servil lisonja,
ni con el fasto y el poder se esponja».

Si está Carlos mohino y cabizbajo
oyendo tal, considerar se deja;

es tanta la soltura y desparpajo
de Astolfo, que decir verdad semeja.
Mirándole Turpín de arriba abajo,
«¿Será posible, exclama, que esta oveja
se desbarranque?» «Sí, gran marrullero,
dice el inglés, desbarrancarme quiero».

Lloraba el viejo Naimo como un niño,
Urgel lloró, lloró toda la gente.
No pudo Astolfo al natural cariño
resistir más, y en acto reverente
dice al Emperador: «Postrado ciño
tus regios pies; recíbeme indulgente;
que, tal cual soy, he sido y seré tuyo;
la libertad a todos restituyo.

«Eres dueño de ti y de tu corona;
te vuelvo sin mancilla tus banderas;
tu sagrada magnánima persona
las adquiridas glorias guarde enteras.
Pero por lo que toca a mí perdona
si antes quiero vivir entre las fieras,
que mantener aquí perpetua lidia,
blanco de la calumnia y de la envidia.

«La libertad, señor, es mucho cuento;
sin ella para mí no hay cosa buena;
y si decir me vedan lo que siento,
ni el yantar me es sabroso, ni la cena.
Que Gano haga y deshaga, y el acento
seductor te haga oír de la Sirena;
yo de la adulación no sé el idioma,
y antes que a Gano serviré a Mahoma.

«En busca de mis primos, el de Anglante
y el ínclito señor de Montalbano,
quiero por esos mundos ir errante;
y rogándole al cielo soberano
que conserve tu vida y que levante
más y más tu poder, beso tu mano,
Emperador de Roma esclarecido,
y la licencia de partir te pido».

Todos, creyendo chanza o burla aquello,
míranse unos a otros y a Gradaso;
y hubieron finalmente de creello

cuando el vencido rey refirió el caso.
Galalón con grandísimo desuello
montaba ya su jaca; pero al paso
le sale Astolfo y dice: «Tente, amigo;
la libertad que doy no habla contigo.

«Ten entendido, pillastrón villano,
que prisionero quedas en la guerra».
«¿Prisionero de quién?» pregunta Gano.
«Prisionero de Astolfo de Inglaterra»,
contesta el Duque, y luego de la mano
le toma, y dice, la rodilla en tierra:
«Señor, en honra vuestra le concedo
la libertad que retenerle puedo.

«Pero no la tendrá, si no jurare
del modo más solemne y más expreso,
que siempre y cuando yo se lo mandare,
por tres o cuatro días ha de ir preso;
y si él alguna vez lo rehusare
pues notorio es a todos cuanto en eso
de juramentos es desmemoriado,
vos me le entregaréis, señor, atado».

Jura Gano y rejure la promesa,
diciendo en sus adentros: «¿Qué me importa?»
Sucedió en tanto al miedo la sorpresa,
y ya a todos el júbilo transporta;
cuál da al inglés los brazos, cuál le besa;
toda alabanza les parece corta.
«Él ha salvado, el pueblo a voces canta,
la patria, la nación, la iglesia santa».

Por más que Carlomagno le festeja
que aun la corona le ofreció de Irlanda
constante en su designio a Francia deja,
y en busca ya de sus amigos anda;
pero antes que los halle, me semeja
que se arrepentirá de la demanda;
el tiempo lo dirá, si, Dios mediante,
la empezada labor llevo adelante.

Toma gozosamente su camino
la muchedumbre bárbara pagana;
el Sericán se fue por do se vino,
y en París Carlomagno se arrellana,

al cual, según barrunto, no imagino
he de volver en toda la semana;
que Reinaldos me llama, y me está Orlando
a más variado asunto convidando.

¡Hijo ilustre de Aimón! pisar te miro
esa ignorada playa, errante, incierto,
do tras tan largo, arrebatado giro
tu milagrosa barca tomó puerto.
Mas yo también por encontrar suspiro
barquero humilde, tímido, inexperto
seguro abrigo a mi bajel cascado
para volver al piélagos salado.

CANTO VIII

Rocatríste

La guerra es punto averiguado y fijo
que la dirige Dios, no la Fortuna;
y Dios de los ejércitos se dijo
por esta causa, y no por otra alguna.
Dando palabra de no ser prolijo,
quiero, pues la ocasión es oportuna,
hacer sobre este asunto una homilía
para edificación ajena y mía.

¿Visteis jamás tan grande pelotera?
¿Tanto gigante? ¿Tanto monstruo bravo?
Momentos hubo en que no sé si diera
por el cetro de Carlos un ochavo.
Viose él, y vio su corte prisionera;
paró su gloria en un desnudo cabo;
y cuando de salud no hay esperanza,
Astolfo llega, y la victoria alcanza.

Goliat, de una honda acerbo estrago,
Holofernes, que muere hecho una sopa,
y aquel a quien Tomiris con el trago
escarneció de la sangrienta copa,
de la prosperidad al blando halago
navegaron un tiempo viento en popa;
mas dejó su soberbia al fin postrada

un niño, una mujer, una nonada.

Vino el gran Corso, escándalo del mundo,
a quien un reino dio cada batalla,
y donde hallar pensó terror profundo,
firme virtud y heroicos pechos halla.
Al noble ejemplo, el brío moribundo
de Europa en repentino incendio estalla,
y el fallo que a un peñasco te deporta,
¡Napoleón! la tierra escucha absorta.

El vulgo estos portentos atribuye
a caprichos y juegos de Fortuna,
la cual se dice que a su antojo influye
en cuanto abraza el cerco de la luna.
Mas cuando a impulso débil se destruye
titánico poder, sin duda alguna
es porque el cielo al oprimido ampara,
y contra la injusticia se declara.

Y aunque es verdad que suelen algún día,
para probar la fe, vencer los malos,
ello la presuntuosa altanería
es humillada al fin y acaba a palos.
Mas ya lo veo os cansa la homilía,
y suspirando estáis por los regalos
de la apacible, deleitosa estancia
adonde aporta el Campeón de Francia.

El cual, no bien está la barca surta,
por la lozana orilla el paso mueve;
y atravesando perfumada murta,
estremecida al susurrar de un leve
soplo, que a el alma los cuidados hurta
y la fatiga al cuerpo, a rato breve
una fábrica mira grande y bella
que entre copados árboles descuella.

A un lado y otro, por diversas rutas,
florestas hay de pájaros pobladas,
pensiles, parques, lagos, templos, grutas,
por acá fuentes, por allá cascadas.
Deciros de las flores y las frutas
en jardines, vergeles y enramadas,
fuera juntaros cuanta copia opima
a cada suelo cupo y cada clima.

Conducen a la fábrica eminente
doce marmóreas gradas de colores,
y en columnas de pórfido esplendente
estriban tapizados corredores,
de donde, al manso embalsamado ambiente,
un divino concierto de cantores
y de instrumentos varios esparcía
torrentes de gratísima armonía.

Las flores y la música y la calma
que allí de los sentidos se apodera;
aquel süave olor que llega a el alma
y ya sólo al placer la deja entera;
y lo que en mi sentir lleva la palma
a lo demás, una gallarda hilera
de bellas ninfas, que a encontrarle viene,
todo al barón embelesado tiene.

Después de un gentilísimo saludo
una de ellas le dice: «Caballero,
dichosa la ocasión llamarse pudo
que te trajo a este albergue placentero,
do, si no está tu corazón desnudo
de humanas afecciones, como espero,
y lo anuncia tu garbo y apostura,
será, la que te aguarda, alta ventura».
Así diciendo, al caballero indica

el marmóreo portal del gran palacio;
luego una sala le recibe, rica,
maravillosa, de ovalado espacio;
festones la techumbre multiplica
de crisólito, de ópalo y topacio;
de alabastro el más cándido es el muro;
perfiles y cenefas de oro puro.

Entrando el caballero, en medio se halla
de bulliciosa juvenil cuadrilla
de hermosas ninfas, que al mirarle calla,
y le conduce a la más alta silla.
Una, terciada al hombro alba toalla,
hincada humildemente la rodilla,
una bacía de oro le presenta,
que los primores del cincel ostenta.

Otra, que deja en leve ropa gualda
brujulear las formas a la vista,
y prendida a la cinta lleva el halda,
y en el broche una cárdena amatista,
toma el aguamanil de una esmeralda
labrado, la más grande que fue vista,
y derrama al señor de Montalbano
líquido aroma en una y otra mano.

Otra dama tras esto, que, ceñida
la frente de arrayán, tiene por gala
única su beldad que, por mi vida,
la de la más encopetada iguala,
«A punto está, le dice, la comida»;
y la gallarda tropa, puesta en ala,
al buen señor de Montalbán se inclina,
y a do el banquete aguarda le encamina.

Junto allí se demuestra cuanto puede
excitar al más lánguido apetito,
y no sé si la copia al arte excede,
o si lo vario es más que lo exquisito;
pues reunido pareciera adrede
para que en este número infinito
de viandas con que al gusto se festeja,
vague la vista, en elegir perpleja.

De la mesa, que entolda entre follaje
verde una red de flores olorosas,
va el caballero al superior paraje
con cuatro damas de las más donosas.
Otras, arregazado el blanco traje,
coronada la sien de blancas rosas,
ministran; y una de ellas, que el divino
néctar servir pudiera, escancia el vino.

Cuando, acabada la soberbia cena,
descubierta quedó la mesa de oro,
a una gran cuadra van de antorchas llena,
do mientras danza alborozado coro
al compás de amorosa cantilena,
de suave cuerda y de metal sonoro
una discreta dama al distraído
barón se llega, y dícele al oído:

«¿Ves la ventura que te ofrece el cielo?»

Predestinola a ti la reina mía,
que de tu amor aguarda su consuelo,
y si quisieras más, más te daría».
Estaba el buen Reinaldos como lelo,
y a veces receloso se decía:
«¿A que el traidor de Malgesí me engaña,
y cuanto miro es todo una patraña?»

En esto el nombre oyó, por accidente,
de Angélica. Irritado basilisco
se vuelve, y con ceñudo continente
caricias, ruego, amor rehuye arisco.
No hay placer ni hermosura que le tiente;
se despeñara del más alto risco,
y en el más hondo abismo se echaría,
por no ver la que tanto aborrecía.

Por la primer salida, que halla abierta,
de esta, a su juicio, odiosa cárcel, huye.
«De nada aquí te servirá Frusberta
teniéndole, una dama así le arguye
lo postrero es del mundo esta desierta
ínsula, que ignorado mar circuye;
en prisiones estás, y no te queda
más arbitrio que hacértelas de seda».

Las cejas el francés airado enarca,
que sólo entonces fue descomedido;
y a la playa en demanda de la barca
corre, con el intento decidido
de abandonarse a ella, aunque la Parca
le dé por tumba el ponto embravecido.
Por la tropa de ninfas atropella,
llega al mar, ve la barca, salta en ella.

Mas heos aquí segunda maravilla:
por más que corta el agua con la espada,
así aparta la nave de la orilla
como si allí estuviese emparedada,
o a las ásperas rocas por la quilla
con cincuenta cadenas amarrada;
moverla no le es dado, más que al viento
sacar un farallón de su cimientó.

Estaba ya Reinaldos impaciente,
pensando si a las ondas se arrojase;

y al intentarlo, inesperadamente
de la costa el barquillo se desase,
y tomando la vuelta del poniente
sin que el barón la causa adivinase,
así va, que saeta no le iguala
en lo veloz, ni disparada bala.

El manto de la noche el mundo vela,
y en tanto el barquichuelo desalado
no corre por el agua, sino vuela;
y lo mejor si aún no lo he declarado
es que no se usa en él jarcia ni vela,
ni remo, ni timón; y tripulado
parece estar de duendes, y que sea
el mismo Satanás quien pilotea.

Da fondo en fin al despuntar la aurora,
que en nubes se embozó de infausto agüero.
Reinaldos desembarca, y una hora
anduvo sin destino y sin sendero,
cuando a un anciano ve, que gime y llora,
y le dice: «¡Ah Señor! Un bandolero
me acaba de quitar una hija amada;
de su inocencia y mi dolor te apiada».

Tiénela el tal en una selva espesa,
y a pie el de Montalbán y solo se halla;
mas no por esto rehusó la empresa;
antes presenta al robador batalla.
Conturbado el ladrón soltó la presa;
y luego, dando un silbo, atiende y calla;
apenas fue la seña oída, el puente
calan, de un gran castillo, que está enfrente,

de donde un jayanazo de morena
faz, erizado pelo y mirar torvo,
sale, y un dardo trae y una cadena
que el un extremo tiene agudo y corvo.
Y sin decir razón mala ni buena
el dardo arroja, que, no hallando estorbo
en el escudo, el fino arnés horada
del paladín, y encarna una pulgada.

Rió Reinaldos desdeñosamente,
que no quedó del tiro muy contento.
A castigar la injuria fue impaciente;

pero el bribón le adivinó el intento;
la espalda le volvió y hacia otro puente
que de uno y otro lado tiene asiento
sobre berruecos de áspera barranca,
corrió como en huida, a toda zanca.

Hay en medio del puente una argolluela;
de ella el gigante la cadena traba
metiendo el gancho, y cuando ve que vuela
el paladín tras él con furia brava,
y al puente se abalanza sin cautela,
el traidor, que otra cosa no aguardaba,
tira de la cadena, y al instante
húndense paladín, puente y gigante.

Jamás se vio invención tan rara y nueva.
Aturdido Reinaldos del porrazo,
rodando fue hasta el centro de una cueva,
en donde pie con pie, brazo con brazo,
le ata el jayán, que al hombro se le lleva,
diciendo: «No nos dieras embarazo,
y te estuvieras a pie quedo en casa,
y no te pasaría lo que pasa».

El lance, por mi vida, es apurado.
«¡Cómo Fortuna en su rigor se extrema!
dice el barón, ¿quién pudo haber pensado
tan nueva y nunca vista estratagema?
Pero que pinte lo que quiera el dado;
¡perdí el honor! ¿Qué azares hay que tema?
Lo que siento es morir como un baldío,
atado pies y manos, y hecho un lío.

«¡La voluntad de Dios cumplida sea!»
Llegan en esto al puente del castillo,
do de osamenta descarnada y fea
ocupado se ve cada portillo;
aquí una triste víctima boquea;
allá cuelga un cadáver amarillo;
de sangre están teñidos muro y suelo;
todo señales da de espanto y duelo.

Mas no el color por esto se le muda
ni al miedo da cabida el caballero.
Envuelta en largas ropas de viuda
una vieja recibe al prisionero,

de avellanada tez, flaca, barbuda,
y de un mirar desapacible, austero.
«Menguada fue la hora en que viniste,
dice, a jurisdicción de Rocatriste.

«Pero hallándose el número cumplido
de víctimas que mueren cada día,
según el rito ahora establecido
en esta malhadada estancia mía,
ten, si en algo lo estimas, entendido
que tu fin no es llegado todavía;
mas de la luz despídete, que es ésta,
¡mezquino!, la postrera, que te resta».

Al solitario albergue de un oscuro
sótano el caballero es conducido,
en que un lecho le aguarda angosto y duro
y un pedazo de pan enmohecido.
Juzga llegado el término inmaturo
de su vida, y lo toma a buen partido,
que sin honor la vista le es amarga
del mundo, y el vivir pesada carga.

Postrado a la fatiga y la tristeza,
del ánima mortal doble beleño,
reclinó, como pudo, la cabeza,
y abandonose, sin sentir, al sueño.
Mas no ha dormido el infeliz gran pieza,
cuando tocar se siente, y al pequeño
resplandor de una lámpara expirante,
el bulto de la vieja vio adelante.

La cual así le habla: «Caballero,
tu presencia gentil tanto me obliga,
que una proposición hacerte quiero
con que evitar tu muerte se consiga.
Mas por que entiendas mi designio, el fuero
que aquí se guarda es menester te diga,
y que con harta pena haga memoria
de una sangrienta y lamentable historia.

«Un caballero fue, de gran riqueza,
señor de este castillo y tierra un día;
a todos hospedaba con franqueza;
en pompa grande y esplendor vivía;
a gentes de valor y de nobleza

sobremanera honraba y distinguía;
y tuvo una señora por esposa,
tanto como leal y casta, hermosa.

«Ella, que de hermosura fue un lucero,
era llamada, no sin causa, Estela;
llamábase Damón el caballero,
y el castillo que miras, Orcancla,
que en Rocatriste conmutó el primero
nombre por lo que oírás en la secuela.
Damón, por una selva, que cercana
está a la mar, cazaba una mañana.

«Y como a un caballero acaso viera
correr el monte en forma de batida,
según costumbre suya a todos era,
a su castillo y mesa le convida.
Mi marido era el tal ¡nunca lo fuera!;
Marquino, duque entonces de Fonfrida;
y, como los demás, es hospedado
en Orcanela, y grandemente honrado.

«Pues, como lo ordenó fatal estrella,
puso el huésped los ojos en la dama,
y al punto enamorado quedó della,
que siempre amigo fue de ajena cama;
mírala tan honesta como bella,
y tanto más su loco ardor se inflama;
ya no entiende ni piensa en otra cosa
que en robar a Damón la cara esposa.

«De Orcanela se va; mas a la grupa
algún genio infernal pienso que lleve,
que para el robo en que la mente ocupa
le sugiera el ardid más ruin y aleve.
Arma escondidamente una chalupa,
de noche se hace al mar, y aporta en breve
a un oculto lugar de esta ensenada,
y pone a poco trecho una celada.

«Como sonando el cuerno iba Marquino
la siguiente mañana, el sin sospecha
Damón, gozoso a saludarle vino,
y al cuello aquel traidor los brazos le echa.
Cabalgan juntos por aquel camino,
y mi marido, haciendo la deshecha,

frecuentemente vuelve atrás la cara,
como si alguna cosa se dejara.

«Revolver, dice el otro, justo fuera,
si algo os dejáis que os tenga con cuidado.
Es un lebrel que estimo en gran manera..
dice Marquín, mas daros temo enfado.
No haréis tal. Y esto dicho, a la ligera
vuelve Damón las riendas, y el malvado
le lleva a do emboscada está su gente;
muerto fue el infeliz traidoramente.

«Con su propia bandera es el castillo
tomado; en él no dejan alma viva;
uno muere a dogal, otro a cuchillo;
y de sentido a Estela el susto priva,
en quien el más que bárbaro caudillo,
como la ve que alienta apenas, iba
a poner su nefario intento en obra,
cuando ella del desmayo se recobra.

«Fuerzas le da el honor, y a brazos lucha
con este hombre crüel cuanto lascivo,
que gemidos y súplicas no escucha,
antes le sirve el llanto de incentivo.
Bien se defiende Estela; pero es mucha
la desventaja; y ya el denuedo altivo
siente que mengua, y sin aliento se halla
para tan fiera y desigual batalla.

«Mas aunque el cuerpo es débil, no así el alma,
ni el puro corazón, leal y honesto;
por otro estilo quiere ver si calma
de su enemigo el desalmado arresto.
Señor, le dice, es tuya al fin la palma;
mas ¿qué placer en medio del funesto
teatro que tenemos a la vista,
pudiera hacerte dulce la conquista?

«¿Puede dar gusto una mujer sin vida,
víctima del dolor y del espanto?
Si dejar que olvidada y escondida
vaya a un claustro a llorar, te cuesta tanto,
permíteme a lo menos que te pida
un plazo breve a la amargura y llanto
que a un amor fino, aunque infelice, debo,

antes de dar oídos a otro nuevo.

«Concédeme que lllore un solo día
y a mi caro Damón dé sepultura;
después tu voluntad será la mía,
y me resignaré a mi desventura.
Si por piedad, honor, caballería
esta breve merced se me asegura,
no digo yo que te amaré, sí digo
que a sempiterna gratitud me obligo.

«Esto propone por si algún vecino
socorro llega, aunque en tan corto plazo;
pensando, si no ve mejor camino,
a veneno morir, a espada o lazo,
antes que consentir del asesino
de su marido el detestable abrazo;
ni pareció, llegada al trance estrecho,
ser su resolución de inestable pecho.

«Después de haberlo el duque masticado,
últimamente admite la propuesta.
Viene en el entretanto un fiel criado,
y el caso por menor me manifiesta.
Dice también que el duque le ha mandado
que una droga mortal le tenga presta;
que conmigo a comer vendrá Marquino,
y él mismo ha de mezclármela en el vino.

«¿Por qué una vida sola se escondía,
traidor Marquino, en ese infame pecho,
y no da a mis venganzas cada día
pasto tu corazón pedazos hecho?
Si un infierno, señor, el alma mía
se vuelve ahora, recordando el hecho,
qué debí de sentir, fresca la ofensa,
y reciente la herida, tú lo piensa.

«En el castigo lo verás patente
que yo tomé de mi ofensor villano.
Dos niños tuve de su vil simiente.
Maté al mayor con esta propia mano.
Estaba el pequeñuelo allí presente,
y mirándome herir al pobre hermano,
madre, decía, madre, no tan duro;
asiéndole de un pie le estrello al muro.

«Luego apartando enteras las cabezas,
los tiernos cuerpezuelos descuartizo,
y los divido en mil menudas piezas.
Aún hoy de referirlo me horrorizo,
después que asombros tantos y crüezas
han vuelto en mí lo humano un ser postizo.
Paréceme tener aquí delante
la carne de mis hijos palpitante.

«Mas me vengué; del hecho no me pesa.
Vuelve, pues, mi marido, y con traidora
cara se llega a mí, me abraza y besa.
En varios platos se le sirve ahora
la carne de mis hijos a la mesa;
él mismo que los hizo los devora.
¡Oh sol! tú que lo viste, ¿cómo el paso
no apresuraste a hundirte en el ocaso?

«Valida yo, no sé de cuál pretexto,
dejé la mesa, y con aquel criado
salgo oculta de casa, y voyme presto
a la frontera del vecino Estado,
cuyo señor, que se llamaba Ernesto,
era primo de Estela, y ya avisado,
para salvar, si era posible, a Estela,
marchaba con los suyos a Orcanela.

«Pues Marquino, que de esto nada sabe,
mi ausencia nota, y manda en busca mía.
Cerrado estaba mi aposento a llave;
la llave falta; llaman; nadie abría.
Cuidadoso Marquino, y algún grave
suceso recelando, a tierra envía
de un puntapié las cerraduras; entra,
y lo que menos imagina encuentra.

«Retrajo el paso, dando un recio grito.
Las dos cabezas vio en una bandeja;
y este letrero, de mi mano escrito,
nada en el caso que dudar le deja:
Tus hijos son; matolos tu delito;
mi venganza en sus carnes te festeja;
sepulta lo que dellos te ha quedado;
lo demás ya en tu vientre has sepultado.

«Mas, recobrado del horror primero,
de indicios varios, que juntar procura,
coligiendo mi fuga y paradero,
venganza contra mí y Ernesto jura;
las armas pide y un bridón ligero,
y pártese a Orcanela en derecha,
no sea que, si tarda, Ernesto equipe
su gente, y a esperarle se anticipe.

«La medianoche o poco menos era,
cuando aquí pareció con su mesnada.
Protesta que la víctima primera
que ha de ser a sus iras inmolada
es el honor de Estela prisionera,
y que ya de sus brazos no habrá nada
que la defienda, y que su gusto estorbe,
si bien se armase en contra suya el orbe.

«A Estela hace llamar. Llega la dama
con pálido semblante y lagrimoso;
y conociendo el fin con que la llama
y que es el resistirle infructuoso,
atenta ya a cumplir lo que a su fama,
tiene jurado y al difunto esposo,
sígueme, respondió; y a una vecina
cuadra con lento paso se encamina.

«Y pisado el umbral, osada y presta
un puñal en el pecho se sepulta.
Hállase, en medio de la cuadra, puesta
el arca triste que a Damón oculta.
Bañada en sangre encima se recuesta,
y al hombre aborrecido que la insulta,
en vez de la beldad que estaba cierto
de profanar, dejó un cadáver yerto.

«Fuese despecho vengativo, o fuese
que el nefando banquete de aquel día
turbados los sentidos le tuviese,
dicen que aun no era parte todavía
este caso funesto, a que cediese
del intento brutal con que venía;
horrorizado, al fin, de allí se aleja,
y a recibir a Ernesto se apareja.

«Ernesto y yo llegamos con la aurora.

Brevemente la roca fue tomada,
y a mi vista exhaló su alma traidora
de mil modos Marquín martirizada.
A la demás caterva malhechora
pasamos por el filo de la espada,
y a la dama se dio sepulcro honroso
a par del caro malogrado esposo.

«Ernesto se volvió; yo en este ajeno
castillo pensé hallar mansión segura.
Era casi pasado el mes noveno,
cuando a deshoras, una noche oscura,
se oyó una voz que, como ronco trueno,
brama en la embovedada sepultura,
lecho postrero de Damón y Estela;
voz que de susto y pasmo a todos hiela.

«Tres gigantes dejó conmigo Ernesto
para atender a la defensa mía.
El que de ellos mostró mayor arresto
fue a ver lo que en la tumba sucedía;
y violo, el pobre, demasiado presto,
porque no bien el suelo removía,
cuando al bramar de la honda voz parece
que el orbe, no el castillo, se estremece.

«Y un monstruo que abortar quiere la tierra,
solevantando la funérea losa,
alza una garra, que al gigante afierra,
y a sí le trae con fuerza poderosa.
Luego que entero y vivo lo sotierra,
un tanto la tremenda voz reposa;
mas al siguiente día otra vez muge,
y el castillo, otra vez temblando, cruje.

«Hombre no se encontró de tan seguro
corazón, que bajar allá quisiera.
Yo en torno mandé alzar un grueso muro,
y que con una máquina se abriera
la cripta sepulcral, de do un impuro
contrahecho vestiglo salió fuera.
de temeroso aspecto y forma rara,
cual verás, si quisieres, cara a cara.

«Es tal su condición, que no hay manera
de que otra carne en vez de humana pruebe;

y si no es que a menudo a la barrera
en que encerrado brama se le lleve
algún mezquino que a sus manos muera
y su voraz horrenda gula, cebe,
el fuerte muro a garra y cuerno prueba,
y en todos el espanto se renueva.

«Así que, como ves, dura, forzosa
necesidad es nuestra usanza y fuera,
ni te parezca, practicable cosa
trasladarme a otro sitio, aunque quisiera;
hácenme mis delitos tan famosa,
y tanto me odia el mundo y vitupera,
que no me resta en parte alguna asilo
do esperar pueda un porvenir tranquilo.

«Oye, pues, lo que voy a proponerte:
sé mi esposo, y señor de este castillo;
que si bien es un don de baja suerte
el que te ofrezco, y de pequeño brillo,
quizá, si lo comparas con la muerte,
encontrarás razón de preferirlo;
de otro modo ya sabes que te espera
temprano fin en garras de la fiera».

Luego que el buen Reinaldos hubo oído
este prolijo lastimoso cuento,
y casi a carcajadas ha reído
oyendo de la vieja el pensamiento,
así le dice: «Madre, yo te pido
que me permitas ir a ese sangriento
bruto, fantasma, o lo que fuere, armado
como me ves, y con mi espada al lado».

Ceñuda ella responde: «Haz lo que quieras.
Sábetete que eso mismo ha de valerte
el ir armado, que si no lo fueras;
que al fin a lo que vas es a la muerte.
¿Qué espada, ni qué arnés, ni qué quimeras?
Sus uñas rasgan de la propia suerte
el hierro que la seda, y no hay tan fino
acero, que en su piel se abra camino.

«Pues que te desagrada mi propuesta,
condescender a tu demanda quiero».
Llegada la mañana, a la funesta

arena es descolgado el caballero.
He aquí el bravo animal; he aquí que a presta
carrera el más valiente huye primero,
y de sus uñas, aun con ser el muro
tan alto y grueso, no se cree seguro.

A paso va Reinaldos, aunque tardo,
firme, desenvainada su Frusberta.
Mas ¿para cuándo a retratar aguardo
esta alimaña en bruto y diablo injerta?
Que diese el ser a este animal bastardo
el diablo y lo amasase con la yerta
carne y la sangre de Marquino helada,
dice el autor que es cosa averiguada.

De Damón fue erigido el monumento
en subterránea bóveda espaciosa
que sostiene un bruñido pavimento,
do dice en letras de oro negra losa:
«Bajo esta piedra el fúnebre aposento
se oculta de Damón y de su esposa;
dechado él de caballeros; ella
de fe constante y de hermosura estrella».

Tirado, pues, a un lóbrego escondrijo,
no lejos del marmóreo mausoleo,
de infernal padre abandonado hijo
que de ninguna madre fue recreo,
poco a poco el diabólico amasijo
desarrollose horriblemente feo,
hasta que, en vez del infantil vagido,
aquel baladro aterrador fue oído.

No era menor que un buey en el tamaño,
con dos agudas astas en la frente;
los ojos de un color de fuego, extraño,
y de un jeme de largo cada diente;
gruesa la piel, de amoratado paño
y verdinegras pintas, cual serpiente;
prolija barba de sanguazas llena;
cerdosa y desgredada la melena.

Rollizos miembros tiene como un oso,
y en corvos garfios cada cual termina.
Tiene el aspecto falso y alevoso,
y la mirada de intención dañina.

Cuando, como acostumbra, está furioso,
los dientes con tremendo son rechina;
brama, cual nube que preñada estalla;
con uñas, cuernos, dientes, da batalla.

Tales las señas son del endiablado
bruto, según le pinta don Turpino.
Habiéndose a Reinaldos encarado,
fuesele aproximando pian pianino.
Creyendo ya entre dientes el bocado,
sobre los pies traseros hace un pino,
y se abalanza, la boca abierta.
Tremendo tajo descargó Frusberta;

Mas, aunque en el testuz se lo hace bueno,
no le ocasiona un átomo de daño.
Brinca al francés la fiera, hecha un veneno,
y con la diestra esgrímele un araño.
Aquella vez no le acertó de lleno;
pero un pedazo llévale tamaño
del ancho escudo con el corvo artejo,
y rásgale la cota y el pellejo.

Reinaldos otro golpe le segunda,
y otro tras éste, y otro sin tardanza.
Brama la fiera al recibir la tunda,
y por los ojos llamaradas lanza;
mas no le es dado que pavor infunda
a Montalbán, que lleno de esperanza,
ora esgrime de lado, ora de frente,
de tajo y de revés, y a manteniente.

Aunque del caso lo peor le toca,
con renovado ardor cada vez carga.
Anda la bestia, que se vuelve loca,
ya por asir la espada, ya la adarga;
con los cuernos embiste, con la boca;
ora el un brazo y ora el otro alarga;
bate la cola, eriza la guedeja,
y al enemigo respirar no deja.

Reinaldo en cuatro partes está herido.
¿Quién vio jamás igual atrevimiento?
Se ve maltrecho, y no se cree perdido;
mengua la sangre, y crécele el aliento;
y tomó ciertamente aquel partido

que era propio de un hombre de talento,
que, si no vence, a manos de la fiera
o a las del hambre, es menester que muera.

Empezaba a ponerse el cielo oscuro,
y la reñida lucha no cesaba.
El paladín la espalda arrima al muro,
y con su sangre la armadura lava;
mas antes de morir quiere dar duro.
Frusberta cada vez está más brava;
si el cuero no penetra, firme y tieso,
a lo menos magulla carne y hueso.

Reinaldo envida el resto a una jugada:
¡Oh cuál zumba la espada tajadora!
Mas ¡ay! el animal de una uñarada
se la quitó. ¿Qué harás, Reinaldo, ahora?
La vida y la batalla es acabada:
seguramente el monstruo te devora.
Siento a los ojos asomar el llanto;
¡ah! permitidme suspender el canto.

CANTO IX

Flor de lis

Raza humana infeliz, que en cuanto tienes
alrededor de ti desde la cuna
no ves más que mudanzas y vaivenes,
y permanente condición ninguna,
¿por qué apegarte a los falaces bienes
que da y quita a su antojo la Fortuna,
si al voltear primero de su rueda
huyen, y apenas rastro dellos queda?

Todo lo muda esta deidad liviana;
sólo en su inestable genio nada innova;
a la belleza, flor caduca y vana,
cualquiera cierzo los matices roba;
pace la errante grey yerba lozana
do reyes albergó dorada alcoba;
de aquella torre que era el viento asombro,
sólo acá y acullá se ve un escombros.

¿Qué resta de Babel? Ni una vislumbre.
Remolinos de polvo humilde loma
cubren, que sustentó la pesadumbre
de sus murallas y pensiles. Roma,
de la soberbia humana última cumbre,
cebose en ti del tiempo la carcoma,
y la grandeza que hubo dicho Nunca
pereceré, roída yace y trunca.

Esa momia que en bátratro profundo
sumida está y en decadencia extrema,
de antiguo imperio que dio espanto al mundo,
es ya reliquia y juntamente emblema.
Cayó del sacro altar al cieno inmundo
el ídolo, y el himno es ya anatema.
Un trozo de estructura arquitectónica
es de alguna ciudad toda la crónica.

¡Cuánta grandeza es un gastado escrito,
que no pudo salvar la piedra misma,
y en que con vano estudio el erudito
para deletrearlo se descrisma!
¡Cuánto padrón de bronce y de granito
el Tiempo en sempiterna noche abisma!
¡Cuánta dominación, poder y gloria
apenas un renglón legó a la historia!

Mas, ¿a qué fin el pensamiento busca
lecciones en lo antiguo y lo distante
de la fatalidad que hunde y ofusca
lo más noble y espléndido y gigante?
¿A qué la fama asiria ni la etrusca
interrogar? ¿A qué poner delante
el gran cadáver, que al desierto agobia,
de la ciudad ilustre de Cenobia?

Ved lo que ayer no más Reinaldos era,
a gozar un imperio convidado
y el lecho de una dama placentera,
de músicas y danzas rodeado;
y miradle hoy en garras de una fiera
tan de humano favor necesitado,
que hasta su espada fiel le desampara,
y está viendo a la muerte cara a cara.

Pero dejo al barón de Montalbano,
que una beldad me aguarda, a quien tan fuerte
afán aqueja ahora y tan tirano
como a Reinaldos, aunque de otra suerte;
lucha aquél con la muerte mano a mano,
y esotra llama a voces a la muerte,
a la muerte, que sorda a su querella,
no se digna venir a socorrella.

Si os acordáis de aquella Niña hermosa
que en demanda envió del caro ausente
a Malgesí, no extrañaréis que ansiosa
de su llegada, los minutos cuente.
El que anhelando estaba alguna cosa
y la aguardó gran tiempo mayormente
si era cosa de amor, la pena arguya
de Angélica infelice por la suya.

Reside ahora Angélica en la Albraca;
y desde el alto alcázar donde habita,
escucha el sordo embate y la resaca
de la vecina mar, que el austro agita.
La grande hueste tártara no ataca
las murallas aún; sólo la grita
se oye de alguna banda que destruye
las cercanías; tala, quema, y huye.

Vuelto el hermoso rostro a la marina,
si alcanza a ver algún bajel lejano,
«Allí sin duda, exclama la mezquina,
allí viene el barón de Montalbano».
Que cercano cabalga se imagina,
si cuádruple herradura pulsa el llano.
No hay carro, no hay carroza, no hay carreta
en que verle llegar no se prometa.

Volvió en fin Malgesí; mas ¡ay! volvía
¿quién tal pensara? con muy mal recado;
de hombros el pobre mago se encogía,
mohino, taciturno, amostazado.
«¿Qué es de tu primo?», dice inquieta. Huía
de sus mejillas el matiz rosado;
temblaba; y lo peor juzgando cierto,
llorosa exclama: «¡Ay desgraciada! Es muerto».

«No es muerto aún así responde el mago;

pero no pienso que gran cosa falte,
ni que difiera el postrimero trago,
si no se vuelve halcón o gerifalte.
Tiene, señora, al amoroso halago
forrado el pecho en diamantino esmalte;
y de su propia vida no se cura
más que de mi amistad o tu ternura».

Tras esto le contó punto por punto
cómo le trajo a la fatal ribera
de Rocatriste, y que le tiene a punto
de ser despedazado por la fiera.
La vista fija y el color difunto,
escucha aquella historia lastimera
la amante Niña, y tal dolor le asalta
que en tierra cae, de sentimiento falta.

Y recobrada dice: «¡Mal nacido!
Yo haré que de tan negra acción te pese.
¿Su muerte por ventura te he pedido?
El modo de arrancarme el alma es ése.
¿No juraste traerle, fementido?
¿Hacerle no ofreciste que viniese
a consolar mi pecho enamorado?
¿Y dónde está el consuelo que me ha dado?

«¿Pudo ser que designio tan injusto
contra tan noble vida en ti cupiera?
Ni te valga decir que por mi gusto
le sacrificas; porque, dime, ¿no era
mal menos grave y término más justo,
si uno hubo de morir, que yo muriera?
¿Ignorabas, traidor, que en nada estimo
el trono ni la vida sin tu primo?

«¡Triste! Cuando esperaba con mi mano
mis paternos dominios ofrecerte,
y a despecho del tártaro Agricano,
esposo mío y rey del Asia hacerte,
yo misma te conduzco a fin temprano,
yo te doy, yo, la más horrible muerte;
mas con mi vida y con la de este impío
juro darte venganza, ídolo mío».

El mágico le dice: «Darle ayuda,
si quieres, es posible todavía;

mas importa que presto se le acuda,
o la resolución será tardía.
A ti el hacerlo toca; y si no muda
este nuevo favor su rebeldía,
de bronce es menester que tenga el pecho,
y no de sensitivas fibras hecho».

Dice; y le da una lima y una cuerda,
que a manera de red teje y compone,
y una pasta de pez, que al que la muerda,
las dos quijadas pegue y aprisione.
Luego que con la dama el caso acuerda,
y Angélica a la empresa se dispone,
un diablo llega, a quien montada encima,
vuela, llevando red y pasta y lima.

En tanto por momentos se le gasta
a Reinaldos la fuerza, aliento y vida;
que si con su Frusberta apenas basta
contra enemigo tal, ¿qué hará, perdida?
¿Cómo esquivar el diente y garra y asta
de la bruta alimaña embravecida,
que a un lado y otro tarascadas echa,
y le fatiga sin cesar y estrecha?

Una gran viga a siete varas de alto
empotrada está a dicha en la muralla.
Reinaldos que la mira, y que ya falto
de todo otro recurso humano se halla,
juntando cuantas fuerzas pudo, un salto
desesperado da por alcanzalla.
Dos brazas se levanta de la tierra,
y con la diestra mano el leño afierra,

Luego sobre los brazos se alza en peso,
y a horcajadas en él quedó sentado.
Maravilloso fue, raro suceso;
pero es poco en verdad lo que ha ganado;
pues entre insuperables vallas preso,
en medio a cielo y tierra colocado,
fuerza es se rinda al hambre, a la molestia,
a la intemperie, o lidie con la bestia.

Ya la noche tendió su capa bruna,
y él, que no ve otro abrigo ni otra cama,
sobre la viga, al fresco de la luna,

se acomodó, como cuclillo en rama.
A sus pies está oyendo a la importuna
fiera, que sin cesar rezonga y brama,
y en esto por el aire un bulto mira
que ya se acerca y ya se le retira.

Echó luego de ver que era una dama,
y tardó poco en conocer quién era;
y tanto en ira el pecho se le inflama,
que duda si se arroje o no a la fiera.
Ella de lejos tiernamente llama,
y le habla en dulce voz de esta manera:
«Mucho, señor, me pesa verte puesto
por causa mía en trance tan funesto.

«No ha sido mi intención que de mal grado
el placer me otorgaras de tu vista,
sino con voluntad y con agrado;
que a fuerza un corazón no se conquista.
Imagínate, pues, lo que el estado
en que te llego a ver, duele y contrista
a quien el alma y vida, prenda cara,
por ti sin vacilar sacrificara.

«Cese la ingratitud, cese el desvío,
y no a ofensa me imputes el quererte.
Ven a mis brazos, ven, que yo confío
en salvamento y libertad ponerte.
¿Cuál humano favor, si no es el mío,
puede salvar tu vida de la muerte?
¿O a tanto llega tu desdén tirano,
que aun la vida no quieres de mi mano?»

«¡Mujer! le respondió ciego de enojo
¿a qué venís aquí? No os he llamado:
ruégoos que me dejéis en paz; escojo
antes morir que veros a mi lado.
Al punto mismo, si no os vais, me arrojó
a ser por esta bestia devorado».
Ella, que tanto al inhumano adora,
que aun su desdén la encanta y la enamora,

Dícele: «Voy, señor, a obedecerte,
que otra cosa, aun queriendo, no podría;
y si gusto llevaras en mi muerte,
la muerte con mis manos me daría».

Terminado el coloquio de esta suerte,
desciende en la infernal caballería
la dama, y de los lomos de su diablo
salta a la arena del murado establo.

Tira al monstruo la pez; la red coloca.
Creyendo ser alguna golosina,
abre el animalón tamaña boca
para engullir la pasta peregrina,
que pega de tal modo cuanto toca,
y así lo traba, así lo conglutina,
que arte ni fuerza a separarlo basta;
tal era la virtud de aquella pasta.

Como se siente presas las quijadas,
el monstruo más que nunca se enfurece,
y lánzase, tirando manotadas,
hacia donde la dama estar parece;
pero de bruces da en la red, y atadas
manos y pies, inmóvil permanece.
La dama, que a Reinaldos creo seguro,
parte volando por el aire oscuro.

Pasa la noche; el nuevo sol despierta;
presa la fiera ve el de Montalbano;
y creyendo que Dios le abre la puerta
de salvación, ligero salta al llano,
y a repetidos golpes de Frusberta
matarla intenta; pero suda en vano;
que a tajarle la piel no era bastante
el filo más agudo y penetrante.

Ya que por este medio nada espera,
de otro modo pensó salir con ello:
montándose a horcajadas en la fiera,
los brazos le echa en firme nudo al cuello,
y apretole las piernas de manera
que casi la ha privado del resuello;
como dos brasas se le ponen rojos,
y salen de las cuencas ambos ojos.

A la fiera el aliento se le apoca,
y tanto más el caballero afana.
Apretando los dientes y la boca
colorado se puso como grana,
hasta que enteramente la sofoca,

y exhalar le hace el ánima villana,
que con aullido horrísono se queja,
y en paz, por fin, a Rocatriste deja.

Reinaldos, terminada la batalla,
busca por do salir al campo raso;
y cercado se ve de alta muralla,
menos donde una reja impide el paso;
de gruesos hierros intrincada malla,
que ofrece aun a la luz camino escaso.
Reinaldos pugna por echarla abajo;
pero pierde su tiempo y su trabajo.

A treparla arremete, mas de espesas
agudas púas erizada estaba.
La asalta con la espada; ni por ésas.
En suma, el paladín se la tragaba
que el término era aquél de sus empresas,
si por algún milagro no escapaba.
Perplejo está además; el caso estima
desesperado. En esto ve la lima.

La lima que dejado adrede había
en aquel sitio Angélica la bella.
Pensando que algún santo se la envía,
las densas barras va a probar con ella.
Lima que lima estuvo medio día,
y poco a poco el duro hierro mella,
hasta que logra abrir capaz portillo,
por donde sale al patio del castillo.

La cosa por desgracia vio un gigante,
y echó a correr como un espiritado.
«¡Favor! ¡favor!», gritaba aquel tunante;
el bando infame se presenta armado;
cuál una pica trae, cuál un montante,
cuál cimitarra y cuál bastón ferrado.
Más de unos treinta de esta buena gente
sobre Reinaldos dan súbitamente.

Pero miles que fueran, buen despacho
de todos ellos el francés haría.
Jurando hacer añicos al gabacho
viene un jayán, y añaden que tenía
como de un palmo o más cada mostacho;
era el que a Montalbán pescado había.

Reinaldos de un revés le abre la panza,
y a los demás sin detenerse avanza.

Envía por la posta al otro mundo
tres, cuatro, cinco, seis, una docena,
a cuantos llega el hierro furibundo
taja, rebana, pincha, abre, barrena.
Los otros no aguardaron un segundo,
que escarmentaron en cabeza ajena.
Déjalos ir, y embiste a una estacada
que le defiende a lo interior la entrada.

No estima su victoria por completa,
si de aquella mansión de sangre y crimen
no escudriña la parte más secreta,
donde imagina que cautivos gimen
seres humanos, que librar compete
de los follones que al país oprimen.
A demoler se pone la estacada
con el filo y el puño de la espada.

Pues el otro jayán que presumía
ver el toro a su salvo en talanquera,
y ve casi postrada a la porfía
de los tremendos golpes la barrera,
qué partido tomase, discurría.
De armarse al fin le dio la ventolera,
y no curó de lo que más a cuento
le estaba, que era hacer su testamento.

Se le conoce en la fruncida ceja
que el importuno paladín le enoja.
Reinaldo a poco andar en paz le deja,
enderezando al corazón la hoja.
Oído el caso, la maldita vieja
desde el más alto mirador se arroja;
pero no llega al baldosado suelo,
que Satanás le echó la garra al vuelo.

A ejecución los malhechores saca
uno que de verdugo hace el oficio.
A los demás, humilde turba y flaca,
el caballero se mostró propicio;
y luego que la sed y el hambre aplaca
y las heridas unge, desperdicio
no quiere hacer del tiempo; sale al raso;

mas no toma la vuelta del ocaso.

Bien que de allá con poderoso encanto
le tire el siempre dulce patrio nido,
pero ¡cuán vivo en él su oprobio, y cuánto
más penetrante sonará a su oído!
Piensa que Francia del común quebranto
le pide cuenta y del honor perdido;
ve que en el templo y en la regia sala
el dedo de la infamia le señala.

En la marina aguárdale la barca
que le condujo a tan aciago puerto;
pero esta vez Reinaldos no se embarca,
antes a pie, con paso y rumbo incierto,
cruza de Rocatriste la comarca,
desnudo y melancólico desierto.
Cabalga en tanto Astolfo, y en Pesquisa
dél y Roldán distante suelo pisa.

De París, como os dije, despedido,
la milagrosa lanza lleva en cuja,
empedrado de joyas el vestido,
obra maestra de curiosa aguja.
En lo galán, lo airoso y lo pulido
ni moro ni francés le sobrepuja.
Las riendas rige del gentil Bayardo
el caballero insigne del Leopardo.

Y de una en otra vino a dar un día
en no sé cuál provincia sarracena,
do Sacripante, rey de Circasía,
una revista general ordena,
y al tártaro Agricano desafía
con muchedumbre innumerable, ajena
y propia; no en verdad estimulado
por la codicia o la razón de estado.

Sólo el amor de Angélica le incita;
y marcha a refrenar la torticera
soberbia de Agricán, que solicita
hacerla su mujer, quiera o no quiera;
y esta demanda a la princesa irrita
de modo tal, que a toda el Asia altera;
y en armas puesta, a su defensa llama
a cuantos capitanes hay de fama.

A Sacripante sobre todos ruega,
que la ama a par del alma y de la vida,
y tanta valerosa gente allega
que ni Agricán ni el mundo le intimida.
A la sazón el duque Astolfo llega;
y en viéndole el Circaso le convida,
pagado asaz de su briosa traza,
a que en servicio suyo siente plaza.

«Caballero, le dice, la soldada
que pidas te daré por tu persona».
«Dame, responde Astolfo, si te agrada
que yo te sirva, el cetro y la corona;
porque quiero que sepas que con nada
menos mi brazo y fe se galardona;
que estoy desde la cuna acostumbrado
a ser obedecido, no mandado.

«Y para demostrarte claramente
que no soy, como piensas, ningún porro,
si, atado un brazo, a ti y toda tu gente
no venzo luego y desbarato y corro,
estas armas que miras, Rey potente,
quiero trocar por un mandil y un gorro;
y si hay entre vosotros quien se atreva
a dudar de mi dicho, haga la prueba».

Volviéndose a los suyos el Circaso,
luego que del inglés oyó el lenguaje,
«¿No es, dice, caballeros, fuerte caso
que un hombre, al parecer, de alto linaje,
tan rematado esté? ¿No hubiera acaso
para volverle el seso algún brebaje?»
«Él es loco de atar, dicen, y poco
sacarás de meterte con un loco».

Viendo que nadie le replica nada,
a gran galope Astolfo se retira.
Mucho su gentileza es ponderada.
Mucho al caballo el Rey mira y remira,
y cuanto más le observa más le agrada,
y con más fuerza la afición le tira;
tanto que va tras él, ligero empeño
imaginando el desmontar al dueño.

Corriendo en tanto el Duque a la ventura
con otro joven caballero topa
de marcial continente y apostura.
Llevando al anca una mujer, galopa,
a quien, no siendo Angélica, hermosura
no tiene igual ni el Asia ni la Europa.
Es Brandimarte el nombre que la fama
da al caballero, y Flordelís la dama.

O porque amor el pecho le heriría,
o por otra razón que no adivino,
en viéndole el inglés le desafía
parándosele en medio del camino:
«Alto allí, caballero, le decía,
probarte con la lanza determino,
que es para otro que tú tan rica perla.
Prepárate a dejarla o defenderla».

«Primero dejaré, dice el pagano,
no que una vida sola, una docena.
Pero si venzo yo, ¿qué es lo que gano?
que dama no la traes mala ni buena.
Hagamos la partida de antemano,
como es razón; si la fortuna ordena
que en esta lid mi lanza te trabuque,
es mío ese caballo». Otorgó el Duque.

La dama, del combate espectadora
y premio, con alegre confianza
desmonta, y como ha visto vencedora
en justas mil de su amador la lanza,
ni por asomos se le ocurre ahora
que a Brandimarte avenga malandanza;
y aún pienso que de ver la nueva presa
que el Amor le ha rendido, no le pesa.

Tomaron, pues, del campo los barones
todo lo que juzgaron suficiente;
y a un mismo tiempo hincando los talones,
corrieron a encontrarse bravamente.
Chocan los dos fortísimos bridones
en medio del correr, frente con frente;
Bayardo por fortuna quedó sano;
pero cayó sin vida el del pagano.

El cual, como ordenó su adverso sino,

fue a rodar por la arena largo trecho,
y lamenta su mísero destino,
porque la lanza que perder le ha hecho
lo que adoró con el amor más fino,
no le pasó de parte a parte el pecho,
quitándole la carga aborrecida
de una afrentosa y solitaria vida.

«Mas, ¿quién te impide, ¡oh triste!, el postrimero
remedio?», despechado se pregunta.
Astolfo al ver que del luciente acero
aplica al pecho la desnuda punta,
en alta voz le dice: «Caballero,
detén la espada. A los que enlaza y junta
amor con mutua fe tan verdadera,
si desuniese yo, villano fuera.

«Vive por largos años, y a esa rara
belleza goza en paz; yo te la cedo.
Venciendo al que me da muestra tan clara
de ánimo generoso, pensar puedo,
sin que una prenda pierdas tú tan cara,
que honrado asaz y ganancioso quedo;
por amor fue y por fama el desafío;
tuya la dama sea; el lauro mío».

Oyendo al Duque hablar de esta manera
el que ya se contaba por difunto,
tales extremos hace, cual si hubiera
perdido la razón de todo punto.
Bien expresar su gratitud quisiera;
¿mas qué podrá decir en el asunto?
«Ya es doble, exclama, la vergüenza mía;
como en valor, venciste en cortesía.

«Ni deuda tanta sé cómo pagarte;
pues ofrecer mi espada es excusado,
aunque igualara a la del mismo Marte,
a quien de sí tan alta muestra ha dado.
Suplícote tan sólo que dignarte
quieras de recibirme por criado,
y que a tus pies en homenaje lleve
la vida el que dos veces te la debe».

Esto pasaba entre el caído andante
y el caballero del Leopardo rojo,

cuando cata que llega Sacripante,
y al ver la dama se le alegra el ojo.
Entre ella y el caballo vacilante,
«¿Cuál de estas dos empresas, dice, escojo?
¿La dama o el corcel? Corcel y dama.
Pero primeramente Amor me llama.

«Cualquiera que de vos, dice altanero,
esa bella mujer trajo consigo,
déjela ya, que para mí la quiero;
sepa, si no, que se las ha conmigo».
«Es un felón, no un noble caballero,
y una horca merece por castigo,
responde Brandimarte, el que, a caballo,
reta a quien se halla a pie, como yo me hallo».

Y vuelto al Duque, «Préstame, te ruego,
por un momento tu corcel». «¡Mal año!
aunque manso le ves como un borrego,
no sufre este animal jinete extraño,
responde Astolfo, cree que si lo niego
es porque sólo yo con él me amaño.
Cuanto más que el presente desafío,
si en ello caes, a par que tuyo, es mío.

«Déjame, por tu vida, en dos paletas
con este guapo enderezar la cosa.
El duelo, señor mío, a que nos retas,
será con una condición forzosa:
que si vencido fueres, no te metas
en más cuestión por esta dama hermosa,
y cedas tu caballo al camarada,
que no ha de aventurar todo por nada.

«Y si yo salgo mal de la querella,
a dar las armas y el corcel me obligo,
pero la dama no, que en cuanto a ella,
te debes entender con el amigo».
«¡Gracias!, murmura el Rey, benigna estrella,
la que andas hoy tan liberal conmigo.
¡A un mismo tiempo dama, arnés, caballo!
Lance mejor no pude imaginallo».

Esto entre sí; y al Duque por respuesta
riendo dice: «Está cerrado el trato».
Dijérades, al verle, que iba a fiesta,

o en baile o zambra a divertirse un rato;
y si de algo le pesa es que le cuesta
la esperada ganancia tan barato;
que a vueltas del arnés, caballo y dama,
holgara de adquirir loor y fama.

Toman, pues, campo, enristran, espolean,
embisten, chocan con mortal fracaso;
entrambos caballeros bambolean;
pero algo más le avino al Rey circaso:
las piernas y rodillas le flaquean;
trabuca, rueda; y vuelve paso a paso,
harto mortificado y descontento,
sin su propio corcel al campamento.

«El pobre diablo, dice Astolfo, vino
a buscar lana, y vuelve trasquilado».
El Duque resolvió mudar destino
por ir de Brandimarte acompañado;
y un par de millas por aquel camino
escasamente hubieron cabalgado,
cuando la dama dice: «A lo que veo,
hemos llegado al puente del Leteo.

«Aquella agua que veis es encantada,
y al que la bebe la memoria quita.
En el puente una ninfa está apostada,
que ofrece de ella a todo el que transita;
y aquél de cuyos labios es probada,
desmemoriado prisionero, habita
en la verde ribera allende el río,
rendido a un torpe amor el albedrío.

«Y si alguno hace gestos a la copa,
y sin gustarla va a pasar el puente,
saliendo a una señal toda la tropa
allí cautiva entre la cual hay gente
de lo mejor del Asia y de la Europa
al pasajero asaltan juntamente,
y desigual a tan terrible prueba,
le hacen que a su pesar se rinda y beba.

«Encaminemos, pues, por otra vía,
ya que el seguir por ésta es devaneo».
Pero cuanto la dama les decía,
era poner espuelas al deseo.

Astolfo protestaba que tenía
de ver aquel encanto del Leteo;
y el pagano barón no le va en zaga.
Llegan al puente, y cádate la maga.

Con blanda voz y cara zalamera,
haciendo al Duque humilde acatamiento,
rogole que templar la sed quisiera
en el fresco licor sin cumplimento.
«¡Bruja!, responde Astolfo, ¡embelequera!
Ya sabemos acá cómo anda el cuento.
A los cautivos abrirás la puerta
en este mismo instante, o eres muerta».

La Ninfa, que esto escucha, prestamente
dejó caer la enhechizada taza,
y todo al punto viose arder el puente,
y hundirse estremeciéndose amenaza.
Astolfo casi casi se arrepiente;
que de pasar el río no ve traza.
Dos segundos estuvo o tres perplejo;
al fin tomó de su valor consejo.

Y como el compañero por su parte
también porfía en que el jardín se invada,
y la dama no sabe con cuál arte
de tan loco designio los disuada
la dama, es a saber, de Brandimarte,
que tanto como bella era avisada,
«Otro sendero, dice, oculto y breve
mostraros puedo, que al jardín os lleve».

Siguen ellos los pasos de la guía,
y atravesando el río del Olvido
por cierto puentecillo, que tenía
Flordelis bien probado y bien sabido,
llegaron a una puerta que se abría
a la fatal estancia, do escondido
vive tanto galán aventurero
olvidado de sí y del mundo entero.

La puerta derribando, ven el huerto
do en gustosa prisión está el de Anglante,
y el caballero del León, Uberto,
y con Grifón el joven Aquilante;
Clarión, que en el líbico desierto

venció animoso a un gran dragón volante;
Adrián de Creta, y Antifor moldavo,
y el rey Balán, entre los bravos bravo.

Pues al entrar los tres, tal chamusquina
se arma, tal confusión, tanta algazara
de caja, de tambor, trompa y bocina,
cual con dificultad se imaginara.
Señora de estos campos Dragontina
ordena a sus cautivos que hagan cara,
y a los intrusos caballeros traten
de aprisionar, o, en todo caso, maten.

En la mañana de este propio día,
gustado aquel licor que el juicio altera,
el Conde don Roldán llegado había,
rendido amante ya de la Hechicera.
Con la loriga a cuestras todavía,
paciendo Brilladoro en la pradera,
andaba el buen señor entretenido,
cuando oyó el fiero estruendo y apellido.

Y la hada a sus pies llorosa mira,
que humilde dice: «Tu favor imploro».
Súbitamente el Conde, que suspira
de amor por ella, y ve tan tierno lloro,
desnuda a Durindana, ardiendo en ira,
y monta de un gran salto a Brilladoro;
vivas centellas por los ojos vierte,
anunciadoras de venganza y muerte.

Amaba el conde Orlando a Dragontina;
¿quién vio jamás tan raro desvarío?
Encierra la bebida peregrina
de la mágica taza un poderío
que con mojar el labio, no ya inclina,
sino fuerza y arrastra a el albedrío,
aun al que en otro amor cautivo se halla,
y a sola Dragontina lo avasalla.

Embravecido el conde Orlando parte
hacia el lugar en que el tumulto suena,
y en que, mientras arroja Brandimarte
a Uberto del León sobre la arena,
al rey Balán enseña Astolfo el arte
de bajar por las ancas, y se llena

de grande maravilla a la llegada
de Orlando, a quien conoce por la espada.

«¡Orlando amado!, el Duque le decía,
¡corona y flor de todo esfuerzo humano!
¿quién así te turbó la fantasía?
Paréceme que estás calamocano.
Astolfo, Astolfo soy, por vida mía;
¿que no conoces a tu primo hermano?»
De parentescos no se cura el Conde,
y a puras cuchilladas le responde.

Gracias a la ocurrencia de Bayardo,
que era en lances de guerra tan experto;
si no, no estrena el Duque otro leopardo;
que al primer tajo allí quedaba muerto.
Disparando el corcel como un petardo
el muro salva del hadado huerto,
como quien sabe bien que no se gana
gran cosa en argüir con Durindana.

Bien pudo el Duque allí emplear la lanza;
pero lo que ella vale él mismo ignora;
y aunque cayese Orlando, su pujanza
le quedaba y su espada cortadora;
luego, no sé por qué la confianza
que Astolfo tuvo en sí le mengua ahora;
y luego, el contendor su primo era,
y de verle caído se doliera.

Orlando por el puente sale al raso,
pensando al duque Astolfo dar un tiento;
mas aunque Brillador fuera el Pegaso,
quedara este pensar en pensamiento,
porque Bayardo corre, y lleva un paso.
Pero por Dios que ya me falta aliento
para más cabalgar; tiro la rienda,
y suspendo un instante la leyenda.

CANTO X

Agricán

Pensando en la virtud maravillosa
de esta agua del Olvido he estado un rato,
y acá me la comparo a cierta cosa
que llamar suele el vulgo iliterato
gracia, donaire, estrella venturosa,
metafóricamente garabato,
a que no hay prenda que en el mundo iguale,
pues que por todas juntas ésta vale.

No hay honra ni favor que no consiga
el que con esta prenda solicite,
mientras sin ella la virtud mendiga,
y no se estima el mérito un ardite.
De perlas es lo que un petate diga,
como con este almíbar lo confite;
y ¿qué es sin ella el sabio? un estafermo,
nacido para el claustro o para el yermo.

Esta gracia es la copa que contiene
el brebaje que a todos enamora.
¡Oh bienaventurado el que la tiene!
Bien puede hacerse cuenta que atesora
lo que más acá bajo le conviene,
pues como universal reina y señora
domina voluntades y opiniones
a pesar de Epictetos y Catones.

El no dejar que pase por el puente
quien el licor no bebe de la taza,
quiere decir la tema de la gente,
que al que sin artificio ni añagaza
medrar presume, no se lo consiente
en ninguna manera; que en la plaza
del mundo es disparate y desatino
la razón, y la alquimia es oro fino.

Y aquel total olvido significa
la veleidad, que humanas leyes quiebra,
y en lo vedado solamente pica,
y lo que ve flamante, eso celebra.
Lo demás, lector mío, ello se explica.
Cumple ahora anudar la rota hebra
de mi discurso; y vuelvo al punto donde
en pos de Astolfo iba corriendo el Conde.

Mas cánsase sin fruto, que Bayardo

echando treinta millas va por hora.
Corría y más corría el del Leopardo,
llevando siempre el rostro hacia la aurora.
Figúrase el mal rato que el gallardo
Brandimarte estará pasando ahora,
y dejar en aquel tan inminente
riesgo al amigo, en gran manera siente.

Pero no gusta de tener camorra
con aquella terrible Durindana,
que zumbándole está, por más que corra,
en los oídos, aunque asaz lejana.
Tampoco Orlando el aguijar ahorra;
mas con Astolfo su fatiga es vana.
Dándole a Satanás, la grupa vuelve
y al mágico jardín tornar resuelve.

Donde no cesa aun la zurrubanda,
pues Brandimarte arroja de la silla
a Aquilante y Grifón; y al suelo manda
a Clarión, hundida una costilla.
Pero asaltado de una y otra banda,
resistir largo tiempo a la cuadrilla
difícil es, por más que sude y bregue;
pues ¿qué será cuando el de Anglante llegue?

Flordelís, la discreta dama y bella
que con el joven Brandimarte vino,
el insistir en la demanda aquella
tiene por un solemne desatino.
Por entre los corceles atropella;
y levantando el brazo alabastrino,
con lagrimosa súplica intercede
para que la cuestión suspensa quede.

Ruega a su amante que la taza admita
y el perder la memoria no le pese,
que ella a sacarle de tamaña cuita
sin duda tornará, si bien supiese
a manos perecer de la maldita
encantadora. Aquesto dicho, fuese;
y atravesando un matorral sombrío,
pasa otra vez el hechizado río.

La desigual batalla fenecida,
a Brandimarte de la mano lleva

la cautelosa maga, y le convida
con el licor; el caballero prueba,
y cuanto supo en el momento olvida;
nuevo ser, nueva vida, llama nueva
abriga, y se disipa por el viento
del dulce amor primero el pensamiento.

¡Rara bebida cierto y peregrino
encanto, que la mente así trasporta!
Aquel amor tan acendrado y fino,
aquella Flordelís, nada le importa;
no valen a sus ojos un comino
la gloria y el honor; el alma absorta
en Dragontina, la beldad amada,
es todo para él, y el resto, nada.

Llega en esto anhelante y presuroso
Orlando, y a los pies de Dragontina
arrodillado en acto vergonzoso,
hasta la tierra la cabeza inclina,
rogando le perdone si dichoso
no fue bastante para darle dina
satisfacción del bárbaro enemigo
que con la fuga redimió el castigo.

El cual, aún no cobrado del asombro
pues se figura que le sigue Orlando,
sin tino, sobre cerca y sobre escombros
salta, y a su corcel espoleando
corre, la barba siempre sobre el hombro;
y dejara el correr Dios sabe cuándo,
si no llegase a donde un anchuroso
campo ejército alberga numeroso.

La ocasión preguntó de lo que vía,
y un heraldo le dice: «La bandera
del potente Agricán de Tartaría
es aquella negrísima primera,
que en perlas y oro y varia pedrería
por una y otra parte reverbera,
y tiene por divisa la figura
de un lozano bridón de plata pura.

«Aquella azul del cándido elefante,
es del rey de Mongolia, Sartinero,
y la del oso negro en el flotante

hielo es la bien conocida del guerrero
Radamanto, ridículo gigante,
y no menos que estúpido, altanero,
que habitador de la hiperbórea zona
la nación mosca rige y la lapona.

«El estandarte verde a lunas de oro
es del señor de Hircania, Poliferno,
que potente en estados y en tesoro,
tiene de rudas tribus el gobierno;
a quien sigue el valiente Lurcanoro,
que en desnuda región de hielo eterno
rige a una raza audaz que el mar frecuenta
y en leve esquife arrostra la tormenta.

«Más allá Santaría, rey de Suecia,
y como media milla más distante
acampa el corpulento, que se precia
de mentidas proezas, ruso Argante.
La gentuza cosaca, que desprecia
cerrados muros por vivir errante
en movedizas tiendas, luego aloja,
enarbolando aquella enseña roja,

«Y tiene por divisa un arco y flecha,
y por su jefe al bárbaro Brontino;
a quien, tomando un poco a la derecha,
el godo Pendragón está vecino.
Estas naciones, de las cuales hecha
te dejo relación, van en camino
con el Kan de Tartaria, que da leyes
a todas, y se llama rey de reyes.

«El cual a Galafrón hace la guerra,
que es del Catay emperador anciano;
y jura exterminarle de la tierra,
si no le da de Angélica la mano,
su hija; y si la voz común no yerra,
hermosa sin igual; mas el liviano
capricho suyo y loca ligereza
dicen que aun sobrepuja a su belleza.

«Al Tártaro detesta y aborrece,
que es capaz, por su amor, de dar la vida,
y señora del Asia hacerla ofrece;
mientras por un pelón anda perdida

que descalzar a esotro no merece,
y de su amor ni su beldad se cuida;
con ella los consejos del anciano,
las lágrimas, los ruegos, todo es vano.

«Galafrón, de quien hoy ha recibido
una embajada el Kan de Tartaría,
le protesta que parte no ha tenido
en la desatentada rebeldía
de la joven princesa, que se ha ido
del hogar patrio, y doblemente impía
contra su padre y rey, desde la Albraca
los pueblos le revuelve y le sonsaca.

«Así que, reputando insuficiente
el desdeñado Rey todo otro medio,
mete a saco la tierra, y con ingente
fuerza a la Albraca va a poner asedio.
Ello es que la Princesa inobediente
ha de aceptar el novio sin remedio;
y lo que hará mañana, aunque no quiera,
querer hacerlo ahora, cuerdo fuera».

El duque Astolfo, que el motivo sabe
de la inminente lucha estrepitosa,
y ve en conflicto tan dudoso y grave
a una mujer que un rey soberbio acosa,
ayudarle resuelve en cuanto cabe,
y hasta entrar en la Albraca no reposa;
do llegado, con grande regocijo
abrazándole Angélica le dijo:

«Tan bien venido seas, caro amigo,
como eras deseado ansiosamente.
¡Así mirara yo llegar contigo
al paladín Reinaldos, tu pariente;
y siquiera trajese el enemigo
cuatro veces más armas y más gente!
Que de sus amenazas, a fe mía,
poquísimo cuidado me daría».

«Que sea, dice Astolfo, un extremado
caballero mi primo, te concedo;
mas tú también confesarás de grado
que en eso del valor yo no le cedo.
Ya nos habemos él y yo probado,

y sin jactancia asegurarte puedo
que, si no le tocó peor destino,
al yelmo se lo debe de Mambrino.

«Ni que el valor de Orlando exceda al mío
estimes tú, por cuanto el mundo diga;
pues con el cuerpo hadado, di, ¿qué brío,
qué gracia es que triunfos mil consiga?
Encántame la piel, y yo te fío
que por el diablo no daré una higa;
mas aun así, princesa soberana,
harto le hice sudar la otra mañana».

Ella, que ya conoce aquel cerbelo,
charlar le deja a su sabor gran rato,
si bien le pesa oír que bajo el cielo
se iguale nadie a su adorado ingrato,
y el ponerse con él en paralelo
Astolfo, le parece desacato;
que en la corte de Carlos bien sabida
tuvo de todos ellos la medida.

Aloja en lo más alto de la Roca
con grande honor el Duque y gran contento.
Otro día un tambor al arma toca,
y de marcial clamor se llena el viento.
La palabra echa apenas de la boca
según lo que jadea polvoriento,
un corredor, que aproximarse avisa
el tártaro Agricano a toda prisa.

Toda la guarnición las armas pide,
que es de tres mil o pocos más guerreros;
y júntanse a consejo, que preside
el animoso inglés, los caballeros;
donde concordemente se decide
los puños apretar y los aceros,
y en ninguna manera dar oídos
a capitulaciones ni a partidos.

Que estando, como estaba, proveída
la Roca de forraje y vitüalla,
y de tres mil guerreros guarnecida,
fuéales mal contado abandonalla.
«Yo no he de estarme aquí toda la vida;
dejadme, Astolfo dice, ir a batalla.

Darele a ese Agricán en la cabeza,
si Dios me ayuda, un golpe que le escueza».

Astolfo sale en aire de amenaza,
cosas diciendo horribles y estupendas;
la lanza enristra y el escudo embraza,
y al brïoso corcel soltó las riendas.
Estaban los contornos de la plaza
de gentes enjambrados y de tiendas;
no en la selva más hojas aura leve,
que allí pendones y penachos, mueve.

Miles manda Agricán diez veces ciento
escribelo, Turpín; no es paparrucha,
y Astolfo ríe de todo este armamento,
y hace reír a todo el que le escucha.
Mas el que mucho parla, mucho viento
dice el proverbio, y poco pan embucha;
y otro antiguo refrán, si bien me acuerdo,
dice que el loco por la pena es cuerdo.

Descabalgado Astolfo fue aquel día,
y aprendió discreción para adelante.
A toda charla el Duque se venía:
«Salga ese Poliferno y ese Argante
diciendo y Lurcanoro y Santarúa
y Radamanto, ese feroz gigante;
pero salga Agricán primeramente,
y, si tiene valor, hágase al frente».

Viendo venir un solo caballero,
creen que para rendirle otro es bastante.
Con desdeñoso gesto y altanero
toma esta empresa a cargo suyo Argante;
que, estólido además, feroz, grosero,
tiene casi estatura de gigante,
la nariz chata, ensangrentado el ojo,
vedijuda la cara, el pelo rojo.

Con el inglés cerró soberbiamente,
y es derribado por la lanza de oro.
Atónita quedó toda la gente.
Cayó también el bravo Lurcanoro;
cayó Brontino. Entonces insolente
estalla el populacho, y se alza un coro
diabólico gritando: «¡Rayo! ¡Fuego!

¡Muera el perro cristiano! ¡Muera luego!»

De la otra parte intrépido y seguro,
a toda aquella chusma Astolfo espera;
no más incontrastable en tierra un muro,
en la mar un escollo, pareciera.
Roba al cielo la luz el polvo oscuro
que con los pies la turba vocinglera,
arremetiendo al paladín, levanta.
Radamanto a los otros se adelanta,

Y le pisa las huellas Sartinero,
con Agricano y Pendragón, rey godo.
Fue Radamanto, al embestir, primero,
y embistió del mejor posible modo;
ni el ser gigante le valió un dinero,
que fue rodando con caballo y todo.
Pero mientras que Astolfo en él se ocupa,
le viene Sartinero por la grupa.

Sin el menor escrúpulo el villano
le da un golpe terrible tras la oreja,
y al mismo tiempo el tártaro Agricano
otro golpe le da sobre una ceja.
En esto viene Pendragón tirano,
y la cuestión finalizada deja
otro tercero dándole en el pecho,
que del caballo le arrojó gran trecho.

Bañado en sangre el paladín descende,
dando de aliento y vida muestra escasa;
y mientras ni el cuitado se defiende,
ni se mueve, ni sabe qué le pasa,
desmonta Pendragón, le agarra y prende,
y prisionero se le lleva a casa.
Mas con mejor aviso obró Agricano;
dejando al Duque, echó al corcel la mano.

No sé decir si porque su primero
dueño le falta, o porque hallarse entienda
en extraña región, solo y señero,
sufre Bayardo que Agricán le prenda;
lo cierto es que, cual tímido cordero,
consiente que le lleven de la rienda,
quedando el rey en gran manera ufano
al verse dueño del bridón lozano.

Sin armadura Astolfo y sin sentido
es al Real de Pendragón llevado,
donde manda Agricán que socorrido
al punto sea, y cual merece, honrado.
En extremo le pesa que haya sido
fea y villanamente derribado,
y que, bastando con su lanza, hubiera
otra que en esta lid se entrometiera.

Mas estorbarlo el noble rey no pudo;
tan grande el torbellino bullanguero
del populacho fue salvaje y rudo
que en torno se agolpó del caballero.
Sangriento el Duque y lívido y desnudo,
y difunto más bien que prisionero,
sin arnés y corcel y espada y lanza,
ni aun a sentir su desventura alcanza.

Pues preso Astolfo, y el corcel perdido,
y el rico arnés y bella lanza hadada,
guerrero no quedó tan atrevido
que saliese de Albraca en algarada.
La vista tienden sobre el ancho egido,
la puente levadiza levantada;
todo está en orden tal, que a las almenas
pudiera un ave remontarse apenas.

En tanto el circasiano Sacripante
su poderosa hueste al campo saca;
de la princesa del Catay amante,
vuela animoso a defender la Albraca;
asaltar piensa al Tártaro arrogante
entre el silencio de la noche opaca,
y con los siete reyes que acaudilla
está ya de la plaza a media milla.

Es el primero un príncipe cristiano
bien que la Fe su pura luz le esconda,
de la Alta Armenia el joven rey Varano,
que manda diestra gente a espada y honda;
Brunaldo se le sigue, que entrecano
tiene el cabello, y reina en Trapisonda;
y Torindo, detrás, la de Turquía,
y la de Media Savaronio guía.

Tras éste marcha Unano, rey bitino,
de gran cabeza, aunque de cuerpo chico,
y Burdacón, gigante damasquino,
de averrugada cara y luengo hocico,
y el rey de Babilonia, Trufaldino,
patiestevado, feo como un mico,
de torcido mirar, falso, bellaco,
cobarde insigne, y más ladrón que Caco.

De cinco o seis centenas de millares
era todo el poder de Circasía;
y a la hora en que llaman los cantares
del gallo velador al nuevo día,
avistaba los altos valladares
de la empinada Albraca, y se venía
con ordenada marcha y sordo paso
sobre el tártaro ejército el Circaso.

Sus gentes en silencio trae Varano.
Suya la acometida fue primera.
Orden les da que sienten bien la mano;
a nadie cojan, todo el mundo muera.
Cayeron sobre el campo de Agricano,
como de lobos tropa carnífera
sobre indefensa grey; espesa nube
de polvo vuela; el grito al cielo sube.

Los ayes de la gente, que del blando
sueño pasa en un punto a muerte horrenda,
y el espantoso estrépito, volando
de fila en fila van, de tienda en tienda.
Uno las armas arrebata, cuando
otro a los pies turbado se encomienda;
cuál va acá, cuál va allá, cuál se está quedo;
vense a un tiempo ira, horror, coraje, miedo.

¡Quién de la arremetida carnífera,
quién de tantas heridas, golpes, tiros,
una décima parte aquí supiera,
o sólo una milésima deciros!
¡Quién de las varias muertes la manera
entre la parda sombra, referiros,
tanto cadáver trunco, y tanta Cota
acribillada, y tanta lanza rota!

De Armenios está henchido el campamento;

y bajo el filo de enemiga espada
los Tártaros perecen ciento a ciento,
sin que el pedir cuartel sirva de nada.
Con dolorido dísono lamento
huye la pobre gente desbandada;
y en esto llega el rey de Trapisonda
esparciendo terror a la redonda.

Si antes era tan grande la matanza,
llegando estotro ahora ¿cuál sería?
Alfanje, hacha, segur, espada, lanza,
hacen a cual mayor carnicería;
ni de salud la fuga da esperanza;
todo cerrado está; que al mediodía
carga el turco Torindo hecho un demonio,
al este Unano, al norte Savaronio.

Con los otros dos reyes el Circaso,
aunque la sangre de furor le hierva,
para atender a lo que pida el caso,
queda formando un cuerpo de reserva.
Agricán, que atajarles quiere el paso,
acá y allá, do más reñida observa
y revuelta la lid, y en más aprieto
los suyos juzga estar, va y viene inquieto.

Bien era de Agricán casi doblada
la gente; mas el no pensado asalto
que el número en la guerra es poco o nada,
si de consejo y disciplina falto
atónita la tiene y azorada;
nadie obedece; todos hablan alto;
es una babilonia el campamento;
por un golpe que dan reciben ciento.

En voz alta Agricán y amenazante
a cada jefe por su nombre llama:
«¡Poliferno!, gritó, ¡Brontino! ¡Argante!
¿así volvéis, traidores, por mi fama?
¿Qué aguarda Radamanto, ese gigante?
Apuesto a que el bribón se está en la cama.
De usar es tiempo ahora el brazo fuerte.
Barones, ¡a la lid! ¡venganza o muerte!»

Mientras ellos le siguen, él, blandiendo
su lanzón, en Bayardo se adelanta;

las huestes va con el caballo abriendo;
los unos postra, a los demás espanta;
a Varano da un bote tan tremendo,
que el escudo y el peto le quebranta;
hiende, cercena, despedaza, hunde,
y a los suyos su ejemplo aliento infunde.

Brunaldo del caballo es derribado
por Poliferno; el corpulento Argante
a Savaronio le pinchó un costado;
y Radamanto, viendo a Unán delante,
de sangre al suelo le arrojó bañado.
Ello es que teme casi Sacripante
desbaratada ver toda su gente,
si no la acorre él mismo prontamente.

Por donde más trabado vio el combate,
metió el corcel y enderezó la lanza.
A Poliferno, rey de Hircania, abate,
y al godo Pendragón punzó la panza.
Hincando a su caballo el acicate
Argante, receloso de igual chanza,
bonitamente a otro lugar se muda.
La espada Sacripante alzó desnuda;

y cual suele a la grama en la pradera
bramando en rauda ráfaga el Solano,
tal Sacripante hilera sobre hilera
postra, y cubierto dellas deja el llano.
Entonces sí que fue el huir de veras
delante del sañudo Circasiano;
despavoridos van por monte y valle
los tártaros, abriéndole ancha calle.

Agricán, que a este tiempo, entretenido
en paraje se hallaba algo remoto,
vio pues ya el sol rayaba en el ejido
su pueblo acá y allá disperso y roto;
torva la vista, el rostro excandecido,
corre a donde es mayor el alboroto;
amigos y enemigos atropella;
cuanto topa derriba, allana, huella.

Cual se ve en la estación de hibierno ingrata
bajar de un alto monte hinchado un río,
que árboles, setos, chozas arrebatá,

lo culto asemejando a lo baldío,
tal Agricán las huestes desbarata
Pero una bella hazaña al canto mío
se ofrece, y renovar las cuerdas debo
de mi laúd para el asunto nuevo.

CANTO XI

Sacripante

Sus dones la Fortuna, numen ciego,
aquí rehúsa avara, allá acumula,
y lo mismo que da nos quita luego,
y en la inconstancia su placer vincula;
bellos son a la vista, no lo niego;
mas, bajo la corteza que simula
regalado sabor, dorada y roja,
encierran amargura, afán, congoja.

¿Tiene alguno riquezas y dinero?
Verísle andar de puerta en puerta un día.
¿Aquél es fuerte, es ágil y ligero?
Un accidente al hospital le envía.
¿Esotro es un valiente caballero?
Viene una bala; adiós la valentía.
¿Hoy la corte a un Privado reverencia?
Mañana va a la cárcel Su Excelencia.

Y si a la cárcel no, por gran ventura
irá de embajador a los Batuecos;
o, si la corte y la privanza dura,
¿darán insustanciales embelecocos
un solo instante de placer y holgura,
o del aplauso adormirán los ecos,
al que sobre su cuello ve colgada
de un hilo débil cortadora espada?

¡Menguada dicha, que a las almas roba
la dulce paz, y nunca está segura!
Pero lo que la turba necia y boba
admira más y envidia, es la hermosura.
Ved cuál se extasía un hombre y cuál se arroba
ante una dama: ruega, insta, conjura,

compónela sonetos, la regala,
se pinta, se perfuma, se acicala.

Mas un competidor le viene ahora,
y dos, y tres, y cuatro. ¡Pobre dama!
Cada cual le protesta que la adora,
y que ha de ser amado porque la ama.
No puede hacerse piezas la señora;
uno es favorecido; otro la llama
falsa; otro ingrata; esotro se amohina,
y busca a toda costa su rüina.

Hétela triste, mísera, llorosa,
acusando al destino, que en aquella
rara beldad la más funesta cosa
que dar pudo a mujer, le ha dado a ella.
La loca de Agricán tema amorosa,
llora así la sin par princesa bella;
de Agricán, que ha jurado, si no es su,a,
que a ella, al padre y al Catay destruya.

Por esa tema inunda en sangre y llanto
al Asia, y trae la tierra alborotada,
pagando el pobre pueblo todo cuanto
delira una cabeza coronada.
Así lo manda Dios, y es justo y santo;
pero toco una tecla delicada.
El bravo Kan, como tendréis presente,
iba en acorro a su vencida gente.

Semeja en su venida repentina
vendaval que las anclas desafierra,
las naves barre y hunde y descamina,
y descarga después sobre la tierra,
y de vasta terrífica rüina
cubre los hondos valles y la sierra;
huyen los temerosos labradores
por el campo, y ganados y pastores.

De amigos y enemigos igual caso
hace, como antes dije, el rey protervo;
¡desgraciado de aquel que encuentra al paso!
«Yo a Sacripante sólo me reservo»,
corriendo a toda brida hacia el Circaso
clama; y a vista del estrago acerbo
que derrotada sufre la infelice

tártara plebe, en alta voz les dice:

«De mi vista os quitad, canalla infame,
que servís de afrentarme solamente;
ninguno de vosotros rey me llame,
que rey no soy de tan cobarde gente;
no por mí tan vil sangre se derrame;
yo solo a los contrarios haré frente,
que de este modo alcanzaré victoria
con menos afán mío y con más gloria».

Luego al Circaso dice, hirviendo en ira:
«Toma ya campo tú, que eres tan fiero».
Sacripante, volviéndose, le mira
con alegre semblante y altanero;
y a la beldad por quien de amor suspira
envía prestamente un mensajero
rogándole que salga a la muralla,
y así le doble el brío en la batalla.

Sale la Damisela sobre el muro
y al amante una fina espada envía
con que más bravo lidie y más seguro;
¡qué entrañas esto al otro pobre haría!
Sonríe empero y dice: «No me curo,
que al fin la tal espada será mía,
y su dueño, y la Roca, y esa ingrata
que con desdén tan áspero me trata».

Dijo; y la espalda prontamente vuelta,
toma campo bastante, y enristrado
el lanzón poderoso, da la vuelta,
mientras que Sacripante por su lado
toma campo a la par, y a rienda suelta,
enristrando también, revuelve airado.
Todos en esta lid clavan la vista;
nada se mueve en torno; nadie chista.

Aunque las lanzas en el choque horrendo
se oyeron estallar, y las rodillas
hincaron los corceles, oprimiendo
quedan los combatientes ambas sillas.
El ancho valle repitió el estruendo,
y vuelan hasta el cielo las astillas.
Sacan entonces las templadas hojas,
ambas de sangre hasta los pomos rojas.

Todo sobre un fendiente se abandona
Sacripante, de cólera abrasado,
y al Tártaro hace trizas la corona;
el yelmo no, que el yelmo era encantado.
Mas Agricán le llega a la persona
abriéndole una grieta en el costado,
y de cálida grana hebra flamante
corre por la coraza rutilante.

No tan denso el pedrisco menudea,
ni baja tan espesa la nevada,
como era en esta horrífica pelea
el martillar de la una y la otra espada.
No hay pieza en el arnés que sana sea;
no hay carne que no duela magullada;
salta la malla en leves piezas rota,
y rojo humor de cuando en cuando brota.

Bien es que lo peor lleva el Circaso,
a quien del pecho mucha sangre mana;
pero el vigor restaura al cuerpo laso
mirando aquella efigie soberana
de gentileza y de beldad; y acaso
es más de lo que pierde lo que gana;
lidiar, morir por ella, hado felice
estima; y de este modo entre sí dice:

«Por la beldad que en lo alto de aquel muro
me está mirando, venturoso muero.
¡Pudiera al menos expirar seguro
de que dijese, al ver mi fin postrero:
mezquino pago he dado, inicuo y duro,
a fe tan fina, amor tan verdadero!
Si esto decir te oyese, vida mía,
dulcísima la muerte me sería».

Y sobre esto la ira se le aboca,
el generoso espíritu, el coraje;
haber no cree, si el nombre amado invoca,
pujanza que a la suya se aventaje;
a su rival siniestramente toca,
y al fin le fuerza a que la cresta baje;
mas el brazo flaquea, y el acero
no esgrime ya con el vigor primero.

Los barones que parias le tributan
y atónitos contemplan la refriega,
abandonarle deslealtad reputan
cuando le ven que al paso extremo llega.
Torindo, sobre cuantos lo disputan,
alza la voz y estarse ocioso niega;
cuanto el peligro crece, menos duda
salir a darle prontamente ayuda.

«Señores, dice, mal contado os fuera
dejar que un noble arrojó así le lleve
a perecer, pudiendo, si quisiera,
contrastar vuestro esfuerzo al hado aleve;
y tú, ¿consientes que a tu vista muera
tu rey, tu salvador, villana plebe?
Dispersábase ya despavorida,
y él te restituyó la honra y la vida.»

Así diciendo, a la enemiga gente
arremetió Torindo valeroso,
y echó por tierra cuanto halló presente
con el lanzón robusto y poderoso;
sacó luego el acero reluciente,
y matando lo vuelve sanguinoso;
de sangre se ha bañado hasta la gola;
nueva comienza, horrenda batahola.

Pues cada cual, sea siro, sea circaso,
o sea de Trapisonda o de Turquía,
o de los otros que en silencio paso,
que a todos mencionar largo sería,
el campo deja de enemigos raso;
mientras el falso Trufaldín, que guía
a los de Babilonia y de la Meca,
su gente opone a la mongola y sueca.

Aunque no un Alejandro Macedonio,
según se ha declarado y se declara,
manda una gruesa hueste el Babilonio,
y doquiera que aporta, una algazara,
una gresca levanta aquel demonio,
que aun al mismo Agricán suspende y para.
«Tu gente, dice al campeón contrario,
ha cometido un yerro temerario.

«Pero por ella toda a ti condeno,

y me la pagarás temprano o tarde». Hablando así, partió de furia lleno, sin decir al Circaso Dios te guarde. Malo está el uno, el otro no está bueno, y entrambos de valor hacen alarde; cada cual, por su parte, rompe, mata, y legiones enteras desbarata.

Ya de la gente babilona y sira las filas Agricán postreras tala, y a Trufaldín, que cauto se retira, sigue con intención dañada y mala. Trufaldín, recordando que la ira es pecado mortal, y que la gala del nadador es no mojar la ropa, pica el rocín y a la ciudad galopa.

Corre Agricán también hacia la Albraca, y cuando ya le alcanza y le acuchilla, una el belitre le jugó bellaca, que boca abajo se le echó en la silla. «Yo, dice, como ves, cabalgo un haca, y tú un corcel que es una maravilla; echa el pie a tierra tú, como yo lo echo, y verás si soy hombre de provecho».

El Tártaro la cólera contiene. «Qué me place», respóndele, y se apea. Dando el caballo a un paje, le previene que se lo tenga allí, mientras pelea. Trufaldín que esto ve, no se detiene; vuelve al punto la grupa y espolea. El burlado Agricán de enojo bufa, y riendo el bribón se las afufa.

De nuevo se trastorna la batalla. A exhortaciones, súplicas y ultrajes sorda la circasiana gentüalla, huye dejando alforjas y bagajes. A tierra van corazas, yelmos, malla, tiraban con los arcos los carcajes; armenio y turco y trapisondo y medo apelan a los pies, llenos de miedo.

Huyendo dan con la profunda cava que a la ciudad estaba en torno abierta,

y la esperanza allí se les acaba
que no hay pasar por puente ni por puerta.
Angélica infeliz se desgredaba
viendo su gente así acosada y muerta.
La puerta manda abrir, calar el puente,
que salvarse ella sola no consiente.

De adentro puerta y puente han allanado,
y a entrar la turba en gran tropel se aboca.
Envuelto en ella el rey circaso ha entrado,
y síguele Agricán con rabia loca;
mas calan el rastrillo, y encerrado
queda entre las murallas y la Roca,
y trescientos con él de espada y lanza,
que hacen en los sitiados gran matanza.

Con Sacripante el gigantón Burdaco,
que era Emir de Damasco, entrado había.
Hecho una cuba, acércase el bellaco,
y al tártaro Agricano desafía.
De lado embiste, y dice, echando un taco:
«Desventurado rey, llegó tu día».
Oyéndole Agricán al punto para,
da media vuelta, y al jayán se encara.

Manejaba una porra el Damasquino
con cierto regatón de plomo al cabo
que pesaba un quintal, como un comino;
y esgrímela a dos manos contra el bravo
tártaro, que la encuentra en el camino
con la espada, y la parte, como un nabo,
por la mitad. «Veamos, le decía,
si llegó el tuyo o si llegó mi día».

Y dicho así, le tira un gran fendiente
que medio a medio el morrión le taja,
y medio a medio le partió la frente,
y hasta la barba, y hasta el pecho baja.
Del vasto cuerpo el ánima doliente
con mal formada voz se desencaja;
y de sesos y vino y sangre inmundada
más de una tonelada el campo inunda.

Ciego Agricán y falto de sentido,
se enfrasca más y más en la reyerta.
¡Oh, si al magín le hubiese allí venido

dar dos pasos atrás y abrir la puerta!
Quedaba aquel negocio concluido,
y tu hija, Galafrón, cautiva o muerta;
mas la venganza que sediento busca
le desatenta y la razón le ofusca.

Ni extramuros la lidia en tanto afloja;
diré más bien la rabia y la matanza;
la tierra está de sangre en torno roja,
en cuanto a descubrir la vista alcanza;
cuál hay que al foso a perecer se arroja,
y cuál, por no morir a espada o lanza,
de sed y de fatiga y bajo el peso
de hombres, caballos y armas, muere opreso.

Empero la ciudad mayor tumulto,
más horror, más espanto manifiesta.
Va de Agricán el pavoroso bulto
cual de la Parca la visión funesta;
lanzando muerte, a nadie otorga indulto,
y bñase de sangre hasta la cresta.
Bayardo a gran fatiga sobre la alta
pila de destrozada gente salta.

Estaba en tanto el rey de Circasía
tendido largo a largo sobre un lecho,
y por la mucha sangre que vertía,
como antes dije, del herido pecho,
combatir no tan sólo no podía,
mas ni aun tenerse el infeliz derecho;
inerte está y desnudo el Circasiano,
y cátales la herida un cirujano.

Y como de Agricán la gresca oyese,
que no hace un terremoto igual fracaso,
pregunta inquieto: «¿Qué alboroto es éste?»
Llorando un paje le refiere el caso;
y oído, salta, y sin que osado fuese
nadie a tenerle, arrebatando al paso
la espada y el escudo, sale aprisa,
llevando sólo a cuestras la camisa.

Al ver el triste resto de su gente
envuelto en pavorosa fuga todo,
«¡Cobardes!, grita dolorosamente,
que un hombre solo espanta de ese modo,

¿cómo osáis a la luz mostrar la frente?
Corred a soterraros en el lodo.
Ya que sin el honor la vida os tienta,
¿por qué buscáis la muerte con la afrenta?

«Huíd, mientras que yo la lid sustento,
mal herido, sin armas y desnudo».
Suspenso el vulgo le escuchó un momento,
de maravilla y de vergüenza mudo;
y luego vuelve atrás con fresco aliento,
y nueva lucha empeña. ¡Tanto pudo
un generoso ejemplo, y tanto cunde!
Al que medroso huyó, coraje infunde.

Agricán, que en la Albraca muerto había
número de contrarios infinito,
con los que ahora Sacripante guía
traba otro nuevo, aunque no igual conflicto;
que si bien ejecuta todavía
estrage en ellos bárbaro, inaudito,
más que Agricán les pone susto y miedo,
el mirar a su rey les da denuedo.

Sus cuerpos a los tártaros presentan
cubriendo la persona del Circaso,
y por vil gente y sin honor se cuentan
si pierden combatiendo un solo paso;
de flechas ni venablos se contentan;
densa es la turba y el terreno escaso;
dan los paveses sin cesar batidos
un retintín que asorda los oídos.

Mas Sacripante a todos se adelanta,
y haciendo pruebas estupendas viene.
Desnudo cual está y herido, espanta
el ver cuán alentado se mantiene;
esfuerzo muestra y ligereza tanta
que nada le embaraza o le entretiene;
golpes da y quita a un mismo tiempo varios,
y ocupa él solo a más de diez contrarios.

Ya la cortante espada en torno gira,
ya a dos o tres ensarta con la lanza;
ora un gran dardo, ora un peñasco tira,
ora recula, ora terrible avanza.
Agricán poco a poco se retira,

y con toda su furia y su pujanza
ve que el tomar la plaza es vano intento,
pues de los suyos no le quedan ciento.

Ni a reparar el rey se daba manos
de tantos golpes la tormenta espesa,
pues de circasos era y albracanos
la acometida cada vez más gruesa.
Haciendo siempre esfuerzos sobrehumanos
se baña de sudor, vacila, asesada;
acribillada tiene la loriga,
y tropa nueva sin cesar le hostiga.

Como de cazadores apremiado
deja el león su patrio bosque y cueva,
y de mostrarles miedo avergonzado,
alta la frente y erizada lleva,
ruge, y a cada voz revuelve airado,
bate la cola y el lidiar renueva;
tal aquel rey soberbio al enemigo
pone, aun cediendo, espanto, y da castigo.

A cada veinte pasos se detiene
y a los que le persiguen hace cara;
pero la turba que a ofenderle viene
y que continuamente se repara,
crece de modo y tal caudillo tiene,
que en proseguir la empresa delirara;
y sin embargo lo peor le resta,
que otra nueva avenida le molesta.

Pero de Albraca es fuerza que me aleje
busque otros objetos a la vista,
aunque la bella Angélica se queje
de que en tan duro trance no la asista;
porque, según los hechos que entreteje
el reverendo Arzobispal Cronista,
cumple a Reinaldos ir, que en el asiento
de una fresca pradera toma aliento.

En cándida hacanea ve una dama
que, según llora, de dolor se muere.
El buen señor de Montalbán la llama,
y cortés la saluda, y la requiere
que por aquella cosa que más ama,
y por el santo a quien devota fuere,

y por todos los ángeles del cielo,
le diga la ocasión de tanto duelo.

Llora ella y la hace el llanto más hermosa
que el de la aurora al entreabierto lirio,
o que labor de perlas primorosa
a roja tela de artificio tirio.
«Ando perdida en busca de una cosa,
y hallarla, respondió, tengo a delirio:
un caballero que con una hueste
de caballeros a lidiar se apreste».

«Aunque igualar, el noble paladino
así responde, a un par tan sólo dellos,
cuantimás a una hueste, no imagino,
ese tan tierno lloro, y de esos bellos
luceros el encanto peregrino
me inducen de tal modo a acometellos,
que de morir o de acabar la empresa,
si la fías de mí, te hago promesa».

Contesta la doncella suspirando:
«Te doy las gracias por la oferta, amigo.
En busca de potente acorro ando;
y aunque sin fruto, en la demanda sigo.
Sábetete que uno dellos es Orlando,
y si oíste su fama, harto te digo.
Ni es gente la demás poco gallarda.
No al brazo tuyo empresa tal se guarda».

«Con doble causa este favor te pido;
primo de Orlando soy; partamos luego».
Reinaldos de este modo ha respondido,
y fervorosa instancia añade al ruego.
Ella le pinta el Río del Olvido,
y de la falsa Dragontina el ciego
laberinto en que tanta ilustre gente
del mundo vive y de sí misma ausente.

Flordelís esta dama se llamaba;
la que salió, según fue arriba expreso,
del hadado vergel en que dejaba
a su querido Brandimarte preso.
Como tanto Reinaldos la rogaba
que fiase a sus armas el suceso,
ella, que el garbo advierte, la apostura

y la marcial briosa catadura

del caballero que en edad florida
tan generoso espíritu demuestra,
su ofrecimiento acepta agradecida,
y sonriendo le alargó la diestra.
Mas del presente canto la medida
aquí se cumple, y con licencia vuestra,
mientras la débil voz alienta un poco,
vuestra atención para el siguiente invoco.

CANTO XII

Melidor y Floridana

Que la guerra es la más tremenda plaga
que el cielo justiciero al mundo envía,
y que en la guerra el pueblo es el que paga,
vémoslo por desgracia cada día.
Por cientos y por miles, se lo traga
esta voraz, esta insaciable harpía;
y mientras todo el daño al pueblo alcanza,
toda es de Potentados la pitanza.

Como para los hombres no hay ventura
igual a la que un rey les proporciona,
Su Majestad, que el bien común procura
cual carga impuesta a su Real persona,
un pueblo y otro y otro más por pura
benevolencia allega a su corona;
dejadle ir adelante en su carrera,
y hará feliz la humanidad entera.

Mas otro pío augusto personaje
al mismo objeto por su parte aspira,
cobrando a las naciones vasallaje;
éste de un cabo, aquél del otro tira;
y el que, ya al mundo culto, ya al salvaje,
desgarra la más grande y bella jira,
es el más digno del aplauso humano
y el más grande y perfecto soberano.

Mas hablando de veras, ¿no contrista

ver de tal suerte el orbe todo hecho
vasto teatro de inmoral conquista,
do la fuerza es el único derecho?
¿Cuándo será que la razón resista
a ese brillo de gloria contrahecho,
y los goces aprecie que atesora,
aun en sí misma, el alma bienhechora?

Pero si es en un rey grosero engaño,
y a par que gran maldad, gran desatino,
con tanto propio afán y ajeno daño
comprar un bien tan falso y tan mezquino,
¿qué se dirá del que en servicio extraño
el salario recibe de asesino,
y carga de asesino la librea,
y con ella se esponja y pavonea?

¿Para que duque o mariscal te llame
el que hoy te nombra a secas don Fulano,
y que el pecho una estrella o cruz te infame,
que esclavo te denuncie de un tirano,
bárbaro, es menester que se derrame
a torrentes la sangre por tu mano;
y a trueque de esa vana, esa supuesta
gloria, el dolor común te es burla y fiesta?

Lauro eterno al intrépido soldado
si por su patria y por su fe pelea;
si no, tu nombre, ¡oh guerra, abominado
y por siempre jamás maldito sea!
Pláceme que a tus furias tregua he dado,
que aun en sueños me asustas y en idea;
ebria de sangre se me antoja verte
esgrimir la guadaña de la Muerte.

Noble Reinaldos, Flordelisa bella,
obligado a vosotros me confieso,
que habéis venido a interrumpir de aquella
desmocha impía el trágico proceso.
Vuelvo a donde os conté que a la doncella
hace el barón ofrecimiento expreso
de su espada y su brazo, y que, indecisa,
se rinde al fin y acepta Flordelisa.

Que cabalgue, la Dama le suplica,
pues el corcel le falta, la hacanea.

Reinaldos cortésmente le replica
no le proponga acción tan baja y fea;
mas ella las instancias multiplica
tanto, que el paladín no titubea,
y bien que a su pesar, la silla ocupa,
haciendo a Flordelís tomar la grupa.

Sube la Damisela temerosa,
que no del todo al paladín se fía;
pero temor más grande una espantosa
voz le infundió que a corto trecho oía;
a Flordelís la bella tez de rosa
en pálido jazmín se convertía.
Reinaldos con intrépido semblante
salta de la hacanea, y ve un gigante.

Estaba el tal en medio de una senda
junto a la boca de una parda gruta;
la cara tiene abotagada, horrenda,
negro el pellejo y la mirada bruta.
Inevitable juzga una contienda
el barón, y no sólo no se inmuta
mirando aquel vestiglo tan cercano,
mas a encontrarle corre, espada en mano.

Una gran porra empuña el tal, y lleva
de triple malla todo el cuerpo armado,
y se ve a la abertura de la cueva
en cadenas un grifo a cada lacio;
pero una cosa más extraña y nueva
que todas éstas, era que guardado
estaba allí el caballo de Argalía;
su guarda a cargo aquel jayán tenía.

El cual caballo en esta cueva oscura
por arte se engendró de encantamento.
Nacida fue su madre de una pura
etérea llama, y fecundola el viento;
tal fue de Rabicán la genitura,
que de uno y otro rápido elemento
heredó lo veloz de la carrera,
la bella estampa y la índole guerrera.

No probó nunca paja ni cebada,
que de aire solamente se nutría.
Valido de una mágica entuchada

robole Galafrón para Argalía,
y éste le trajo en la fatal jornada
con que a turbar la cristiandad venía;
y en que a sus verdes años cortó el hilo
de daga mora el acerado filo.

Después que, como os dije, Ferraguto
a palos le ahuyentó de la presencia
de su señor, el generoso bruto
volvió del patrio albergue a la querencia,
que, llena ahora de pavor y luto,
custodia este jayán, con asistencia
de los dos grifos, que argentada pluma
tienen, y fuerza y ligereza suma.

Reinaldo al enemigo se presenta
con no menos denuedo que recato,
alta la espada, y con la vista atenta
a reparar de treta y de rebato.
El jayán, que le ve, ya se hace cuenta
que ha de tener que trabajar un rato;
habiendo dado a más de mil la muerte,
distingue cuál es flojo y cuál es fuerte.

Con la osamenta de la pobre gente
blanquear todo el campo se divisa;
ni por eso temor Reinaldos siente;
morir hará al jayán, y no de risa.
Cerraron ambos presurosamente,
y un tanto la ventaja fue indecisa;
con ojo y pulso igual tiran, reparan,
y golpes dan que riscos destrozaran.

Reinaldos al jayán hirió primero,
y con la punta le alcanzó a la testa;
poro la cubre tan templado acero
que muy poco la herida le molesta.
Soberbio un gran porrazo al caballero
retruca, y concluir pensó la fiesta;
Reinaldos hurta el cuerpo a maravilla,
y aciértale otra punta a la tetilla.

De hierro un palmo le metió en el pecho,
que la malla de hirviente sangre inunda;
pero aún no de esta herida satisfecho,
otra con más violencia le asegunda.

No fueron al gigante de provecho
sus armas; que Frusberta furibunda
en la barriga le abre una tronera,
y parte del redaño le echa fuera.

Mucho sintió su fuerza enflaquecida
el malandrín, y de color se inmuta;
tanto el dolor le aqueja de la herida
que cercano a la muerte se reputa.
Único medio, de salvar la vida
le pareció correr hacia la gruta
y soltar a los grifos la pihuela;
mas no bien libre el uno dellos vuela,

Agarra al pobre diablo de una zanca,
y agarrado a las nubes se le lleva;
mientras el otro hacia Reinaldo arranca
queriendo hacer en él la misma prueba;
grazna horrorosamente, y con la blanca
pluma erizada fiera lidia y nueva
embiste al paladín, que atiende inmoble,
y al verle cerca esgrímele un mandoble,

tan a sabor, que por un tris entera
toda la pierna izquierda le rebana.
Graznando y renqueando huyó la fiera,
el cándido plumaje tinto en grana.
Mas lo peor del caso nos espera;
que el otro grifo, habiendo, cual liviana
presa, alzado al jayán, sobre los picos
de una roca le suelta, y le hace añicos.

Y con el espantoso pico abierto
y las dos alas extendidas, cala.
Dice Turpín, y téngolo por cierto,
que como doce pies mide cada ala.
Se oye un zumbido en todo aquel desierto,
que en pampa austral el raudo sur no iguala;
con tanta furia el aire y tanto estruendo
aquella ave infernal viene batiendo.

Déjase con el ímpetu del rayo
caer sobre el valiente caballero,
que, habiendo para aqueste nuevo ensayo
los bríos requerido y el acero,
un súbito revés tira al soslayo,

que al grifo coge y le desgarrá el cuero;
aleteando un tanto se retrae,
y sobre el paladín otra vez cae.

Vuélale en torno al príncipe cristiano
buscando cómo pueda echarle el guante;
ya baja de las nubes, cual milano,
ya por detrás, ya asalta por delante;
mas halla al buen señor de Montalbano
apercibido siempre y vigilante;
y por doquier que amenazando viene,
con la punta Frusberta le detiene.

Al cielo enfurecido se levanta,
y piérdese de vista; mas descende
a poco rato con violencia tanta,
que al barón esta vez casi sorprende.
A la cabeza embiste, y le quebranta
de una ñarada el cerco que defiende
alrededor el yelmo de Mambrino;
pero al yelmo no daña, que era fino.

Por más que se afanaba, no podía
darle golpe Reinaldos que valiera,
pues tan veloz el grifo iba y venía,
que a la vista ir tras él difícil era.
Mientras que Flordelís votos hacía,
corto el aliento, y con la faz de cera,
fatiga el uno al otro, urge, trabaja,
y un átomo no lleva de ventaja.

Viendo el barón con cuánto afán la guerra
aun a la luz equilibrar consiga,
y que la noche a toda prisa cierra,
que teme algún desmán no sé si diga.
Por último recurso se echa en tierra,
fingiendo que desmaya de fatiga.
El grifo, que le cree de vida falto,
hambriento embiste; el príncipe da un salto,

Y a la fiera esta vez coge de lleno,
clavándole la espada en el gollete;
y luego cuatro veces en el seno
hasta los gavilanes se la mete.
Ya que expirando enrojació el terreno
por bocas el tal grifo seis o siete,

el palafrén, la Dama, do la brida
trajo al barón, instando a la partida.

Mas vino al paladín el pensamiento
de examinar el fondo de la cueva,
y se dirige al boquerón pizmiento,
y a Flordelisa de la mano lleva.
De mármol vio labrado el pavimento;
y de alabastro y pórvido se eleva
a poco trecho espléndida fachada
de lámparas de plata iluminada.

Era de bronce sólido la puerta,
jambas, dintel, columnas y arquitrabe;
y en un oculto nicho descubierta
por la discreta Flordelís la llave,
con ella es la interior estancia abierta,
que era una luenga embovedada nave;
en cien hacheros blanca cera ardía
que claridad perpetua mantenía.

Bajo un dosel de plata, que doblado
repite el resplandor de tanta llama,
aparece alto lecho de brocado,
y en él una gentil difunta dama.
En caracteres de oro está grabado
sobre un negro padrón junto a la cama
un letrado que dice: «Aquel que fuere
llegado a este lugar sepa que muere,

«Si a pasar adelante se aventura,
no haciendo antes solemne juramento
de vengar a esta exánime hermosura
dando a su matador digno escarmiento;
y en don se le concede, si lo jura,
un corcel que en la estampa y el aliento
salvo uno solo a cuantos hay excede,
y a dos pasos de aquí montarle puede.

«Caballo de cristiano ni de moro
en el presto correr no le es igual,
pues deja atrás al mismo Brilladoro
y al famoso Bayardo, otro que tal.
Atado está en sutiles lazos de oro,
y cubierto de diáfano cendal;
de paramentos, riendas, freno y silla

y lo demás, provisto a maravilla».

A sí mismo se da la enhorabuena
de este hallazgo el señor de Montalbano.
Luego colgado ve de una cadena
un libro, en roja tinta escrito a mano,
do la historia leyó, con harta pena,
de un tierno amor y de un ardid villano,
y de la dama la infelice suerte,
y por qué causa, y quién le dio la muerte.

Del rey de Babilonia Trufaldino
arriba varias veces mencionado,
según contaba el libro, era vecino
un conde, de linaje señalado
y gran virtud; por donde ser le avino
de aquel perverso mortalmente odiado;
llamábase este conde Floridelo,
y castellano fue de Montebelo.

Con él vivía una menor hermana
hermosa, y en el mismo grado honesta.
El libro, que la llama Floridana,
dice que en lo discreta y lo modesta,
lo bella, lo graciosa y lo galana,
no hubo mujer cabal, o éralo ésta,
y que con fino amor, puro y constante,
de un caballero amada fue y amante.

El sol no vio, que todo el mundo gira,
como éste, un par de amantes en la tierra.
Si la beldad de Floridana admira,
valor igual en Melidor se encierra,
que entre la gente babilona y sira
famoso fue en la paz como en la guerra;
cortés, bizarro, liberal sin tasa,
y solamente de ventura escasa.

Que, como a un claro mérito inhumana
madrastra la Fortuna siempre ha sido,
no pudo de su cara Floridana
Melidoro llegar a ser marido.
El conde Floridelo, que su hermana
a un poderoso duque ha prometido,
al sin ventura Melidor la niega,
y la empeñada fe y palabra alega.

El libro añade que de foso y muro
se hallaba Montebelo circundado,
sobre la cumbre de un enhiesto y duro
cerro tan sabiamente edificado,
que por cualquiera parte está seguro
por cualesquiera fuerzas amagado,
y solamente vil superchería
defensas tantas allanar podía.

El Babilonio muchas veces quiso
por arte o fuerza conquistar la plaza;
y hallando a Floridelo sobre aviso,
mientras como enemigo le amenaza,
su intento posponer creyó preciso,
y con traidoras muestras lo disfrazo;
y para al fin salirse con su tema
valerse resolvió de stratagemas.

Averiguada el malandrín tenía
de aquellos dos amantes la maraña;
y sabiendo en qué parte andar solía
a caza Melidor, se da tal maña
que con él se hace contradizo un día,
traba conversación y le acompaña;
júrale que de tiempo atrás ha estado
a su valor y fama aficionado.

Y cuando cree que franco está el camino
del joven Melidor al pecho hidalgo,
de un punto en otro a sus amores vino:
«Si os merezco servir, le dice, en algo,
entendido tened que os patrocino,
y disponed de cuanto puedo y valgo.
Sé de vuestro rival la intriga toda,
y de la dama la forzada boda».

Como artificio en Melidor no cabe,
y le ciega el amor de Floridana,
que algo se oculte imaginar no sabe
bajo tan noble oferta y cortesana.
Cual náufrago que hundirse ve la nave,
batida de furiosa tramontana,
y en este afán se abraza a la más leve
tabla, pensando que a salud le lleve;

Así amor que esperanza desampara,
de lo más flaco y débil echa mano.
¿Quién, sino Melidor, imaginara
poner la suya en este rey tirano?
¿O quién le diera fe, cuando mirara
otra vislumbre de socorro humano?
Vese perdido, y ve una senda abierta
de salvación que tal juzgó la oferta;

y sin ver más la acepta, y ya la hora
de poseer el caro bien le tarda;
que hallando asilo en Babilonia ahora,
ni Floridel ni el mundo le acobarda.
Manda, pues, por mensaje a su señora
que si la fe que le juró le guarda,
venga con él a verse, y a extranjera
tierra le siga; y que en tal parte espera.

Ella, que tanto amaba al caballero
como era dél con tierno amor querida,
le escribe por el mismo mensajero:
«Pronta estoy; apresura la partida;
llega mañana el duque; mas primero
que unirme a él me quitaré la vida,
que vivir no me es dado sin quererte;
soy tuya, esposo mío, hasta la muerte».

Sale, pues, y a la hora y al minuto
concertados se juntan, y con presta
fuga a un palacio van, donde el astuto
Trufaldín los recibe a mesa puesta;
y del largo penar gozan el fruto
pasando el día en regocijo y fiesta,
¡ah! sin pensar que el último sería
de su vida y amores aquel día.

Entregado está apenas al reposo
el caballero en brazos de su amada,
cuando con gran silencio el alevoso
entra en el aposento a mano armada.
Del lado del mancebo valeroso
quitó primeramente arnés y espada;
encima se les echa con su gente,
y préndelos a entrambos juntamente.

Temblando por la suerte de su esposa

mudo contempla Melidor el hecho,
mientras la dama atónita y medrosa
pide misericordia sin provecho.
El rey, amenazando que les cosa
a puñaladas con la daga el pecho,
si no se cumple su intención tirana,
una pluma presenta a Floridana.

Y ordénale que escriba a Floridelo
que el joven Melidoro la ha robado,
y en un bosque cercano a Montebelo
con tres pajes la tiene a buen recado;
que sin rumor, para no dar recelo,
venga, y de poca gente acompañado;
que así podrá, frustrando el torpe intento
del robador, ponerla en salvamento.

Entonces de la negra alevosía
de Trufaldín se desvolvió el ovillo;
prender a Floridelo pretendía,
y apoderarse luego del castillo.
Pero nada alcanzó por esta vía;
Floridana protesta que al cuchillo
antes el cuello entregará, que sea
el instrumento de traición tan fea.

Con esto embravecido el inhumano
manda que se le traiga un hierro ardiente.
A la una se lo aplica y la otra mano;
luego en el seno lo estampó y la frente.
Mas fue la instancia del dolor en vano,
que se mantuvo hasta expirar valiente.
A Melidoro, que romper amaga
los duros lazos, traspasó una daga.

Todo esto en aquel libro se refiere,
pero en más largo cuento y más süave;
pues pone las palabras que profiere
ésta y aquél; y añade que no sabe
cuál de los dos más angustiado muere
y con dolor más enojoso y grave;
si Floridana, que abrasada expira,
o el sin ventura esposo que la mira.

Y dice más, que una hada ha restaurado
la injuriada beldad a la heroína;

que allí cerca el amante fue enterrado,
y que a par dél va a serlo la mezquina,
luego que la venganza haya alcanzado
que el decreto del cielo le destina,
cual ha de darle en tiempo no distante
un bautizado caballero andante.

Toda leyó Reinaldos la escritura,
que a maravilla y compasión le mueve,
y, con más veras nuevamente jura
que el rey traidor su merecido lleve.
Restaurose tras esto de la dura
fatiga de la lid en sueño breve;
y al rayo débil del albor temprano,
deja la cueva y monta en Rabicano.

Y cabalgando el palafrén la dama,
siguen los dos en busca del jardín,
donde con otros de alta estirpe y fama
cautivo está Roldán, el paladín.
Andando van por entre rama y rama
de un denso bosque; y llegan casi al fin,
cuando a un feo centauro ven cercano,
que a un gran león rugiente arrastra a mano.

Tenía de caballo la figura
hasta los lomos; y de allí adelante
humano pecho y cuello y catadura,
y brazos poderosos de gigante.
Habitaba la parte más oscura
de la floresta; y siempre en ella errante,
lleva un broquel, tres dardos y una maza,
y del pillaje vive y de la caza.

Tiembla de susto y miedo la montaña
toda en contorno por do va la fiera;
no hay cerca que no salve, ni alimaña
que compita con él en la carrera.
Un adulto león de fuerza extraña
acaba de atrapar, y cual si fuera
pequeño recental recién parido,
de la melena le llevaba asido.

Pues el centauro que la presa mira
nueva, que la fortuna le depara,
suelta al león que huyendo se retira,

y al animoso paladín se encara.
Un dardo con violencia tal le tira
que a cogerle de lleno le pasara.
Reinaldo esquiva el golpe, y sólo pudo
rozarle el hierro el borde del escudo.

Vuelve las ancas él, como azorado,
y luego torna, y otro dardo asesta;
mas en el yelmo de Mambrino ha dado
y hácele sólo retemblar la cresta.
El tercero también ha malogrado,
con que el garrote a manejar se apresta.
Sobre el de Montalbán se viene al trote
creyendo que esta vez le descogote.

Y cierto ha menester el caballero
toda su agilidad; tal le trabaja
aquel grueso bastón que tan ligero
a diestra y a siniestra sube y baja;
ni menos diestramente el compañero
era a Frusberta esquiva y ora ataja,
pues, amén del coraje que le anima
y de la fuerza, entiende bien la esgrima.

Ya de éste embiste y ya de aquel costado,
ya por la espalda el monstruo y ya de frente;
tanto, que el paladín atolondrado
cabeza y pulso flaquear se siente,
y le parece en giro arrebatado
moverse cielo y tierra, y finalmente,
temiendo vacilar, contra la falda
de un gran peñón tajado se respalda.

Y respaldado, esgrime así la espada
que sin provecho el tal centauro suda;
mas ¡ay! echando en torno una mirada,
a Flordelisa ve, que en susto y duda,
sin color, sin aliento, a la trabada
lid está atenta; de designio muda;
de un salto enfrente a Flordelís se planta,
y de la silla en brazos la levanta.

Y a gran galope por la selva espesa
intérnase, cargando con la dama.
Reinaldos va en pos dél a toda priesa,
y al verse así burlar, de enojo brama.

Llega el centauro a un río y le atraviesa.
«¡Favor! ¡Favor!», la prisionera clama,
pero la historia aquí suspendo, en tanto
que templo mi laúd para otro canto.

CANTO XIII

La torre de Poliferno

Tal vez alguno habrá, que habiendo oído
el caso de la bella Flordelisa,
diga que se lo tiene merecido
hembra que tales vericuetos pisa,
y que si recatada hubiera sido,
saliendo sólo con la dueña a misa,
y en vez de andar así de ceca en meca
cuidara de la aguja y de la rueca,

no en tamaño peligro se mirara,
presa de aquel vestiglo semihumano;
ni cuerdo fue, si en ello se repara,
irse de bosque en bosque mano a mano
con el de Montalbán; que, aunque pasara
la cosa en el más limpio y el más llano
y honesto modo que posible sea,
no sé si encontrará quién se lo crea.

Dice Turpín y a su opinión me allego
que la materia es algo delicada,
y que las manos no pondrá en el fuego
por Flordelís ni por la más pintada.
Yo, por mí, ni lo afirmo, ni lo niego;
de mi aldehuela vengo; no sé nada.
Bellacuelo, es verdad, Reinaldos era,
y joven, y gentil... ¡Más que lo fuera!

¿No ha de haber sino quiéreme y te quiero,
cuando una dama está sola con solo?
No siempre lo probable es verdadero,
ni todo en este mundo es trampa y dolo.
Pero a lo arriba dicho me refiero.
Siempre en tu escuela, Amor, he sido un bolo,
y llevé tú lo sabes, ¡ay!, bien raras

veces votivos dones a tus aras.

Digo, reasumiendo el cuento mío,
que Flordelís se desgañita y llora,
y que el de Montalbán se arroja al río,
donde segunda lid se traba ahora;
y con tal maña, y tal coraje, y brío,
juega el barón la espada cortadora,
que ya no ve el centauro cómo alcance
a salvar vida y presa en este lance.

Primero con la dama se abroquela
y la presenta a la enemiga espada;
mas viendo que tampoco esta cautela
ha de valerle con Reinaldos nada,
que siempre asesta el golpe a do le duela,
ya de tajo le embista o de estocada,
a Flordelisa arroja airadamente
donde más honda y rauda es la corriente.

Dicha fue no pequeña que supiera
Flordelisa nadar como una trucha,
pues darle en este trance no pudiera
ayuda el paladín poca ni mucha.
Nadando la mezquina saca fuera
la húmeda faz, y con las ondas lucha.
Arrebatada del raudal violento
desaparece a la vista en un momento.

De loca rabia en tanto poseído
el biforme animal la clava esgrime;
zumba el cercano bosque estremecido,
y el aire en torno abriendo espacio gime.
En tres o cuatro partes está herido,
y parece, al mirarle, que le anime
a cada nuevo golpe vida nueva,
y al universo a contrastar se atreva.

Aunque enrojece con su sangre el río,
aflojar no semeja en el empeño;
antes juntando ahora todo el brío
y toda la pujanza de que es dueño,
recula para dar más poderío
al golpe que medita; alza el gran leño,
en los traseros pies el cuerpo libra,
carga a la vez, y un altibajo vibra.

Capaz de destrozar era el porrazo
un monte, cuanto más un caballero;
pero, al bajar, el furibundo brazo
encuentra de Reinaldos el acero.
Como desnudo está, sin embarazo
la aguda punta le taladra el cuero,
y el rollizo lagarto le barrena,
de sangre abriendo caudalosa vena.

Suelta la clava la doliente mano,
y brinca el monstruo a la contraria orilla.
Síguele como un rayo Rabicano,
y sin cesar Reinaldos le acuchilla;
los cascos alza y coces tira en vano;
en vano, que del lomo a la tetilla
atravesado, casi a un mismo punto
cayó bramando y se estiró difunto.

No sabiendo el barón qué rumbo elija,
ni cuál sea de la dama el paradero,
hacia el septentrión acaso aguija,
y a la Fortuna fía el derrotero,
que al jardín del Olvido le dirija,
do vive el conde Orlando prisionero,
o el jurado castigo a dar le lleve
a la maldad del Babilonio aleve.

Mas mientras él camina a la ventura,
al cerco retornemos de la Roca,
do todavía la batalla dura,
y la brigada nueva que se aboca
al tártaro Agricano, así le apura,
así le da molestia y le sofoca,
que de salir con honra y vida entera
casi estoy por decir que desespera.

Circunda la ciudad un ancho río,
que de una y otra parte abarrancado,
aun en lo más ardiente del estío
ni el curso enfrena ni permite vado.
De Albraca el populoso caserío
sobre un pendiente risco está fundado,
y almenada muralla le da en torno,
a par que fuerza y que defensa, adorno.

Coronada de blancos torreones,
está la ciudadela en lo más alto,
que de cien poderosos escuadrones
no tiene miedo al combinado asalto.
De bastante presidio de barones
el muro en derredor no estaba falto,
ni de la ciudadela el arduo asiento,
de la bella princesa alojamiento.

Y por la sola parte que no lava
aquel gran río el empinado muro,
completa las defensas honda cava
con puente levadizo bien seguro.
Éste, como antes dije, alzado estaba;
y Agricán, entre tanto, en el apuro
de abrirse retirada, suda y gime,
y cada vez más multitud le oprime.

Por cada calle un escuadrón avanza,
que acortar le hace el paso a su despecho.
Lluvia de piedras y de dardos lanza
cada torre a su vez, y cada techo.
Casi ya sin aliento ni esperanza
el Tártaro a la turba opone el pecho;
cuando ofrecerle la Fortuna quiso
salvamento y victoria de improviso.

Fue el caso que la tropa, o la ralea
mejor diré, que guarda muro y puente,
viendo cuán densa turba al rey rodea,
desguarnece sus puestos de repente,
y al paraje en que el Tártaro pelea,
toda se dirigió concordemente
a tomar parte en el provecho y gloria
de la que ya juzgó fácil victoria.

Afuera en tanto una brigada escala
el ya desierto muro; y con violenta
irrupción penetrando, el puente cala,
y franco el paso a los demás presenta.
No hay avenida que los campos tala,
no hay rápido torrente que revienta
forzando el dique, y se derrama hinchado
llevándose rediles y ganado;

como la hueste tártara furiosa,

que a la turba circasa y albracana
de tropel arremete, estrecha, acosa,
postra, destruye, y cuanto encuentra allana.
Caballeros, peones, nadie osa
resistir. Sacripante se amilana,
y a salvar la amagada ciudadela
con las reliquias de su gente apela.

Viendo su pobre pueblo así deshecho,
tirase del cabello la Princesa,
y se tuerce las manos de despecho,
y en hondos ayes su dolor expresa.
La gran ciudad el enemigo ha hecho
en pocas horas mísera pavesa;
ponen doquier los lúgubres despojos
espanto a los oídos y a los ojos.

Aquí fuego, allí sangre, allá ruina,
grita acullá y estrépito y tumulto.
Uno roba, otro viola, otro se inclina
a matar solamente, y mata a bulto.
No la inocencia al párvulo apadrina;
no valen las plegarias al adulto;
no a la vejez las canas; no la bella
pálida faz ni el llanto a la doncella.

Ni el sacro templo reverencia inspira
a la crueldad, de sangre y presa avara.
Entre la refugiada plebe expira
el sacerdote ensangrentando el ara.
Ya donde fue la Albraca no se mira
muro o pared enhiesta, sino rara;
y cubre el suelo yermo la insepulta
gente, a que el vencedor, aun muerta, insulta.

La ciudadela sola se mantiene
de tanto estrago y destrucción exenta.
Trufaldino a esconderse en ella viene;
luego el turco Torindo se presenta,
y Sacripante, que consigo tiene
caballeros de pro como cincuenta,
herido en partes nueve o diez, cubierto
de polvo y sangre, y más que vivo, muerto.

Esto es de tantos miles lo que resta,
y en lo que su salud la reina fía,

pues, aunque tanto el resistir le cuesta,
resiste, sin embargo, todavía,
jurando derramar su sangre en esta
desatentada desigual porfía,
antes que de Agracán llamarse esposa.
Mas lo peor de todo es otra cosa.

O traición sea, o negligencia acaso
que Turpín, si lo supo, se lo calla,
está el castillo sumamente escaso
de la más necesaria vitüalla.
Manda, pues, el doliente rey Circaso
que, mientras pueda él mismo ir a batalla,
los víveres se tasen a la gente,
y que de los caballos se alimente.

Angélica les dice: «Yo pretendo
ir a traeros prontamente ayuda,
y deudos y vasallos requiriendo,
la fortuna otra vez poner en duda.
Entre tanto a Mahoma os encomiendo,
que a vuestro acorro, como debe, acuda;
y si no os vuelvo a ver, amigos míos,
dentro de un mes no pido más, rendíos.

«No me culpéis de temeraria o loca
que emprenda tal; que si me pongo al dedo
este encantado anillo o en la boca,
cosa, no sé, que deba darme miedo.
Algo, amigos, por vos hacer me toca;
pues ¿cuánto más lo que segura puedo?»
Tras esto un tierno adiós dice al amante,
casi ya moribundo, Sacripante.

Y después que al esfuerzo y la prudencia
de Trufaldino y de Torindo encarga
que la Roca defiendan en su ausencia,
la cual espera en Dios no será larga,
cabalgando con presta diligencia
su cándida hacanea, el paso alarga,
y a la luz de la luna bajó al llano
que la hueste ocupaba de Agricano.

Postrado a todo el mundo tiene el sueño
después de los afanes de aquel día,
y trabajo costara no pequeño

al muerto distinguir del que dormía.
Vaga un caballo acá y allá sin dueño;
ningún hogar, ninguna luz ardía;
la luna sola fríos rayos vierte
sobre esta escena de pavor y muerte.

Como que lleva para no ser vista
el anillo en la boca la Princesa,
sin que nadie le estorbe o le resista,
segura el campo tártaro atraviesa;
y cuando dél bastante trecho dista,
y ya el peligro, a lo que juzga, cesa,
pasó el anillo de la boca al dedo,
y el verde llano recorrió sin miedo.

Al rojo alborear de la mañana
cerca de un ancho río vio acostado
un vejancón de luenga barba y cana,
que así le dijo: «Sea Dios loado,
que a este lugar en hora tan temprana
os ha, señora mía, encaminado,
porque, según las señas que en vos noto,
de un tierno padre el cielo ha oído el voto.

«Un hijo tengo en la última agonía;
y si mediante alguna yerba o droga,
o algún secreto que sepáis, la impía
fiebre que le consume se desfoga,
muy mayor bien que el de esta vida mía,
vida caduca y mise... aquí le ahoga
un tropel de sollozos lastimeros
caduca y miserable, he de deberos».

Ella, naturalmente cariñosa,
«No llores, le responde, buen anciano,
que sé de yerbas y de cuanta cosa
el cuerpo adoleciente torna sano».
Así dijo; y de nada temerosa,
desmonta luego, y con la rienda en mano
va paso a paso a do el traidor la guía,
el cual era la misma hipocresía.

De una torre llegaron a la puerta,
que, al dar el conductor una aldabada,
al punto fue del otro lado abierta,
y entrados ellos, otra vez cerrada.

Entonces la añagaza es manifiesta:
de mujeres la torre está poblada,
que prende y guarda en ella aquel vejete,
bribón de siete suelas y alcahuete.

De Poliferno el tal era vasallo
el rey de Hircania, mencionado arriba,
que proveedor le ha hecho de un serrallo
en que del Asia está la flor cautiva.
Cuando el rey le mandaba renovallo,
por el país cazando damas iba;
y no hay mujer que, vista, se le escape,
y que por fuerza o por ardid no atrape.

Estando ya la torre bien surtida,
llevarlas piensa al rey en caravana.
Tiene de rubias una gran partida,
y de morenas multitud mediana;
cuál, zahareña, y cuál es relamida,
cuál, grande, y cuál, rechoncha, y cuál, enana;
todas de fresca edad y todas bellas;
y nuestra Flordelisa es una dellas.

Porque, como arrojada por el fiero
centauro iba nadando río abajo,
dio con aquel grandísimo embustero,
que la pescó y a la prisión la trajo.
Para hacer el encierro llevadero,
cuéntanse unas a otras su trabajo;
una llora, otra al verse de esta guisa
se desespera, y otra lo echa a risa.

Narraba al auditorio compasivo
su historia Flordelisa sollozando,
y del jardín les habla en que cautivo
está con Brandimarte el conde Orlando;
y el gran centauro píntales al vivo
con quien quedó Reinaldos peleando;
y cuanto sabe, en fin, les despepita;
que así consuela una mujer su cuita.

Con gemidos y lágrimas la fina
y tierna fe les dice de su amante,
que forzado galán de Dragontina
de la encantada huerta es habitante.
Llega en esto otra joven peregrina

que acaba de apresar aquel tunante,
y se abre de la torre la barrera
a recibir la triste prisionera.

Todo lo oye y lo ve con gran cautela
Angélica, y de todo se socorre;
y, como para entrar la Damisela
recién cautiva en la malvada torre,
se entreabriese el portal, por él se cuele
anillo en boca, y por el campo corre.
Do está Roldán, ha oído a Flordelisa,
y marcha en busca suya a toda prisa.

De tal virtud, si bien incomprendible,
es la sortija aquella, que, en la boca,
no sólo al que la tiene hace invisible,
sino a cuanto cabalga y lleva y toca.
Y sepa el criticastro incorregible
que murmura y en duda lo revoca,
que un Arzobispo es quien lo escribe, y sea
o no mentira, es justo se le crea.

Así que, della Angélica provista,
iba, sin que la vieses, por doquiera;
y bien poco ganara en no ser vista
dado que verse el palafrén pudiera.
Ni en lo improbable algún lector insista
de que en la torre a mano le tuviera;
hallarse a punto y con el freno y silla,
recién llegado aún, no es maravilla.

Angélica, espolea que espolea,
fatiga al sobredicho palafrén,
o si se quiere, llámese hacanea,
que no me importa el nombre que le den,
y dónde el Río del Olvido sea
y de la maga el deleitoso Edén,
pregunta ansiosa, y llega últimamente
al Río, y sin estorbo pasa el puente.

Cupo la guarda, en este propio día,
de la mágica huerta a don Roldán.
La silla a cuestras, Brillador pacía.
Pende el rojo pavés de un arrayán.
Él, tendido a la larga, parecía
estar embelesado en ver cuál van

de guija en guija con murmullo blando
las linfas de una fuente serpeando.

De caballeros por el parque gira
gallarda tropa; calza aquél la espuela;
éste bohorda; esotro al blanco tira,
o azor mudado o gerifalte vuela;
mientras que Clarión pulsa la lira,
puntea Brandimarte la vihuela;
cantaba con Grifón el rey Balano;
aquél hico el tenor y éste el soprano.

«El velo que te ciega se descorra»,
dice la Dama; y el anillo apenas
a Orlando aplica, en él la imagen borra
que le tiene en suavísimas cadenas.
Como el que vuelve en sí de una modorra
en que el ardor de las turbadas venas
la mente le embargó, los ojos gira,
y no sabe si vela o si delira;

así perplejo Orlando y vacilante
duda si es realidad o fantasía
lo que le pasa; y más al ver delante
la beldad que buscado en vano había.
Revive en él, y crece, instante a instante,
el muerto amor; aquel amor que un día
le hizo afanar con incesante anhelo
por la que allí bajada cree del cielo.

Angélica le da noticia entera
de su prisión y del jardín hadado,
y de cómo le tiene la hechicera
de razón y memoria enajenado;
y cuéntale de Albraca la postrera
fortuna, el rostro en lágrimas bañado,
y que ha venido a demandarle ayuda,
y que obtenerla de su amor no duda.

Luego a Balán y a Brandimarte frota
la piel, y a los demás, con el anillo.
Mas Dragontina lo que pasa nota,
y a todo su poder quiere impedillo;
al arma suena; el campo se alborota;
consejo vano, que jardín, castillo,
y cuanto aquel florido espacio adorna,

en humo y viento y soledad se torna.

Esta metamorfosis repentina
contempla cada cual absorto y mudo,
hasta que Orlando en un padrón se empina,
y les hace, en el tono un poco rudo
que el uso de las armas adoctrina,
la más discreta alocución que pudo,
probando que piedad, justicia, fama
a la defensa obligan de la Dama.

Y la furia describe de Agricano,
y de la Albraca la fatal tragedia,
y el riesgo de que toda caiga en mano
de la bárbara chusma que la asedia
y ha de meterla a fuego y sacomano,
si Dios por su piedad no lo remedia,
y cori presto favor no se le acude,
para que el fiero, Kan de intento mude.

Todos conformemente han aceptado,
y juran ir de Orlando en compañía.
Mas aquel Trufaldino, que amasado
era de falsedad y felonía,
y desde tamañito fue malvado,
y lo era más y más de día en día,
una de las que sabe, urdir pretende;
a Sacripante y a Torindo prende.

Heridos, como están, difícil cosa
no ha sido este atentado a la pandilla
de gente desleal, facinerosa
que para tales hechos acaudilla.
En la cueva más honda y tenebrosa
con los demás que descuidados pilla,
turcos unidamente y circasianos,
atados encerró de pies y manos.

Y luego al Kan envía una embajada
diciendo que Torindo y Sacripante
a su mandado están, y que entregada
la ciudadela le será al instante.
Mas no bien fue la cosa declarada,
hinchados los carrillos, centelleante
la airada catadura, a la propuesta
del mensajero el rey así contesta:

«Por vida de quien soy, que con mi mano,
si no te escondes a la vista mía,
te descuartice, malandrín villano.
Huye, y di de mi parte al que te envía,
que jamás con traidores Agricano
usó tratar, y que se acerca el día
en que a los dos, para escarmiento y pena,
colgaros he de la más alta almena».

El triste mensajero que el semblante
ve de Agricán en cólera inflamado,
y hubiera, por estar de allí distante,
de Trufaldín las dos orejas dado,
no se hizo de rogar, tomó el portante,
por no exponerse a algún desaguisado,
y un poco más veloz de lo que vino
tornó con el mensaje a Trufaldino.

Iba en este comedio el conde Orlando
por aquellos desiertos noche y día,
con la princesa del Catay trotando
y con su valerosa compañía;
y de una cumbre altísima bajando
los campos vio de Albraca, que cubría
a todos vientos infinita gente,
en armas y colores diferente.

Tanto estandarte ven, tanta bandera,
y tanto pabellón, y tropa tanta,
que desistir Angélica quisiera,
según la inmensa multitud la espanta;
pero no es hombre Orlando que lo hiciera;
antes con más denuedo se adelanta.
«Por entre todo ese soez gentío
salva, le dice, irás, tesoro mío».

Guerreros nueve el animoso bando
cuenta, que en orden triple se reparte.
Cabalga a la vanguardia el conde Orlando,
y a su lado el bríoso Brandimarte;
el centro Adrián y Uberto iban formando,
con Aquilante y Claros, nuevo Marte;
la retaguardia es de Antifor, Balano,
y el buen Grifonio, de Aquilante hermano.

Los cuales eran hijos de Oliveros,
no inferiores al padre en bizarría,
aunque a la bella cara los primeros
mostachos hacen sombra todavía.
En medio de estos nueve caballeros
toda medrosa Angélica venía,
y de pensar temblaba en la contienda
que les aguarda, desigual y horrenda.

Como al pasar en tropa un ancho río
diz que acostumbra el pródigo elefante,
que a los de menos fuerza y menos brío
el de más vasta mole va delante,
y desbravando él solo el poderío
de la rauda avenida resonante
a los demás con el ejemplo incita,
y el peligroso vado facilita;

no de otra suerte el bravo Orlando avanza,
y sonando el gran cuerno mientras tanto,
aquel que a millas veinte a oírse alcanza,
y a cuantos le oyen pone horror y espanto,
con voz que se duplica en lontananza
reta al rey de Tartaria, a Radamanto,
Savarón, Poliferno, Santarúa,

y a cuantos otros en el campo había.
Súbita alarma y súbito alarido
discurre por las bárbaras hileras;
todo el mundo a las armas ha corrido;
descógense estandartes y banderas.
Cual vasto mar, que reposó dormido,
si las calladas ondas placenteras
airado vendaval silbando azota,
hierve improvisamente y se alborota;

así se alza el clamor y se dilata
por la que Albraca fue, va vasta arena.
Agricano las armas arrebatá,
y que Bayardo se le traiga ordena;
jaquelado pavés de negro y plata
embraza, y negro morrión estrena,
que por cimera en vez de airón galano
lleva una Muerte con guadaña en mano.

Discurre el noble Kan de Tartaría

que el vicio Galafrón es quien le ataca,
del cual tuvo noticia que venía
en acorro de Angélica a la Albraca.
¿Ni cómo imaginar que provenía
toda esta confusión, esta alharaca,
de nueve caballeros solamente,
contra tan grande número de gente?

Y por eso al corcel poniendo espuela,
seguido del gigante Radamanto,
corre el valiente Rey, que se las pela,
su campo a defender; mas entre tanto
que él corre, o por mejor decir, que vuela,
yo, interrumpiendo un rato breve el canto,
tomo para mi lira plectro nuevo,
como para tan alto asunto debo.

CANTO XIV

Orlando en Albraca

El poeta filósofo del Lacio
dice que la mujer yo no interpreto
literalmente, porque el propio Horacio
se lo prohíbe a un traductor discreto;
y si bien ocupando igual espacio
puede expresarse en castellano neto
la misma cosa, hacerlo así sería
al bello sexo gran descortesía.

Dice que la mujer, ya antes de Helena,
guerras al mundo ocasionó fatales,
cuando el hombre, erizada la melena,
luenga la barba, en grutas y jarales
vida vivió de sobresaltos llena,
y sus rudos instintos animales
con gritos y baladros exprimía,
sin rey, ni ley, ni juez, ni policía.

No hubo aceros allí, pavés, ni cota,
y los inciertos amorosos goces
se disputaban, como la bellota,
a puñadas tal vez, tal vez a coces;

andaban nuestros padres en pelota;
pero todo cambió; cunden precoces
artes de destrucción; la ciencia avanza;
se inventan arco y honda, espada y lanza.

El derecho de gentes, aunque justo,
como el de ahora, usaba otro lenguaje;
tirano entre los flacos el robusto
hablaba a lo soez y a lo salvaje.
Decía: «A mí me toca hacer mi gusto,
porque tengo más fuerza y más coraje;
y todo aquel que osado se me oponga,
sepa que este puñal le desmondonga».

Así habló la razón, así el derecho;
hoy a no ser en uno que otro caso
no va un rey de ese modo a vías de hecho;
y si saca su hueste a campo raso,
el probar que su fuerza y su provecho
son la justicia, es necesario paso;
y bien porro será quien no lo pruebe
en nuestro sabio siglo diez y nueve.

Ni fue el tipo de Aspacias y Lucrecias
el mismo que después: ancho el cogote,
y fornida la espalda, y carnes recias,
y encallecido el pie de andar al trote,
y un ribete de zafias y de necias,
eran donaire y hermosura y dote;
y el rapazuelo a la materna ubre
mamaba lo rollizo y lo salubre.

Por este de beldad primer instinto,
temprana Troya, ardió la choza un día,
y el arroyo corrió de sangre tinto,
y el adüar cambió de dinastía.
Tipo después acá y allá distinto
prevaleció; la griega fantasía
encarnó el suyo en palpitantes bronces;
¿mas fue mejor que el de antes el de entonces?

Creo que una joroba no hermosea,
que un hombre sin nariz no es un Apolo,
y que la calva es una cosa fea
en el austral y en el opuesto polo;
sigo también la popular idea

de preferir dos ojos a uno solo;
en esto mis creencias recopilo
sobre lo bello; en lo demás vacilo.

Pero cualquier dechado de hermosura
que una edad reconozca y autorice,
cualquiera que el lenguaje y la armadura
sean con que le ensalce y patronice,
siempre de amor la loca travesura
y de ello Salomón que así lo dice,
dejó en sí mismo insigne documento
de la razón se burla y del talento.

Testigo este Agricán, que delirando
de amor conmueve el Asia, y luto y duelo
a tantas gentes da; testigo Orlando,
de varonil virtud cabal modelo
en otro tiempo, ahora oprobio infando
de la cristiana fe, del patrio suelo,
embelesado en tontos amoríos,
indignos de su fama y de sus bríos;

Testigo Sacripante, que destruye
todo su pobre pueblo circasiano
por un mentido bien, que se le huye,
cuando ya piensa en él poner la mano.
Y a tanto adorador ¿qué retribuye
por el largo penar y el cotidiano
peligro de la lanza y de la espada
esta mujer falaz, desamorada?

Desamorada para todos, menos
el que odia y vilipendia su hermosura;
por éste sólo anubla los serenos
ojos, a los demás o falsa o dura.
¡Cuántos por ella extensos campos llenos
están de informes troncos, inmadura
mies de la Parca! Y ya su altar infausto
viene en sangre a bañar nuevo holocausto.

Forman los dichos caballeros nueve,
aunque pequeña, irresistible escuadra;
la cual, por dondequiera que se mueve,
enteras huestes rinde, abre, taladra.
Como a una causa al parecer tan leve
tanto tumulto en su opinión no cuadra,

ignorando Agricán qué cosa sea,
dudoso un breve instante titubea.

Mas luego Orlando le quitó la duda,
que se le fue, con Durindana, encima.
No recibió Agricán jamás tan cruda
carga, y el mismo rey así lo estima.
En vano se enfurece, en vano suda,
en vano apela al arte de la esgrima,
en vano el tiempo y el esfuerzo gasta;
escasamente a defenderse basta.

Metiose por fortuna de repente
entre los dos gran golpe de canilla,
y a pesar de uno y otro combatiente
partida fue la horrífica batalla.
Orlando se reúne con su gente,
y empujan juntos la cerrada valla
de tanta espada, lanza, pica, porra;
no hay sino su valor que los socorra.

Como silbante plomo un baluarte
de débiles adobes aportilla,
las filas de este modo rompe y parte
a gran correr la intrépida cuadrilla.
Descabezados troncos de una parte
y otra cayendo van que es maravilla.
Al ver delante tanta sangre y tanto
destrozo, tiembla Angélica de espanto.

Pues Agricán, que al fin se desembarga
del gran tropel en que arrastrado gira,
y ve los caballeros a no larga
distancia, y la beldad por quien suspira,
pensad con qué furor vuelve a la carga,
y con cuánta violencia Amor le tira,
cuando a la mano el cielo le coloca
la prenda antes guardada en la ardua Roca.

Contando que le echaba ya la uña,
aguija hacia los nueve; y como era
el buen Roldán la punta de la cuña
que hace en las filas tártaras tronera,
embístele; y si bien no le rasguña
las encantadas carnes, de manera
le muele y le magulla y le fatiga,

que a recogerse en el pavés le obliga.

En esto Radamanto, el jayanote
que al Duque derribó, da en la tetilla
a Balán con el asta; al recio bote
va al suelo el rey, hundida una costilla;
pero esgrimiendo el corvo chafarote
lava con harta sangre esta mancilla;
terrible cosa de mirar fue aquélla;
de un tajo solo, a dos o tres degüella.

A su corcel por todas partes busca;
que pueda recobrarlo dificulto,
pues tan espesa polvareda ofusca
los ojos, y tan grande es el tumulto,
el confuso tropel y la chamusca,
que a cuatro pies no se distingue un bulto;
triste de aquel que pierde en ella el tino,
pues de salud no encontrará camino.

Visto que le hubo en tan dudoso estrecho,
fue a socorrer Grifón al rey Balán;
y como en otro encuentro se le ha hecho
pedazos el lanzón, y aquel jayán
el suyo enristra y se lo apunta al pecho,
temeroso Grifón de algún desmán,
tírale un tajo que le corta el asta
en dos pedazos, como blanda pasta.

Radamanto, arrojando el cabo al suelo,
recibe con la espada al adversario.
Trábase igual entre los dos el duelo,
y danse golpes con suceso vario.
No se llevaba el uno al otro un pelo
de ventaja; y durora el sanguinario
trance sin duda alguna todo el día,
si no se entrometiera Santarúa;

Santarúa de Suecia, que ha querido,
por sus pecados o su mala estrella,
lidiar con Antifor; y le ha cabido
tan desmedida zurra, que atropella
atolondrado y casi sin sentido
por cuanto encuentra al paso, y va y se estrella
con Radamanto y con Grifón, haciendo
tanto alboroto y confusión y estruendo,

que el corcel del gigante se dispara
y por las filas rompe como flecha.
Crece la turbación y la algazara;
todos corren a izquierda y a derecha;
corren, y nadie vuelve atrás la cara,
y cada cual a su vecino estrecha;
éste empuja, aquél vuelca, esetro casca;
parece el campo súbita borrasca,

cuando a lo lejos por la mar serena
levanta el viento cressa espuma, y cunde
de un lado y otro el temporal, y suena
más y más, según raudo se difunde,
hasta que el horizonte en torno llena,
y vasta playa estrepitoso tunde;
corriendo el campo va del mismo modo
la horrenda gresca, y lo alborota todo.

Miraba el ruso Argante en otra parte
la reñida refriega, y a su vista
hubo de presentarse Brandimarte,
a quien nada parece que resista.
Un rato aquel bribón se estuvo aparte,
atisbando el momento en que le embista;
y cuando la ocasión vio favorable,
cierra con él, llevando en alto el sable.

Brandimarte, si bien la desventaja
tuvo al principio, se repuso luego;
sube el acero prestamente y baja,
y sigue entre los dos igual el juego.
Y de los nueve cada cual trabaja
no menos; y al herir no dan sosiego
Adriano, el conde Claros, ni Aquilante,
ni el Rey Balán, que haciendo va de infante;

ni Antifor, ni Grifón, ni el conde Uberto,
ni Roldán, sobre todos animoso;
los cuales juntamente y de concierto,
acuchillando a roso y a velloso,
dejan rastro larguísimo cubierto
de un cúmulo de muertos espantoso;
pero por más que ayudan a Balano,
fue menester dejarle en el pantano.

Tremendo fue el destrozo, extravagante;
y sin embargo, vese siempre el mismo
descomunal ejército delante,
que no cabe en el campo, ni en guarismo;
en medio de la trápala incesante,
parece que regüelda el hondo abismo,
y que de tanta multitud se ahita,
y nuevamente al mundo la vomita.

Un poco menos fácil el camino
a la pequeña hueste se ofrecía,
pues se lo cierran Agricán, Brontino,
Lurcón y Poliferno y Santaría.
Éste, llevando a Uldano de padrino,
a Antifor nuevamente desafía;
y sostiene a los dos aquel bergante
de Radamanto, y a los tres Argante.

Peleaba Antifor heroicamente
Con todos cuatro; pero a tanto exceso
no pudo contrastar, por más valiente
que fuese; en suma, le llevaron preso.
Y vueltos al lugar do el remanente
de la cuadrilla aguanta el grave peso
de la enemiga hueste, con más brava
furia la sanguinosa lid se traba.

Hace la escolta de la bella dama
prodigios de valor en su defensa;
pero Agricán, que cada vez se inflama
en pasión más ardiente y más intensa,
«A ellos» furibundo, «a ellos» clama,
y arremete de modo que no piensa
nadie sino en salvar la propia vida,
de cien opuestas puntas combatida.

La Dama, al verse en tan estrecho paso,
apelar al anillo determina;
mas metiolo en el seno por acaso
al salir del jardín de Dragontina;
y buscándolo ahora ¡fuerte caso!,
no pudo hallarlo; y casi desatina
creyéndolo perdido, y que en perdello
a su mala ventura ha puesto el sello.

Del cabello se tira, y se maltrata,

y al Conde voces da que la: liberte.
El Conde se enfurece, se arrebata,
y llamaradas por los ojos vierte;
tíñesele la cara de escarlata,
y aprieta las rodillas de tal suerte
que no tuvo vergüenza Brilladoro
de echarse a tierra, y brama como un toro.

Mas álzase ligero, que el sañudo
Conde le hace saltar de un espolazo.
Ni es ya a sus iras suficiente el crudo
herir de punta y filo y cintarazo;
échase a las espaldas el escudo
como si le sirviera de embarazo,
y con ambas las manos empuñada
brilla como un relámpago la espada.

Muévese Durindana, que no fuera
cosa fácil decir si sube o baja;
y abriendo a su señor ancha carrera,
batallones enteros desparpaja;
asombro da mirar de qué manera
punza, troncha, cercena, hiende, taja;
horroriza el silbar de la iracunda
espada, que de sangre el suelo inunda.

A un peón que se mete en la jarana
deguella; y fue la cosa divertida;
tiene tan fino el corte Durindana,
y cuando el buen Roldán le infunde vida
con tal blandura y suavidad rebana,
que el pobrecillo no sintió la herida,
y dando tajos con el ojo abierto,
andaba acá y allá, y estaba muerto.

Ocasión de su propia desventura
fue al pobre Radamanto su grandeza.
Viole tan alto Orlando, y se la jura.
Tírale un gran fendiente a la cabeza,
y de la coronilla a la cintura
le parte en dos, y ni aun allí tropieza,
que hasta los dos arzones ha tajado;
cayó medio jayán de cada lado.

Hállase Saritrón algo adelante,
haciendo de peones gran cosecha,

y vista la tragedia del gigante,
de escabullirse la ocasión acecha.
Rebanole la espada fulminante
el tronco de la izquierda a la derecha;
cayó el sangriento busto al pie de Orlando,
y siguen las dos piernas cabalgando.

Hácele igual honor al rey Brontino,
pues de un revés le corta la cabeza,
que con el yelmo y la cimera vino
rodando por el campo una gran pieza.
Pendragón, rey de Gocia, en el camino
estaba por descuido o por simpleza;
tírale Orlando al cuello una estocada,
y le salió por la cerviz la espada.

La cual, no hallando obstáculo bastante,
hasta la guarnición no es mucho que entre,
ni que, como esconderse piense Argante
detrás de Pendragón, saliendo encuentre
la punta de la hoja penetrante
al pobre diablo, y le barrene el vientre;
cae muerto Pendragón, y al mismo punto
Argante echó a correr medio difunto.

Corría el infeliz cuanto podía,
sobre el arzón llevando la asadura,
mientras que Orlando en pos también corría,
que la cuestión finalizar procura;
y de paso una gran carnicería
hace de cuanto encuentra en la llanura.
¿A qué pedir perdón, merced ni gracia?
que su furia, aun matando, no se sacia.

No hay terremoto, no hay tormenta oscura,
ni rápida avenida, que le iguale;
no le resiste espada ni armadura;
hüir o pelear lo mismo vale;
pone espanto de lejos su figura,
que entre un montón de muertos sobresale;
parece que en el yelmo el rostro le arda;
todos al verlo gritan: «¡guarda! ¡guarda!»

Con Agricán batalla pavorosa
trababa en tanto el joven Aquilante,
cerca de donde Angélica llorosa

llamaba a voces al señor de Anglante.
Era ya de Aquilante peligrosa
la situación; mas llega en ese instante
el Conde, quebrantando armas, bridones,
banderas, caballeros y peones.

Como era aquel mancebo su pariente,
sobrino de Alda bella, y le traía
a mal traer el Tártaro inclemente,
y las plegarlas de su dama oía,
quiso librar el pleito a un gran fendiente
sobre el testuz del rey de Tartaría;
tigre sobre la res no da igual salto
que el Conde sobre el rey, la espada en alto.

En la cabeza el más desapiadado
golpe que dado fue jamás, le asienta.
Merced al morrión, que era encantado,
Agricán, si no es eso, no la cuenta.
Quedó el rey de sentido enajenado,
y apenas a caballo se sustenta;
mas el gentil bridón, huyendo a escape,
impide que a su dueño el Conde atrape.

Bayardo era el bridón, y el conocello
maravillado, al conde Orlando deja;
antes no pudo reparar en ello;
tanto le desfigura y desemeja
la malla que le cubre frente y cuello
y el cuerpo hasta la cola y la cerneja.
Orlando aguija con el doble empeño
de apoderarse del bridón y el dueño.

Síguelos por el campo a rienda suelta,
creyendo que la Dama no tenía
ya que temer; mas en la gran revuelta
que en derredor por todo el campo había,
ejecutaron una acción resuelta
Poliferno, Lurcón y Santaría;
Santaría a la Dama echando el guante
llévasela abrazada por delante;

y defienden la presa Poliferno
y el rey Lurcón, y se les junta Uldano,
sin duda alguna el más malvado terno
que tuvo en sus brigadas Agricano.

Los seis barones entre aquel infierno
de bruta gente casi dan de mano
contra tan grueso ejército, a la empresa
de salvar a la mísera Princesa.

Lástima grande causa oír el duelo
de la cautiva, que, a los vientos dando
la rubia cabellera, sin consuelo
gritaba: «¡Orlando mío! ¡Amado Orlando!»
Traen a Clarión al redopelo,
y a Brandimarte va el vigor menguando;
ni ya es Uberto a resistir bastante,
ni Grifón, ni Adriano, ni Aquilante.

Agricán que entre tanto se recobra,
vuelve anhelante a vindicar su afrenta;
y vuelve en pos Orlando, que la obra
creyó acabada por error de cuenta.
Con gran sorpresa advierte que zozobra
el bando amigo en muy mayor tormenta,
y oye la voz doliente de la Dama
que sin cesar «¡Orlando! ¡Orlando!», clama.

Lánzase como un tigre a la pandilla
que le lleva su dueño soberano,
y a Lurcón en la misma coronilla
un golpe da como de aquella mano;
hácele la cabeza una tortilla,
que, en vez de dar de filo, dio de plano;
el yelmo a tierra va, si antes redondo
y empenachado, informe ahora y mondo.

¡Extraña cosa, inusitada y fiera,
que superar parece a fuerza humana!
No se ve de Lurcón la calavera
en parte alguna próxima o lejana;
dentro del yelmo no se halló ni fuera;
volvióla toda polvos Durindana.
Medroso Santarúa, sólo pudo
en la bella cautiva hacerse escudo.

Otro recurso o fuerza o poderío
que en aquel trance le defienda, ignora.
Sujeta el brazo y tiene a raya el brío
el Conde, por no herir a su señora.
Mas ella grita: «Orlando, Orlando mío,

si me tienes amor, muéstralo ahora;
mátame con tus manos; antes muera
que verme de estos canes prisionera».

Confuso el Conde y por demás perplejo
no sabe qué resuelva; al fin, la espada
envaina, y toma por mejor consejo
matar a aquel ladrón de una puñada.
Temblaba el malandrín por su pellejo;
y al ver la invicta diestra desarmada,
creyó trocado el lance, y determina
valerse de ocasión tan peregrina.

De la Dama que lleva delantera
sobre el siniestro brazo echó la carga,
porque mejor de adarga le sirviera,
dado que menester hubiese adarga;
y al Conde una estocada en la ventrera,
mucho más pronto que lo digo, alarga,
que, echado a las espaldas el escudo,
de todo amparo le creyó desnudo.

Mas el escudo al Conde tanto importa,
como si fuera un bulto de diamante.
El Conde quiso hacer la cuenta corta
pagando con usuras al instante;
a dos dedos del tronco de la aorta
le imprime el puño y el ferrado guante;
quítale así la vida; así rescata
la bella presa; y de salvarla trata.

En brazos la tomó, y el acicate
hincando a Brilladoro, hacia la Roca
corre veloz, y cuanto encuentra abate.
Agricán, que le ve, se abrasa en loca
furia; seguirle quiere; mas combate
con seis a un tiempo, y lo peor le toca;
los seis la lid con nuevo aliento emprenden,
y ya en lugar de defenderse, ofenden.

Llega en tanto a la puerta del castillo
el Conde amante, y que le admitan ruega;
mas Trufaldín, el consumado pillo,
asomada a una torre, se lo niega;
y no sólo rehusa recibillo,
sino le insulta, y a intimarle llega

que guerra les harán él y su gente,
si de allí no se apartan prontamente.

Insta la Dama y llora; mas en vano.
Grita y brama Roldán; pero sin fruto.
Acércase Agricán; se acerca Uldano;
y nada mueve el alma de aquel bruto.
Hierven de gentüalla risco y llano,
y estará toda en menos de un minuto
al pie del alta Roca; y el malvado
más terco cada vez, más obstinado.

Las piedras y los dardos menudea
mezclando con las obras el denuesto.
Pues ¿quién podrá formarse alguna idea
de la pasión, del frenesí funesto
que al corazón de Orlando señorea,
en tal peligro y tal afrenta puesto?
Brama de enojo y de pavura treme;
mas no por sí, por ella sola teme.

Teme por la beldad que adora fino;
en cuanto a sí ningún temor abriga.
Le arroja de los muros Trufaldino,
y ya la chusma bárbara enemiga
envuelta en polvoroso remolino
osada embiste y más y más le hostiga
con dardos y venablos y saetas,
al son de los clarines y trompetas.

Clarión y Aquilante y Adriano
lidian con Agricán a todo trance;
el noble Uberto es un león insano;
donde él está no hay bárbaro que avance;
proezas de ardimiento sobrehumano,
hace Grifón en repetido lance;
y Brandimarte, si decirse puede,
en fuerza y brío a los demás excede.

La Dama en tanto al pie del muro gime,
y ruega humilde el Conde a Trufaldino
que por Dios se conduela y se lastime
de una infeliz que a tan crüel destino
reducida se ve; nada hay que lime
el corazón perverso, diamantino,
de aquel traidor, para quien es materia

de pasatiempo el llanto y la miseria.

No hay ruego, no hay promesa que le ablande,
y en el alma de Orlando el reprimido
furor fermenta; y cada vez más grande,
revienta al fin con hórrido estallido.
Por más que el Conde a sus afectos mande,
por más que, en el hablar, desconocido
le fue el baldón, denuestos cuando tocan
en lo más vivo, a denostar provocan.

«Recibirasme, infame, a tu despecho,
le dice, haz cuanto puedes, cuanto sabes;
será este muro en átomos deshecho
para que al fin, como debiste, acabes;
arrancaré de tu alevoso pecho
el corazón; lo comerán las aves;
nada, aunque fuese el mundo de tu parte,
de la horca, follón, podrá salvarte».

Diciendo así, descarga con el lomo
de la espada tal golpe en la muralla,
que hace saltar dos piedras de gran tomo.
Trufaldín, que de Orlando en la batalla
supo los hechos, y ve ahora cómo
terror infunde y susto a la canalla,
y se figura que a la Roca misma
con la tremenda espada hunde y abisma,

Y observa el fuego que en sus ojos arde,
y oye de aquel acento la braveza;
como de suyo es la traición cobarde,
pónese a tiritar de pie a cabeza;
y si antes hizo de insolencia alarde,
de abatimiento ahora y de bajeza.
«Pon mientes, Conde, a lo que digo; apelo,
de mi verdad en testimonio, al cielo.

«Negar no puedo, ni negar podría,
que contra mi señora he delinquido;
pero la culpa principal no es mía,
que en Dios y en mi conciencia no he tenido»
la menor intención de felonía,
y probarelo, siendo Dios servido.
Contra mí cometieron mil excesos
mis camaradas y los puse presos.

«Esta es mi culpa, y es lo que me abona
si todo falso juicio se destierra;
porque jamás fue blanco una persona
de tan injusta y tan malvada guerra.
Mas como el ofensor nunca perdona,
sé que, en viéndose libres, cielo y tierra
moverán contra mí, y han de quererte
inducir a mi afrenta y a mi muerte.

«Así que, mi señor, si entrar pretendes,
será con pacto y juramento expreso
de que a pie y a caballo me defiendes,
y me mantienes salvo, sano, ileso,
y si alguno me ataca, al punto emprendes
batalla, y me le entregas muerto o preso.
Si esta precisa condición te agrada,
entras; si no la aceptas, no hay entrada.

«Y lo que a ti te digo, a todos digo;
a nadie admitiré, sin que primero,
poniendo a el alto cielo por testigo,
me dé palabra y fe de caballero,
que en todos lances estará conmigo
y ha de ampararme a fuero y contra fuero,
mientras se tenga en pie, mientras respire;
y el que no jure así, que se retire».

Orlando inexorable se lo niega,
antes con más enojo le amenaza;
mas la Dama intercede y se lo ruega,
y el cuello al Conde estrechamente abraza.
Aquella alma soberbia se doblega,
y a Trufaldín le sale bien la traza.
El desabrido trago apura el Conde;
jura por sí y de los demás responde.

Aquilante, Adriano, Brandimarte,
Grifón y Clarión y el conde Uberto,
lidiando están con Agricano aparte,
que, si bien de fatiga medio muerto,
fiera descarga entre los seis reparte;
y aunque en la Roca al fin tomaron puerto,
si Orlando en su defensa no viniera,
desocupado ya, no sé qué fuera.

Pues, como digo, entraron en la Roca,
asilo dentro y fuera mal seguro,
donde por toda munición de boca
un caballo salado, seco y duro,
se les sirve a la mesa, y no fue poca
dicha, que, estando bloqueado el muro
de tanta muchedumbre, alguna gente
tuvo en esta ocasión que estar a diente.

Cupo a Roldán de aquel caballo un cuarto,
y se comieron los demás el resto.
Aunque la carne está como un esparto,
no hubo ninguno que le hiciese gesto.
Diz que Roldán apenas quedó harto.
Ello es que consumido ya el repuesto,
o han de buscar, lidiando, vitüalla,
o será con el hambre la batalla.

Determinaron que al siguiente día
Roldán con este fin bajase al llano,
y que le hiciese Uberto compañía,
Clarión y Brandimarte y Adriano.
Y porque justamente desconfía
de Trufaldín el Senador romano,
a Grifón y Aquilante en el interno
ámbito del castillo da el gobierno.

Orlaba el manto de la noche umbría
una cinta en Oriente rosa y alba,
y el coro alado en dulce melodía
cantaba ya la bienvenida a el alba.
Sale Roldán con el naciente día;
y sonando su cuerno, hace la salva
al ejército tártaro; aquel cuerno
que remeda el bramido del infierno.

No alegre entonces y festivo suena
como de quien cazando se deporta,
sino como la nube cuando truena,
y sierpes de purpúrea lumbre aborta.
De sobresalto y de pavor se llena
la hueste de Agricano, y queda absorta;
no hay uno solo que a Roldán resista;
todos corren, huyendo de su vista.

Solo a los fugitivos el sañudo

Agricano delante se presenta.
El acero mostrádoles desnudo,
en balde contener la fuga intenta;
que si atajarla en una parte pudo,
por otras mil la turbación se aumenta,
y al ronco son que amenazando brama,
veloz por todo el campo se derrama.

Vuelve altivo los ojos Agricano,
y al ver que en derredor de monte a monte
hierva el cobarde vulgo, y en el llano
la amedrentada turba hace horizonte,
la espada envaina; la derecha mano
cuál ángel infernal que al cielo afronte
alza, apretando el puño fieramente,
y de mirar no se dignó a su gente.

Della no haciendo ya maldito caso,
monta el corcel, escudo toma y lanza,
por la revuelta chusma se abre paso,
y a la contienda embravecido avanza.
Combatir quiere él solo a campo raso;
y lleno de valor y confianza,
suena también su cuerno horriblemente.
El resto oiréis en el cantar siguiente.

FIN